

Bianca™

Clare Connelly

RENDIDA AL DESTINO

Bianca™

RENDIDA AL DESTINO

Clare Connelly



Prólogo

A ver si lo entiendo –Pietro miró desde el escritorio al hombre que tenía enfrente, la persona que había idolatrado durante casi dos décadas–. Me estás pidiendo que me case con tu hija, una mujer trece años más joven que yo y a la que apenas conozco. ¿Y por qué esperas que acepte?

Col se revolvió en la silla y lo miró a los ojos.

–Emmeline es una mujer guapa e inteligente. ¿Por qué te ofende tanto mi sugerencia?

Pietro no tenía intención de compartir su escepticismo respecto a aquel tema con su amigo. Ni tampoco pensaba que Emmeline fuera ni excesivamente tímida ni sosa.

–No tengo intención de casarme con nadie –afirmó Pietro desviando la cuestión–. Nunca.

–Mejor todavía. Casarte con Emmeline no va a impedir que tengas aventuras por ahí.

Pietro apretó con fuerza los labios hasta convertirlos en una fina línea. Cuando volvió a hablar lo hizo con aquel tono de mando fuerte como el acero que dejaba petrificados a sus rivales en los negocios.

–No habrá ninguna boda.

Col sonrió. Al parecer, el tono de Pietro no producía ningún efecto en él.

–Te quiero, Pietro. Como a un hijo. Emmeline y tú sois las personas más importantes de mi vida. Y necesito que te cases con ella.

–¿Por qué? ¿De dónde ha salido esta idea? –Pietro se inclinó hacia delante y analizó cada minúsculo gesto del otro hombre.

–Llevo varias semanas pensando en ello.

–¿Por qué? –insistió Pietro.

Col exhaló lentamente el aire y apartó la mirada de su amigo.

–Emmeline quiere ir a la universidad. Ha encontrado un sitio en Roma. Le he dicho que puede estudiar allí con mis bendiciones

siempre y cuando se case contigo.

–¿Y ha accedido? –le espetó Pietro con aspereza. Crecía en él la impresión de que Emmeline era una lapa capaz de renunciar a su vida por seguir chupando del bote.

–Discutimos un poco –admitió Col a regañadientes–, pero sí, accedió –sus ojos tenían un brillo desafiante–. Emmeline haría cualquier cosa que le pidiera. Siempre ha sido una buena chica.

«¿Una buena chica?» Pietro tuvo que hacer un esfuerzo para no poner los ojos en blanco. Las buenas chicas eran aburridas. Predecibles. La descripción solo sirvió para reforzar la vaga impresión que se estaba llevando de la hija del senador.

–¿Y? –Pietro se rio con recelo–. ¡Puedo vigilar a tu hija sin necesidad de casarme con ella!

–¡Maldita sea, no es suficiente! –exclamó Col con rabia.

–¿Por qué no? –Pietro entornó la mirada–. Hay algo que no me estás contando.

Col seguía teniendo una mirada desafiante. Pero tras unos segundos de silencio asintió con la cabeza.

–Lo que voy a contarte se quedará en esta habitación. Júramelo, Pietro.

–Por supuesto.

Pietro no sabía a qué estaba accediendo en aquel momento, así que le resultó fácil hacerlo.

–Solo hay dos personas aparte de mí que saben lo que estoy a punto de contarte. Ni siquiera Emmeline está al tanto.

Pietro sintió un escalofrío en la espina dorsal. Permaneció en silencio esperando a que el senador continuara.

–No hay una forma fácil de decir esto. Me estoy muriendo.

Pietro se quedó paralizado.

–¿Qué? –se oyó decir tras un largo instante.

–Me estoy muriendo. Mi oncólogo cree que solo me quedan unos cuantos meses –se inclinó hacia delante–. Y no van a ser unos buenos meses, así que quiero que Emmeline esté lo más lejos posible de mí. Quiero que esté contenta. A salvo. Protegida. Que no sepa lo que me está pasando.

Pietro sintió como si le hubieran arrojado un cargamento de ladrillos en el pecho que le hubiera dejado sin aire. Su padre, al que tanto quería, había muerto de cáncer veinte años atrás. La idea de volver a pasar por lo mismo le heló la sangre en las venas.

–Eso no puede ser –se pasó la mano por los ojos y volvió a mirar al senador con renovado interés. Tenía el mismo buen aspecto de siempre–. ¿Has pedido una segunda opinión?

–No la necesito –Col se encogió de hombros–. He visto las radiografías. Cáncer por todas partes.

Pietro apretó los dientes. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan impotente.

–Lo siento.

–No quiero tu compasión, quiero tu ayuda. Maldita sea, te lo estoy suplicando.

Pietro gimió por dentro. Haría casi cualquier cosa por aquel hombre. Pero casarse con su hija…

–Seguro que Emmeline prefiere encontrar su propia pareja…

–¿Quién? –gruñó el senador–. ¿Algún cazafortunas? Cuando yo muera heredará miles de millones de dólares. Por no mencionar la hacienda y el pozo petrolífero de Texas. Y no tiene experiencia del mundo. Eso es culpa mía –murmuró enfadado–. Cuando su madre murió quise protegerla, mantenerla alejada de todas las cosas feas. Y lo hice muy bien. Pero ahora me encuentro con una hija de veintidós años que está a punto de quedarse huérfana… y necesito que alguien cuide de ella, Pietro.

–Yo lo haré –le aseguró él. Y lo decía de verdad.

–No basta con que le mandes un correo electrónico de vez en cuando. Necesito que viva bajo tu mismo techo. Necesita que la cuiden,

–¿Y dices que no sabe lo del cáncer?

–No. Ni lo va a saber. Quiero ahorrarle ese dolor.

Pietro sintió que la angustia se apoderaba de él. De todas las cosas que esperaba que le pidiera, aquella no estaba en la lista.

–Es lo único que te he pedido en mi vida, Pietro. Prométeme que harás esto por mí.

Capítulo 1

No te caigo bien, ¿verdad?

Emmeline miró pensativa a aquel guapo italiano, se fijó en el traje caro, el abundante pelo oscuro, los ojos castaños y los labios gruesos que parecían hechos para maldecir y besar. Más abajo estaba el hoyuelo de la barbilla, y luego los anchos hombros y el pecho musculoso. Sí, aunque llevara aquel traje sabía que era musculoso.

Un escalofrío le recorrió la espalda y se preguntó cómo diablos iba a pasar por aquello.

¿Casarse con aquel hombre? Eso sí que era un bautismo de fuego. Ninguna experiencia, y ella tenía pocas, podría haberla preparado para eso.

Pietro no respondió. ¿La habría oído siquiera? Había hecho la pregunta en tono susurrado. Aspiró con fuerza el aire y volvió a centrarse en él.

–Te he preguntado que si…

–Ya te he oído.

Tenía una voz grave y misteriosa. Tamborileó con los dedos en el brazo del sillón, unos dedos largos con uñas bien pulidas.

–Es tarde. ¿Te apetece un café? ¿Algo más fuerte?

Emmeline sacudió la cabeza y el largo pelo que le caía por la espalda como una brillante cortina.

–Estoy bien.

Pietro apretó los labios y se puso de pie, moviéndose por la estancia con paso feroz y poderoso. Ella le vio retirar el tapón de cristal de una licorera y llenar una copa de balón con un líquido ámbar. Se bebió la mitad de un trato y luego le dio vueltas a la copa en la mano.

–Sé que esto parece una locura… –murmuró Emmeline mirándole a los ojos.

La fuerza de su mirada la sobresaltó y apartó los ojos rápidamente.

–Un poco –reconoció él con una sonrisa irónica.

–El caso es que no quiero enfadar a mi padre. Nunca he podido soportar la idea de hacerle daño.

Volvió a mirarle, y esa vez le sostuvo la mirada obligándose a ser valiente. Si quería que aquel hombre formara parte del plan, de su apuesta por la libertad, entonces necesitaba hacerle saber que no tenía miedo. Aunque las profundidades oscuras de sus ojos le ponían el estómago del revés, mantuvo el coraje.

–Desde que mi madre murió me ha envuelto entre algodones. Y yo se lo he permitido.

Emmeline se mordió el labio inferior. Mientras daba otro trago de whisky, Pietro se dio cuenta distraídamente de que tenía una boca carnosa.

Ella suspiró.

–Durante años he pensado que debía rebelarme, que debería insistir en tener la misma libertad que cualquier persona de mi edad.

–¿Y por qué no lo has hecho?

Para Pietro, la mera idea de una vida tan constreñida como la de Emmeline resultaba aberrante. Él había luchado desde niño contra cualquier clase de restricción.

–Es difícil de explicar –reconoció Emmeline–. Tras el suicidio de mi madre se derrumbó. Protegerme se convirtió en una obsesión para él. Y yo no podía soportar la idea de verle sufrir otra vez como cuando ella murió.

Pietro se quedó paralizado y adquirió una expresión tensa.

–Sí –dijo Emmeline respondiendo a la pregunta que no le había hecho–. Sé cómo murió –afirmó cruzando las manos sobre las esbeltas piernas.

–Tu padre hizo todo lo posible para… para protegerte de la verdad.

–Sí –la joven esbozó una sonrisa–. Como te he dicho antes, quiere protegerme de todo. Es su obsesión. Pero yo tenía quince años cuando murió, no cinco. Seguía yendo al colegio y los adolescentes pueden ser muy crueles. Se cayó de un árbol, sí… pero no por accidente.

Sus ojos mostraban toda la emoción que su rostro ocultaba. Tal vez en circunstancias normales Pietro la habría consolado, pero aquellas no eran circunstancias normales ni ella una mujer normal. Si accedía a lo que le habían propuesto, sería su esposa.

¡Como si tuviera elección! El afecto que sentía por Col y la lealtad que le debía, combinados con la enfermedad mortal del

hombre, le dejaban poco margen de elección.

–Creo que nunca se recuperó de su pérdida, y le aterra que algo me pueda suceder a mí. Aunque parezca una locura, entiendo lo que quiere –Emmeline se aclaró la garganta–. Así que sí, creo que deberíamos casarnos.

Pietro dejó escapar una risotada que parecía más bien un reproche.

–¿No crees que soy la clase de hombre a la que le gustaría preguntar algo así él mismo?

Ella entornó los ojos y le miró con una seguridad en sí misma que le desconcertó.

–Creo que eres la clase de hombre que nunca le haría esa pregunta a nadie. Nunca –Emmeline volvió a aclararse la garganta–. Si las páginas de cotilleo no mienten, estás más interesado en instalar una puerta giratoria en tu dormitorio que en sentar la cabeza.

La sonrisa que esbozó Pietro estaba cargada de desdén.

–¿Ah, sí?

–Tus… aventuras no son precisamente un secreto.

–No –reconoció él.

Aquella palabra debió servirle de advertencia, pero Emmeline no tenía experiencia alguna con los hombres. Y menos con un hombre como Pietro Morelli.

–No te voy a pedir que dejes de… eh… –agitó una mano en el aire y el aire le revolvió el flequillo.

–¿Ah, no? Vaya, pues qué esposa tan complaciente.

–No voy a ser tu esposa en realidad –se apresuró a recalcar ella–. Quiero decir, que nos vamos a casar pero solo para conseguir un fin. Podemos llevar perfectamente vidas separadas. Tengo entendido que tu casa de Roma es enorme. Seguramente ni nos veamos.

Pietro se rascó la barbilla, en cierto modo molesto por el realismo de la joven a la hora de enfocar el asunto. Al menos no se estaba dejando llevar por la fantasía ni se veía a sí misma como una princesa de Disney conquistada por el príncipe azul.

–¿Y eso no te va a importar? –murmuró deslizando la mirada desde la cabeza de Emmeline hasta las piernas cruzadas.

Era la típica joven estadounidense de la alta sociedad. Aburrida, sin ningún tipo de estilo ni de personalidad. Vestida con pantalones de traje beige, blusa de color crema y perlas en el cuello. ¿Por qué querría una chica de veintidós años vestirse de una forma tan seria?

–Por supuesto que no –aseguró Emmeline sorprendida–. Te lo

acabo de decir, esto no va a ser un matrimonio de verdad. Mi padre se sentirá bien sabiendo que nos hemos casado, está chapado a la antigua. Pero no creo que espere una historia de amor. Se trata de un matrimonio dinástico, nada más.

–¿Un matrimonio dinástico? –repitió Pietro.

–Sí, para la gente como nosotros es difícil encontrar a una persona que no esté interesada únicamente en nuestra fortuna.

La joven se encogió de hombros, y Pietro tuvo la impresión de que Col estaba tremendamente equivocado respecto a su hija. No le parecía particularmente vulnerable. De hecho, tenía una visión de la situación que no esperaba.

–Desde luego que no quiero tu dinero. De hecho, no quiero nada de ti. Solo la libertad que este matrimonio me ofrece.

¿Por qué le molestó aquello?

–Mi madre querrá tener nietos –se oyó decir Pietro para su propia sorpresa. Tal vez estaba intentando desestabilizarla.

–Pues me temo que tu madre tendrá que vivir con esa decepción. Al menos tendrá la satisfacción de no ver a su hijo en las revistas del corazón todas las semanas por los motivos equivocados –Emmeline se puso de pie y empezó a recorrer la estancia arriba y abajo–. Pero tendrás que ser más discreto. No quiero que me avergüences. El mundo debe pensar que el nuestro es un matrimonio normal. Supongo que tendremos que acudir a algunos eventos juntos para que nos vean en público de vez en cuando… ese tipo de cosas. Pero dentro de las paredes de tu casa podrás hacer lo que te dé la gana y con quien quieras.

–Entonces, si entras en esta habitación y me encuentras teniendo relaciones sexuales con una de mis amantes, ¿no te importaría?

A Emmeline le dio un vuelco el corazón, pero mantuvo la expresión neutra.

–Solo por motivos sanitarios –afirmó–. Mi padre cree que una boda rápida es lo mejor, y si nos casamos este mes tendría tiempo de matricularme en un par de materias en la universidad. Así que ya ves, estaré fuera mucho tiempo y no te molestaré.

–Ahí vamos a tener un problema –murmuró Pietro–. Aunque agradezco tu generosidad al respetar completamente mi vida social, me temo que yo no voy a ser tan tolerante con la tuya. No me casaré con una mujer que salga con otros hombres. Que se quiera acostar con ellos.

Emmeline puso cara de sorpresa. No se le había pasado por la cabeza aquella posibilidad.

–¿Por qué no?

Pietro entornó los ojos.

–Porque eso podría dar la impresión de que no soy capaz de satisfacer a mi esposa. Este punto no es negociable, *cara*.

Emmeline chasqueó la lengua. No tenía pensado salir por ahí a buscar novio. Ni se le había pasado por la cabeza. Pero ahora, al hablar con él, la injusticia de que él pudiera seguir acostándose con todo el mundo por Roma y que ella no tuviera la misma oportunidad le parecía poco razonable.

–Entonces tú también deberías abstenerte –murmuró.

–Esa no es una sugerencia muy razonable –afirmó Pietro acercándose a ella como si fuera su presa–. Porque a mí me gusta el sexo, soy un hombre de sangre caliente y eso forma parte de mi vida. Si me obligas a renunciar al sexo con otras mujeres, entonces eso te deja solo a ti para…

Dejó la frase sin terminar pendiendo entre ellos.

–Vale, vale –Emmeline alzó las manos en gesto de rendición, pero ya era demasiado tarde para calmar la oleada de sensaciones que se había apoderado de ella–. Nada de sexo. Solo para ti –cerró los ojos–. Y si conozco a alguien que me guste te lo contaré, ¿trato hecho?

Pietro apretó los labios y la observó fijamente. Tenía las mejillas sonrojadas y los ojos muy abiertos. Los labios le temblaban ligeramente. Fascinante. ¿Era porque estaba molesta, o había alguna otra sensación?

–Sí.

Ella dejó escapar un suspiro tembloroso y asintió lentamente con la cabeza.

–Entonces, ¿nos casamos?

–Hay algunos asuntos más que considerar –murmuró Pietro–. Por ejemplo, tu aspecto.

Emmeline se quedó paralizada y le miró a los ojos con asombro.

–¿Qué pasa con mi aspecto?

–Nadie se va a creer que haya elegido casarme contigo –se limitó a decir él.

Lo dijo con naturalidad. Tanta que Emmeline supo que no había sido su intención herirla.

–¿Por qué no? –entornó los ojos con la esperanza de que su rostro no reflejara los efectos de la crueldad de sus palabras.

–Porque no eres el tipo de mujer con el que salgo. Y, como tú misma has comentado, hay imágenes de sobra de mí con ese tipo de mujer por toda la Red.

Emmeline las había visto. Y sí, Pietro tenía un tipo de mujer

muy definido: Alta, delgada, voluptuosa e impresionante.

–A mí me gusta mi aspecto –afirmó. Pero era mentira. Había desarrollado hacía años el hábito de ocultar su cuerpo.

–No hará falta mucho esfuerzo –aseguró Pietro recorriéndola con una mirada indiferente.

Le llegó el recuerdo distante de la primera vez que la vio y el deseo instintivo y rápido que se apoderó de su cuerpo antes de recordar lo joven que era. Era una belleza natural. ¿Por qué lo disimulaba?

El fuego y la rabia ardieron en las venas de Emmeline.

–No.

Pietro apretó los labios.

–Si voy a pasar por esto espero que empieces a vestir como si tuvieras figura y presupuesto para ropa. Eso es lo que la gente esperará de mi esposa –afirmó–. Esto es Roma. Busca una boutique y dedícate al culto al cuerpo. Entonces me lo plantearé.

Su arrogancia y su prepotencia la enfurecían, pero tenía al alcance de la mano su sueño y la puerta a la libertad y no iba a permitir que su aspecto la detuviera.

–Muy bien –los ojos le brillaron con determinación.

Pietro asintió y sacó algo de la cartera. Algo pequeño y blanco. Luego se lo pasó y ella vio que era la tarjeta de visita de una mujer: *Elizabetta Ronimi.*

–Es el número de mi secretaria. Ella se encargará contigo de los detalles de la boda y tu traslado a la villa. A mí me viene bien cualquier momento del próximo mes. ¿De acuerdo?

–Sí –murmuró Emmeline.

–Bien.

Se lo quedó mirando unos segundos hasta que se dio cuenta de que la estaba echando. Se le sonrojaron las mejillas y se acercó a la silla para agarrar el bolso.

–Le diré a Remi que te lleve a casa –Pietro la detuvo en el umbral y le puso la mano en el codo. Emmeline sintió una oleada de calor por todo el cuerpo–. Es mi chófer, y pronto será también el tuyo. Ve con él.

Emmeline no quería discutir. Quería marcharse de allí lo más rápidamente posible.

–Gracias.

–*Non ce di che* –respondió él en voz baja–. Hasta pronto, señora Morelli.

Emmeline cerró los ojos mientras salía de su despacho. Una única pregunta le rondaba por la cabeza.

¿A qué diablos acababa de acceder?

Capítulo 2

El sol estaba alto en el cielo y caía sobre Roma, pero Emmeline apenas lo sentía. Tenía frío hasta el centro de su ser y mucha angustia.

Al final habían hecho falta cinco semanas para hacer todo el papeleo, incluida una solicitud de visado para Italia. Su apellido la ayudó en gran medida a abrir varias puertas, como de costumbre.

Pero ¿quién era aquella mujer que la miraba ahora? Se le formó un nudo en el estómago mientras observaba su reflejo.

–¿No te alegras de que hayamos tirado por lo romántico? –preguntó Sophie pasándole a su mejor amiga el brazo por los hombros–. Estás espectacular.

Emmeline asintió lentamente. Sophie tenía razón. El vestido era espectacular, un guiño al glamour de los años veinte de manga corta, ajustado y con pedrería. Se había peinado también con un estilo vintage, con el pelo colocado a un lado y ligeramente ondulado, sujeto con un pasador de diamantes que había pertenecido a su abuela Bovington. Llevaba un pequeño collar de diamantes y pendientes a juego. El maquillaje era una especie de milagro, porque la mujer que estaba mirando a Emmeline era… guapa. Sí, guapa.

–Creo que deberíamos salir ya.

–Sí, bueno, vamos un poco tarde… pero esa es tu prerrogativa el día de tu boda, ¿no?

Emmeline torció el gesto y alzó la cabeza.

–Cariño, vas a tener que ensayar la cara de felicidad –murmuró Sophie–. Tu padre va a pensar que esto es una tortura para ti si no te alegras un poco.

–No es una tortura –se apresuró a decir ella.

Aunque había guardado el secreto de aquel matrimonio, Sophie la conocía lo suficiente como para sumar dos y dos y hacerse una idea.

–Más te vale. He visto a tu novio antes y… guau. Está como un

tren.

Emmeline no lo dudaba. Pietro Morelli era el ser humano más atractivo del mundo en un día normal, así que el día de su boda… bueno, si había dedicado la mitad de tiempo y dinero que ella, entonces más le valía estar preparada.

Estaba tomando la decisión correcta. Estaba a punto de conseguir la libertad que tanto anhelaba, aunque a un precio algo caro, y su padre estaría tranquilo y contento. Y a la larga se divorciaría de Pietro y todo estaría bien.

–Vamos allá –dijo con un brillo renovado de decisión en la mirada.

Sophie abrió la puerta del habitáculo situado al fondo de la antigua capilla, asomó la cabeza y asintió.

Comenzó a sonar la música, alta y bella. Una mezcla de órgano, cuerda y viento. El *Canon* de Pachelbel, una pieza que a Emmeline siempre le había encantado.

Vio cómo Sophie desaparecía delante de ella, contó los diez segundos que la organizadora de la boda le había dicho y luego salió a la parte de atrás de la capilla.

Estaba abarrotada de invitados, los bancos a rebosar de gente bien vestida. Habían ido la mayoría de los amigos políticos de su padre, unas cuantas amigas del colegio y, al parecer, toda la flor y nata de la sociedad italiana para ver de cerca a la mujer que finalmente había hecho sentar la cabeza al recalcitrante soltero Pietro Morelli.

Emmeline avanzó por la parte de atrás de la iglesia. Esbozó una sonrisa al ver a su padre esperándola. Tenía los ojos empañados de lágrimas y estaba muy elegante vestido de traje. Le dio un abrazo de oso cuando llegó a su altura y luego la besó en la mejilla.

–¿Preparada? –le preguntó escudriñándola con la mirada.

Ella asintió y sonrió todavía más. No quería que viera sus dudas. Había accedido al trato y no permitiría que viviera con la culpa de haberla presionado para que se casara con un hombre al que apenas conocía.

–Bien –su padre asintió–. Me alegro.

Giró ligeramente el cuerpo y empezaron a caminar hacia el frente de la iglesia. Pasaron al lado de filas y filas de invitados de pie que la miraban con indisimulada curiosidad, y por fin llegaron hasta el novio.

Oh, Dios.

Sophie no había exagerado ni un ápice. Pietro estaba más bronceado que unas semanas atrás, como si hubiera pasado unos

días tomando el sol en la Riviera. Seguramente acompañado. Trató de no pensar en ello, su padre avanzaba y ella no tenía más remedio que seguirle. Un paso detrás de otro. Pero a medida que se acercaba, el corazón le latía con más fuerza. Aquel rostro tan bello de ojos oscuros e inteligentes, la mandíbula cincelada y las facciones simétricas. El cuerpo fuerte y al mismo tiempo de aspecto cálido.

Los ojos de Pietro se clavaron en los suyos y allí había algo. ¿Desafío? ¿Admiración? No, no era eso. Pero tenía una mirada intensa. La miró largamente sin importarle que hubiera cientos de invitados ni que el sacerdote se impacientara.

Col extendió la mano y Pietro se la estrechó. Aquella prueba de su larga y firme amistad le dio a Emmeline el impulso que necesitaba. Un recordatorio a tiempo de que su futuro marido no era un lobo, era alguien dispuesto a ser lo que habían convenido. Un marido conveniente.

–*Cara* –murmuró Pietro con un tono ronco que le puso la piel de gallina. Él se inclinó y le susurró a través del velo que le cubría la cara–: Esto ya es otra cosa.

A Emmeline le dio un vuelco el corazón por el cumplido, pero sintió en el pecho algo parecido a la impaciencia. Porque Pietro pudiera pensar que había hecho todo aquel esfuerzo por él. Y porque estaba en lo cierto.

Arqueó una ceja y le miró a los ojos tratando de no mostrar su torbellino interno.

–Pensé en ponerme un traje de chaqueta, pero… esto me pareció más apropiado.

–Sin duda. Me entran ganas de ser yo quien te lo quite –Pietro se incorporó. El disparo había hecho diana.

A Emmeline se le sonrojaron las mejillas por el comentario y por el efecto que tuvo en su cuerpo traicionero. Los pezones se le pusieron duros y se apretaron contra la tela del corpiño. En su mente surgió la imagen de Pietro haciendo exactamente aquello. Tendría el traje arrugado, sin chaqueta y sin corbata ya, la camisa a medio desabrochar y las mangas subidas hasta los morenos antebrazos. Su vestido tenía cincuenta botones, Sophie había tardado casi media hora en ponérselo. ¿Se lo quitaría Pietro despacio o deprisa?

Emmeline tragó saliva y miró hacia delante.

La ceremonia fue sorprendentemente corta. Una simple recitación de votos como había visto en docenas de películas, y a continuación la típica pregunta de si alguien tenía algo que objetar

respecto a aquella unión. En ese momento, Emmeline contuvo la respiración y se preguntó si alguien saltaría diciendo que la boda era una farsa. Finalmente, el sacerdote se giró hacia la pareja con una sonrisa de oreja a oreja.

–Entonces, os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Pietro vio una pequeña mueca de disgusto cruzarle el rostro como una nube de tormenta. Entonces la agarró de la cintura, la atrajo hacia sí y no le dio opción para cuestionar sus actos. Él la miró un instante a los ojos, y en su mirada había una cierta burla.

Emmeline alzó la barbilla desafiante y le dio sin querer el ángulo de acceso perfecto. Él puso la boca contra la suya, le separó los labios con facilidad y le deslizó la lengua dentro.

Fue una invasión de todos y cada uno de sus sentidos.

¿Sabría Pietro que aquel era su primer beso? Sí, su primer beso… a los veintidós años y el día de su boda. La vergüenza se apoderó de ella, pero el deseo le nació de todas formas en la base del abdomen. Emitió un pequeño gemido que solo el novio pudo oír.

Pietro dejó de besarla y la miró. Sus ojos tenían un brillo burlón. ¿Se estaba riendo de ella? El corazón le latía con tanta fuerza contra las costillas que pensó que se las iba a romper. Le miró confundida. Tardó al menos diez segundos en recordar dónde estaba y con quién.

–Te daría una bofetada si no estuviera toda esta gente mirando –murmuró entre dientes.

Pietro esbozó una sonrisa.

–O me quitarías la ropa –sugirió. Pero antes de que ella pudiera responder, la tomó de la mano–. Nos están mirando, así que finge que este es el día más feliz de tu vida.

Cuando llegaron al final del pasillo tras haberse detenido varias veces a recibir felicitaciones y buenos deseos, a Emmeline le dolían los labios de la sonrisa forzada que había empastado.

Se había formado una pequeña multitud delante de la iglesia, y había muchos reporteros. Emmeline tembló por dentro ante la idea de ser fotografiada. Al parecer, su marido no tenía ese problema.

–¿Preparada? –le preguntó deteniéndose justo en la puerta y mirándola de reojo.

La vida de Emmeline no había sido en absoluto como la de Pietro. Su foto había salido alguna vez en los periódicos en algún evento social, pero en pocas ocasiones. Era demasiado sosa. Aburrida. Fea. ¿Para qué sacar una foto de Emmeline Bovington a menos que fuera para compararla de manera desfavorable con la

renombrada belleza de su madre?

Emmeline cerró los ojos y aspiró con fuerza el aire. No se dio cuenta de que Pietro la había pillado en aquel gesto.

La observó pensativo. Había visto el pánico en ella con anterioridad, y lo veía ahora. ¿Tan desagradable le resultaba la idea a Emmeline? Qué diablos, si alguien debía tener pánico ese era Pietro.

Su vacilación le molestaba, seguramente más de lo que debería. Cruzó la puerta con ella de la mano y salió a la luz de la tarde romana. La multitud rompió a aplaudir y el aire se llenó de pétalos de rosa. El ruido era ensordecedor. Pietro sonrió, se giró hacia su esposa y la tomó de la cintura al más puro estilo de película antigua de Hollywood.

Le tomó los labios por asalto. Ella le rodeó el cuello con las manos y emitió de nuevo aquel sonido de confusión que le hizo volver a ponerse duro como una piedra.

Aquello le molestó todavía más y la levantó del suelo apretándole la erección contra el vientre para que no le quedara ninguna duda de la clase de hombre con el que se había casado.

Solo duró unos segundos, pero, cuando volvió a dejarla en el suelo y se apartó, la gente empezó a aplaudir de nuevo. Los ojos de Emmeline echaban chispas de furia.

–Te juro por Dios que, si me vuelves a besar así, esperaré a que estés dormido y te haré dañó –murmuró entre dientes.

Pero enseguida empastó una sonrisa, cuando Col apareció detrás de ellos.

–Sé que esto ha sido cosa mía, pero al veros juntos… –sacudió la cabeza con aire pensativo y los ojos llenos de lágrimas–. Soy un hombre feliz. Podría morirme ahora mismo.

Emmeline se rio sin darse cuenta de que su marido se había puesto tenso a su lado.

–Por Dios, papá, no digas eso. No tientes al Cielo.

Col se encogió de hombros y su hija decidió no hacerle caso. Su padre estaba encantado con la boda y ella no iba a privarle de aquel momento. Se hicieron varias fotos familiares juntos.

Emmeline conocía ya a la madre de Pietro, Ria, y le resultó fácil entablar una conversación con ella. Su hermano, Rafe, cinco años menor que Pietro, era igual de agradable.

Después se dirigieron a la recepción de la boda, celebrada en un precioso restaurante con vistas al río. Parecía que las formalidades no se acababan nunca. Discursos. Cortar la tarta. Su primer baile como recién casados…

Emmeline estaba entre los brazos de Pietro tratando con todas sus fuerzas de aparentar que no le afectaba el contacto de su marido, cuando había demostrado que una mirada le hacía hervir la sangre.

–Así que ahora eres mi mujer –murmuró él con aquel cinismo que le caracterizaba.

La frase hizo que Emmeline sonriera, pero no con alegría.

–No pareces muy emocionado al respecto.

Pietro ralentizó el movimiento de sus cuerpos y escudriñó a la multitud con la mirada.

–Puedo nombrar a dos personas que ahora mismo están felices –afirmó con frialdad.

Emmeline siguió la dirección de su mirada. Su padre y la madre de Pietro estaban a un lado y sonreían complacidos.

–Sí, creo que para mi padre esto es un sueño hecho realidad –murmuró sacudiendo la cabeza.

–Y para mi madre también –reconoció él–. Seguro que se está imaginando una vida de calma ahora que aparentemente he dejado atrás mi existencia de soltero.

–Aparentemente –repitió ella preguntándose respecto a los aspectos prácticos del acuerdo al que habían llegado. Podía ver a otras mujeres siempre y cuando fuera discreto.

No le importaba. Al menos, eso era lo que Emmeline se repetía. Pero vivirían bajo el mismo techo y se verían en los pasillos, la cocina y la piscina…

–Estás tiesa como una tabla –se quejó él–. ¿Nunca aprendiste a bailar?

Ella se sonrojó y le dirigió una mirada dolida.

–Estaba sumida en mis pensamientos –murmuró haciendo un esfuerzo por centrarse.

–Bailar no necesita de la mente. Es algo que se siente en el cuerpo. Es seducción.

Pietro movió las caderas y ella se sonrojó todavía más. Su cuerpo era tan fascinante como se había imaginado. Estaba lleno de ángulos rectos tentadores.

Si alguna vez le tocaba sería como jugar con fuego. Eso era distinto, el baile de la boda no se podía evitar. Pero Emmeline tenía que guardar las distancias si no quería adentrarse en un camino peligroso.

–Relájate –murmuró Pietro acercando la cabeza hacia ella–. O te besaré para que dejes de darle vueltas a lo que tengas en la cabeza.

Ella se lo quedó mirando y perdió el paso. Se habría caído si los

brazos de Pietro no la hubieran sostenido con más fuerza contra su cuerpo.

–No te atreverás –le espetó.

La risa de Pietro fue como gasolina en una mecha desnuda.

–Entonces sonríe. Relájate. Al menos finge que te lo estás pasando bien –le puso la boca en el oído–. Todo el mundo nos mira.

Ella tragó saliva y observó la sala por detrás de la espalda de Pietro. Estaba llena de invitados vestidos de manera elegante, todos sonreían y asentían con la cabeza mientras ellos daban vueltas por la pista de baile.

A Emmeline se le cayó el alma a los pies. Fingir que estaba casada con Pietro Morelli iba a requerir de más paciencia de la que pensaba.

Era tarde y Emmeline contuvo otro bostezo. Sophie había encontrado un grupo de amigos y los tenía encandilados con su encanto y su inteligencia. Emmeline escuchaba y se reía de vez en cuando, aunque se sabía las historias de memoria. Pero estar sentada con Sophie y reírse de sus gracias era mucho mejor que mirar a su marido.

Dirigió la vista hacia él casi sin querer. Seguía hablando con ella. Con la pelirroja.

Emmeline frunció el ceño de manera instintiva, una respuesta al estímulo visual de ver a una mujer tan impresionante tan cerca del hombre con el que ella se había casado unas horas atrás. ¿Quién era?

Pietro se acercó más a ella y movió los labios mientras murmuraba algo al oído de la mujer. La pelirroja asintió, le puso una mano en el pecho y le miró a los ojos. Emmeline podía sentir la tensión sexual que había entre ellos desde el otro lado de la sala.

Se puso de pie sin pensar y cruzó la estancia en dirección al novio y la mujer que solo podía ser su amante… del pasado o del futuro. Estaba a solo unos pasos cuando Pietro apartó la mirada de la pelirroja y miró a Emmeline casi como si en un principio no la reconociera. Y luego compuso una mueca de irritación. Se apartó de la otra mujer.

–Emmeline –murmuró.

–Pietro –no miró ni de reojo a la pelirroja–. Necesito hablar contigo un momento.

Pietro apretó los labios, le puso la mano en la parte baja de la espalda y la guio hacia la pista de baile. Antes de que ella pudiera

adivinar sus intenciones le dio la vuelta y la estrechó entre sus brazos moviendo las caderas. Bailando. Sí, bailando otra vez.

Emmeline se quedó completamente quieta. Su rostro denotaba confusión.

–No quiero bailar más.

–No, pero quieres hablar conmigo. Es más fácil hacerlo si bailamos. Así que bailemos.

–No… –Emmeline sacudió la cabeza–. Esto… esto no es lo mío –murmuró apartando la mirada.

Se sintió mortificada. Había tantas cosas que nunca había hecho, experiencias que había aceptado ciegamente que nunca disfrutaría. Pero ahora, rodeada de tantas personas que vivían en libertad, ¿no resultaba acaso natural que se resintiera de su educación tan estricta?

–Como tú has señalado antes –añadió en un susurro.

–Entonces, déjame enseñarte –dijo él.

Y le rodeó la cintura con manos fuertes e insistentes, y el cuerpo de Emmeline se movió a su propio ritmo. No, no al suyo propio. Era una marioneta en manos del titiritero.

–Me dijiste que serías discreto –declaró tratando desesperadamente de salvar a su mente–. Pero parecía que te ibas a empezar a liar con esa mujer ahí mismo.

–¿Bianca? –preguntó él mirando hacia atrás y viendo a la pelirroja, que los miraba con cara de pocos amigos–. Es… una amiga.

–Sí, ya lo veo –respondió Emmeline lamentando que su cercanía la distrajera con el aroma de su cuerpo.

–¿Estás celosa?

–Sí, muchísimo –afirmó con sarcasmo acercándose un poco más a su oído–. Tenemos un acuerdo. No quiero que los invitados a nuestra boda te vean con otra mujer. Lo que hagas en privado es cosa tuya –Emmeline dejó de moverse–. Me gustaría irme a casa.

Pietro no estaba acostumbrado a avergonzarse. Era un hombre adulto que vivía su vida desde hacía mucho tiempo. Pero hubo algo en la calma de aquellas palabras que se merecía que le provocó un nudo en el pecho.

Sabía que debía disculparse. Había estado coqueteando con Bianca y Emmeline tenía razón: hacerlo el día de su boda no solo era una estupidez, sino también una falta de respeto. Para su esposa, sin lugar a dudas, y también para sus padres.

Se apartó de ella, su expresión era una máscara de frío desdén que cubría sus emociones.

–¿Necesitas despedirte de alguien?

Emmeline miró a Sophie, entretenida con sus nuevos amigos, y sacudió la cabeza.

–Preferiría irme sin más. Ahora.

–De acuerdo –Pietro asintió con la cabeza–. Pues vámonos.

Le puso la mano en la espalda, pero ella se alejó dejando claro que no necesitaba que la guiara a ningún sitio. No había llegado a aquel acuerdo con el diablo para disfrutar de su libertad y verse ahora sometida por aquel hombre.

Emmeline Morelli era dueña de su vida, y ver a su marido coqueteando con otra le había hecho darse cuenta de lo importante que era no olvidarlo.

Capítulo 3

Esperaba una limusina, pero Pietro la llevó hacia un brillante Jaguar negro que estaba aparcado frente al restaurante.

Emmeline abrió la puerta y se sentó rápidamente, conteniendo la respiración por alguna razón desconocida. ¿Qué creía que podría pasarle si volvía a aspirar su olor?

Pietro se colocó al volante y enfilaron por las calles de Roma que él conocía tan bien. El silencio se instaló entre ellos, y no resultaba en absoluto cómodo. Emmeline apretó los dientes y se centró en el paisaje nocturno de Roma. Su nuevo hogar.

No había pensado en lo que significaría dejar Georgia atrás. Le daba pena saber que no vería a su padre tan a menudo, pero había mucho más que eso. Annersty era la plantación en la que había crecido y la consideraba su hogar. En la ciudad estaba la gente con la que había crecido, las personas que conocía.

Un suspiro se le escapó entre los labios. Había accedido a eso y no tenía sentido ahora lamentarse. Se había casado con Pietro Morelli y los dos sabían que solo era un matrimonio sobre el papel. Se agarraba a esa tranquilidad como a un talismán.

Entonces, ¿por qué tenía aquella sensación amarga en la boca al recordar cómo miraba él a aquella pelirroja, como si quisiera comérsela entera?

Soltó un suspiro más enfadado y Pietro giró la cabeza, observándola bajo la luz intermitente de las farolas de la calle. Estaba muy guapa a pesar de haber dicho semanas atrás que no era su tipo en absoluto. No es que hubiera hecho grandes cambios, pero era la primera vez que la veía con un vestido, maquillada, con tacones y el pelo sin recoger en una coleta.

Resistió el deseo de preguntarle cómo se sentía. No era asunto suyo, y no le importaba. Pisó con más fuerza el acelerador y se fue tragando los kilómetros hasta su casa.

Las puertas se abrieron cuando se acercaron a la entrada y a continuación entraron en el garaje, que alojaba la flota de vehículos

de Pietro. Apagó el motor y se giró para decirle algo a su esposa, aunque no sabía muy bien qué.

En cualquier caso, no hizo falta. Emmeline ya estaba bajando del coche antes de que pudiera decir nada. Se mantenía erguida con pose orgullosa mientras recorría con la mirada la fachada del edificio como si lo viera por primera vez.

–Nada ha cambiado –dijo él con un tono más sombrío que la noche que los rodeaba.

Ella le dirigió una sonrisa tirante.

–Sí –afirmó abriendo mucho los ojos–. Ahora yo vivo aquí.

Pietro tenía una expresión adusta.

–Ven, te acompañaré a tu habitación.

Emmeline pensó en hacer una broma… ¿acaso no era la tradición cruzar el umbral del hogar común con la novia en brazos? Pero la rigidez de la espalda de Pietro mientras la guiaba y el firme ángulo de la cabeza le demostraban las pocas ganas que tenía de reírse de la situación.

Ella le siguió deslizando la mirada por la fachada de la casa mientras avanzaban.

–Es tarde. El ama de llaves te enseñará mañana dónde están las cosas –Pietro tenía las manos en los bolsillos y miraba hacia delante.

–Muy bien, pero… ¿dónde se supone que voy a dormir?

Pietro torció el gesto con irritación, pero siguió avanzando por un largo pasillo. Luego giró hacia la izquierda y subió unas escaleras.

–Estas son tus habitaciones.

Abrió una puerta hacia dentro y le mostró un espacio muy funcional en el que había un escritorio, una librería y una cinta para correr. Esto último la hizo sonreír, pero lo disimuló con un bostezo.

–Muy bien.

–Hay un baño aquí. Y este es tu dormitorio –señaló con la cabeza hacia la tercera y última puerta y ella giró el picaporte para abrir, observando todo con interés.

No era muy distinta a la habitación de un hotel de cinco estrellas con encanto. La cama de matrimonio estaba ya hecha con ropa blanca y cojines gris plateado. Al lado de la ventana había una butaca blanca, otra estantería y unas puertas dobles que seguramente daban al vestidor.

–Estas eran antes las habitaciones de invitados –dijo Pietro–. Eres libre de añadir tu toque personal y traer todos los libros que quieras.

Emmeline se acercó a la ventana. Al principio no se había dado cuenta, pero ahora vio que tenía unas puertas que daban a un pequeño balcón. El corazón le latió con fuerza al abrirlas y sentir la cálida brisa de las afueras. Estaban lo bastante lejos de la ciudad como para poder distinguir desde allí los monumentos más importantes de Roma.

–Tu equipaje está en el vestidor –dijo Pietro con clara impaciencia–. No sabía si te parecería un poco invasivo que el ama de llaves te deshiciera las maletas. Puedo decirle que venga…

Emmeline agitó la mano para descartarlo.

–Me las puedo arreglar sola.

–Muy bien –Pietro asintió brevemente con la cabeza–. Mi habitación está al fondo, al final del pasillo al otro lado. La última puerta a la derecha. Por si me necesitas.

Era como si le hubiera dicho: «No me molestes a menos que haya un incendio, tu habitación se hunda y no haya nadie más a quien puedas llamar».

–De acuerdo –Emmeline sonrió, más por costumbre que porque estuviera contenta.

Pietro se detuvo un instante en el umbral. Los ojos le brillaban como ónices en su hermoso rostro.

–Buonanotte, cara.

–Buenas noches –la despedida le salió muy brusca. Se aclaró la garganta, pero Pietro ya se había ido.

Emmeline estiró los brazos por encima de la cabeza y luego se acercó a la puerta para cerrarla.

Aquel era su hogar ahora.

No debía verse como una invitada, ni pensar que aquel acuerdo sería temporal. Se había casado con él, para bien o para mal, y aunque no era tan tonta como para pensar que estarían casados para siempre, aquel iba a ser sin duda su lugar en el mundo durante un buen espacio de tiempo.

Las puertas daban al vestidor, como sospechaba, y allí estaban sus maletas. Desharía el equipaje por la mañana, pensó, cuando tuviera más energía. Abrió una de las maletas y sacó un pijama de algodón y el folleto del curso que iba a hacer en la universidad. Lo puso a los pies de la cama.

Le dolían los pies y tenía el cuerpo cansado y la cabeza embotada. Lo que necesitaba era una ducha caliente y un sueño placentero. Llevó las manos a la parte de atrás del vestido y gruñó. Los malditos botones.

Los espejos del vestidor le mostraron con exactitud el problema

que tenía. Parecía que hubiera miles, Sophie había tardado una eternidad en abrochárselos, y, sin ayuda, Emmeline no podría quitarse nunca el vestido.

Sí, estaba claro que podría dormir con él puesto. Era pesado y ajustado, y no estaría precisamente cómoda. Pero se ahorraría el mal momento y podría pedirle al día siguiente a algún miembro del servicio que la ayudara.

O también podía…

Abrió la puerta y miró hacia el pasillo. Era más largo de lo que le pareció al principio, y en algún punto al final estaba el hombre con el que se había casado.

Negándose a admitir que estaba un poco asustada, salió al pasillo y avanzó por él. Cuando llegó al final esperó al lado de la última puerta a la derecha y se tomó un momento para reunir coraje.

Alzó una mano y llamó, primero con timidez y luego con más fuerza. Tocó una tercera vez y luego la puerta se abrió hacia dentro. Pietro estaba al otro lado con una expresión adusta.

–¿Sí? –le preguntó con sequedad.

–¿Te… te interrumpo? –Emmeline tragó saliva.

–¿Necesitas algo? –sus ojos se clavaron en ella. Parecía enfadado.

–Esto no es de ninguna manera una invitación a…

Los labios de Pietro esbozaron una débil sonrisa. Fue tan rápida que Emmeline pensó que se lo había imaginado.

–Bien, ¿de qué se trata?

Ella se dio la vuelta y miró hacia la pared opuesta del pasillo.

–El vestido tiene un millón de botones y no puedo desabrocharlos. Supongo que los vestidos de novia están diseñados con la idea de que la novia no se vaya a desvestir sola…

–Eso parece… –murmuró él acercándose un poco más.

Emmeline lo supo porque podía sentirle aunque no la tocara. Su calor parecía envolverla como una enredadera.

–¿Te importaría ayudarme? –le preguntó manteniendo la atención fija en la blancura de la pared del pasillo.

–¿Y si no quiero?

–Supongo que podría encontrar unas tijeras en algún lado.

–No hace falta.

Y entonces, aunque había ido a su habitación con aquel expreso propósito, la sensación de las yemas de los dedos rozándole la espalda hizo que se estremeciera. Los pezones se le apretaron contra la tela del vestido con una nueva e inesperada sensación.

–¿Tienes frío?

La pregunta la pilló con la guardia bajada. Se mordió el labio inferior y trató de obligar a su cuerpo a comportarse, a su corazón a que se calmara. Pero su cuerpo tenía sus propias ideas y siguió reaccionando ante la cercanía y el contacto de Pietro.

–Estoy bien.

Él se rio suavemente y Emmeline sintió su cálida respiración. Le recorrió la espalda como una llamarada de fuego.

Le desabrochó el primer botón con toque experto. «Ya está uno, faltan nueve mil», pensó ella. Pietro deslizó los dedos hacia el siguiente botón y a ella se le puso el estómago del revés.

Aspiró con fuerza el aire. Pietro no estaba tratando de seducirla, es que él era así. El hombre exudaba sensualidad por cada poro de su perfecto y tentador cuerpo.

Pero cuando le desabrochó el segundo botón y se dirigió hacia el tercero el vestido se abrió unos centímetros en la parte superior y Emmeline no supo si fue sin querer, pero deslizó los dedos por la piel mientras bajaba hacia el número cuatro.

Lo iba haciendo despacio, y, durante cada segundo que permanecía delante de él, Emmeline sentía que se le ponían los nervios de punta. Cuando llegó al botón número veinte todavía no estaba ni a la mitad de la espalda, y un calor febril ya la estaba atravesando entera.

¿Le habría desabrochado los suficientes como para que ya pudiera quitarse el vestido? No estaba segura a aquellas alturas de si le importaba mucho que el vestido se rompiera siempre y cuando pudiera quitárselo sin seguir sometida a… aquello.

O bueno, tal vez un instante más, concedió débilmente aspirando con fuerza el aire mientras los dedos de Pietro rozaban la piel donde debería estar el sujetador. No lo había necesitado con aquel vestido, tenía suficiente sujeción. Bajó un poco más y los dos siguientes botones se abrieron despacio. Los dedos de Pietro estaban peligrosamente cerca de la parte baja de la espalda, casi rozando el trasero.

Ningún hombre le había visto nunca aquella zona, y mucho menos se la había tocado. Los dedos de Pietro se detuvieron allí unos instantes sin bajar más, solo acariciándole la piel. A Emmeline se le aceleró el pulso y cerró los ojos al sentir una oleada de deseo, una necesidad hormonal que había dejado mucho tiempo relegada.

–Ya… ya puedo encargarme yo –murmuró en voz baja, aunque su cuerpo gritara en silencioso rechazo al comentario.

Pietro la ignoró. Bajó un poco más las manos al siguiente botón,

lo desabrochó y separó la tela y luego volvió a deslizar los dedos por la piel expuesta.

–Ya es suficiente –volvió a decir Emmeline con más fuerza en las palabras, y lo respaldó dando un paso adelante para apartarse de él. Luego se giró despacio.

Los ojos de Pietro estuvieron a punto de electrificarla. Estaban cargados de algo, de una emoción extraña que no fue capaz de procesar. Apretó las mandíbulas y en sus labios apareció una mueca de descontento.

–Gracias –dijo Emmeline en voz baja sin darse cuenta de lo sonrojadas que tenía las mejillas.

Pietro deslizó la mirada hacia sus labios y ella sacó inconscientemente la lengua para humedecérselos. Entonces él bajó un poco más la mirada hacia la curva de sus senos, que ya no estaban sujetos por el vestido.

–¿Querías unirte a mí, *cara*? –le preguntó arrastrando las palabras y alzando los ojos hacia los suyos.

Ella sacudió la cabeza rápidamente de un lado a otro, pero siguió sin moverse. Tenía la garganta seca.

–Yo creo que sí –Pietro volvió a sonreír, pero fue una sonrisa dura–. Tienes los pezones erectos, desean mis caricias. Creo que tienes la piel de gallina porque quieres que te bese de arriba abajo. Creo que has venido aquí esta noche porque sientes curiosidad por saber si al dormir conmigo sentirías lo mismo que cuando te besé a la salida de la iglesia.

Ella contuvo un gemido.

–Pero…

–¿Pero? –repitió él tomándole la mano y llevándosela a los labios.

Emmeline esperaba que se la besara, pero él hundió los dientes en la yema del pulgar y una lluvia de flechas la atravesó, haciendo que le temblaran las rodillas.

No podía hablar. Apenas era capaz de pensar. Lo único que experimentaba eran sensaciones.

–¿Pero eres virgen? –le preguntó Pietro sin cuestionarse siquiera su inexperiencia.

¿Acaso lo tenía grabado en la piel?

–Y te estás reservando para alguien que ames –Pietro le soltó la mano y dejó escapar una amarga carcajada–. Es una lástima, teniendo en cuenta que acabas de casarte conmigo.

Volvió a mirarla con renovada curiosidad.

–¿Cómo es posible que existan mujeres como tú en esta época?

Había rabia en su pregunta. Una rabia que ella no entendió.

–¿Mujeres como yo? –a Emmeline le sorprendió que la voz le surgiera tan calmada, fría incluso.

–¡Virgen a los veintidós años! ¿Tu padre te tenía con un cinturón de castidad? ¿Construyó un foso alrededor de Annersty?

Emmeline sacudió la cabeza.

–Ninguna de las dos cosas.

–Entonces, ¿no te interesan los chicos? ¿El sexo?

Emmeline torció el gesto y las mejillas se le enrojecieron aún más.

–Supongo que no.

–La reacción de tu cuerpo ante mi contacto hace que lo ponga en duda.

–Te lo estás imaginando.

Pietro se rio suavemente.

–Ten cuidado, señora Morelli. Solo te he rozado y te has derretido como mantequilla en mis manos. Imagínate si te pongo contra la pared y te beso como si te deseara tanto como tú a mí.

La imagen le provocó una sensación confusa y extraña. Quería que Pietro hiciera aquello. Al menos, una parte de ella lo deseaba. Una parte loca. La parte que no tenía orgullo ni raciocinio.

–Seguro que sería una decepción para ti después de las mujeres a las que estás acostumbrado –afirmó con tirantez.

Pietro no dijo nada. Alzó una mano, la puso en la manga corta del vestido de novia y empezó a deslizarla hacia abajo. Tan despacio que Emmeline tuvo muchas oportunidades para decir algo. Para protestar. Pero no lo hizo. Le observó con los ojos entrecerrados mientras seguía bajándola, la tela era un tormento mientras se la deslizaba por el escote y luego más abajo, dejando al descubierto uno de sus senos.

Eran senos delicados, no muy grandes. Pero tampoco eran pequeños, y estaban firmes. La mirada de Pietro los observó, pero no supo averiguar qué estaba pensando.

–¿Te ha tocado algún hombre ahí alguna vez? –le preguntó con voz grave.

Ella sacudió la cabeza y se mordió el labio inferior.

–¿Quieres que yo te toque?

Emmeline sintió cierta humedad entre las piernas y le miró angustiada a los ojos. Asintió con la cabeza. Fue un movimiento leve, casi involuntario, acompañado de un gesto de terror.

Pietro se rio suavemente, le puso las manos en la cintura y la atrajo hacia sí. Tenía todo el cuerpo duro, y Emmeline podía sentir

su erección a través de la tela del vestido. Se le escapó un gemido.

–Y yo que pensé que esto no era una invitación –dijo burlón bajando la cabeza tan rápidamente que ella no pudo anticipar el movimiento.

Le deslizó la boca por el montículo del pezón y se lo lamió.

Emmeline gritó ante la repentina sensación de placer. Surgió de la nada y la dejó sin aliento. Se estaba derritiendo, tal y como él dijo.

Un deseo poderoso se abrió paso en su interior, creando un huracán de respuestas que nunca creyó posibles. Su cuerpo estaba experimentando el primer despertar, y cualquier pensamiento o idea lógica se le había borrado de la mente. Solo estaba aquello.

Se oyó a sí misma murmurar incoherencias, necesitaba más de lo que le estaba dando. Se estaba formando una ola y no tenía ni idea de dónde ni cómo rompería. Solo sabía que debía permanecer ahí, surfeándola hasta el final.

Pietro subió más los labios y ella gimió ante el abandono de su pezón. Pero él le cubrió el seno con la mano y los dedos pulgar e índice tomaron el lugar de su boca, tirando y acariciando aquellas terminaciones nerviosas hasta que no tuvo más remedio que gritar de placer.

La otra mano de Pietro la impulsó hacia delante, sosteniéndola con fuerza contra él mientras sus labios buscaban los suyos, besándola mientras la recorría con las manos, y Emmeline volvió a gritar contra su boca.

–Oh, Dios, por favor… –gimió sin tener ni idea de qué estaba pidiendo. Solo sabía que necesitaba algo que solo él podía darle.

Pietro se apartó y alzó la cabeza al mismo tiempo que dejaba caer las manos y daba un paso atrás. Tenía una expresión que Emmeline no supo descifrar. Se le movía el pecho a toda velocidad y tenía las mandíbulas apretadas, pero no entendía por qué se había detenido. A ella le corría un deseo salvaje por las venas.

–Vuelve a tu cuarto, Emmeline.

El modo en que pronunció su nombre fue como mantequilla caliente en una tostada recién hecha.

¿Quería decir con él? Su confusión quedó enturbiada por el modo en que su cuerpo gritaba por él.

–No estoy interesado en desvirgar doncellas.

Se apartó de ella, entró en su habitación y agarró el vaso de whisky que tenía en la mesilla.

Emmeline se quedó boquiabierta y le miró confundida.

–¿Perdona?

–No es necesario disculparse –dijo él encogiéndose de hombros.

–No… no me estoy disculpando –murmuró ella con tono abrumado–. No entiendo por qué te has parado. No…

–No tengo interés en acostarme contigo –la atajó Pietro enfadado–. Complicaría las cosas, y sin duda resultaría insatisfactorio para mí.

Ella contuvo el aliento y le lanzó una mirada cargada de dolor.

–No te ofendas –murmuró Pietro–. Es que estoy acostumbrado a amantes con más experiencia.

Emmeline se sintió tan humillada que cualquier atisbo de deseo quedó atajado al instante. Se giró sobre los talones y enfiló a toda prisa por el pasillo. Cuando llegó a su habitación se dio cuenta de que había recorrido todo el camino con el pecho aún descubierto.

Pietro se quedó mirando fijamente el whisky con el ceño fruncido.

Aquello había sido un error. Todavía sentía su sabor en los labios, su olor en la ropa, podía oír sus pequeños gemidos de deseo como si todavía estuviera allí con ella. Podía sentirla como un fantasma de la noche que podrían haber pasado si él no hubiera detenido las cosas.

Sentía deseo por ella… estaba excitado.

Por la hija de Col.

Un gemido permeó el silencio de la habitación y rebotó por las paredes, condenándole al oír el eco. Se había casado con ella para salvarla. Se había casado con ella porque se sintió obligado a ayudar a su amigo.

Desear a su esposa nunca formó parte de la ecuación. Y más le valía recordarlo.

Capítulo 4

No es que hubiera llevado una vida particularmente activa y ocupada. Confinada en Annersty, su principal compañía era el personal de servicio, su padre y algunas amigas del colegio con las que quedaba de vez en cuando a comer.

Pero la vida en la villa era absolutamente silenciosa. Había pasado una semana desde la boda y apenas había visto al novio. ¡Gracias a Dios! Cuanto menos le viera, menos tendría que recordar lo estúpida que había sido entre sus brazos. La vergüenza de aquella noche todavía hacía que se sonrojara.

Emmeline se adentró un poco más en el huerto de árboles frutales y alzó la mano para tirar de una flor de naranjo cuando pasó a su lado, llevándosela a la nariz para aspirar su dulce aroma.

Sí, se habían visto unas cuantas veces. Una al día siguiente, cuando ella iba caminando por la villa como un cordero perdido. Pietro salió de una habitación que después supo que era su despacho en la casa. Sus miradas se cruzaron y él arqueó una ceja, un simple gesto que indicaba burla y escepticismo. Emmeline levantó la cabeza y pasó por delante de él con el corazón latiéndole a toda prisa y las mejillas ardiendo.

Pasaron dos días hasta que volvió a verlo, esa vez por la noche. Pietro entraba por la puerta principal cuando ella pasaba por delante. Y parecía cansado. Se aflojó la corbata para poder desabrocharse el botón superior y se quitó la chaqueta. Ella se las arregló para esbozar una sonrisa tirante y asintió con la cabeza a modo de saludo mientras se escabullía.

En aquella parte del huerto crecían los naranjos, y más abajo los limoneros. Un poco más allá había membrillos y olivos. Era el jardín mediterráneo perfecto. Emmeline se detuvo al final de una hilera y se giró para mirar colina abajo hacia Roma. El cielo estaba jalonado de los tonos naranja y melocotón del atardecer.

La temperatura era cálida y deliciosa. La sintió en la piel y sonrió. La primera sonrisa auténtica que había esbozado desde la

boda.

La universidad ayudaría. Necesitaba actividad, algo en lo que ocupar la mente y poder distraerse de él. Su marido. Y del traicionero modo en que su cuerpo había respondido a él.

Necesitaba recordar la razón por la que se había embarcado en aquella farsa. Su matrimonio no tenía que ver con el deseo ni con Pietro, sino con ella. Era su vehículo para salir por fin al mundo. Una sonrisa le asomó a los labios y sintió una vez más el calor del sol en la piel.

Le sonó el móvil y la sacó de sus ensoñaciones. Lo sacó del bolsillo de atrás de los vaqueros y el rostro de Pietro la observó desde la pantalla.

–Hola –lo saludó con el corazón acelerado.

–Emmeline.

Ahí estaba otra vez. La mantequilla cálida rezumándole en la piel.

Cerró los ojos y se sentó en el suelo para poder concentrarse.

–Sí, dime.

–Tu padre viene a cenar esta noche a las siete. Supongo que querrás verlo antes de que regrese a Estados Unidos.

Emmeline asintió, pero estaba consternada. Claro que quería volver a ver a su padre, pero le hubiera gustado tomarse un café con él a la mañana siguiente, cuando pudieran estar solos.

–De acuerdo –se mordió el labio inferior.

–Mi secretaria se lo dirá a la *signora* Verdi –dijo Pietro refiriéndose al ama de llaves, a la que Emmeline había visto un par de veces.

–Muy bien –murmuró.

–Aunque sabe que el nuestro es un matrimonio de conveniencia, creo que le gustaría ver que… nos llevamos bien Te quiere mucho –afirmó Pietro, pero con tono impaciente–. Verte feliz le hará feliz a él.

–Entonces, ¿quieres que finja? –le espetó Emmeline sin poder contenerse.

–Quiero que pienses en tu padre, como has hecho en el pasado –respondió Pietro con tono suave–.Te casaste conmigo para hacerle feliz.

Una voz de mujer se filtró en la llamada y a Emmeline le ardió la sangre. No entendió lo que dijo la mujer, pero lo hizo en un tono bajo. Íntimo.

Sintió celos.

–Estaré en casa a las seis. Y… Emmeline, ¿podrías ponerte un

vestido?

Ella se sintió ultrajada. Colgó el teléfono. ¿Ponerse un maldito vestido? ¿De verdad pensaba Pietro que podía presionarla para que se pusiera lo que él quería? ¿Lo que él consideraba adecuado? Cierto que después de la boda había regresado a la ropa con la que más cómoda se sentía, y desde luego no eran prendas osadas. Pero ¿por qué tenía que ser tan maleducado y machista con ella?

Se puso de pie, guardó el móvil con manos temblorosas y se quedó mirando hacia Roma.

Le demostraría algo a Pietro.

Emmeline entró a las seis y diez en el comedor formal con la intención de servirse una copa para calmar los nervios. Lo que no esperaba era ver a su marido ya allí, agitando una coctelera.

Se quedó paralizada en el pasillo y aspiró con fuerza el aire. Solo tenía un segundo para recomponer su rostro en una máscara de calma antes de que Pietro alzara la vista. Y, cuando sus miradas se encontraron, se alegró infinitamente de haber llevado a cabo aquel plan. Había significado horas de compras, una actividad que no le gustaba, pero el resultado valió la pena.

El vestido era exquisito. Tenía la ventaja de que parecía hecho para ella. La tela de seda le caía suavemente en los senos y las caderas y mostraba varios centímetros de rodilla. Y tenía unas mangas de murciélago que le llegaban hasta las manos. El escote en pico era más amplio de lo que había llevado nunca en su vida. Lo combinó con unas alpargatas que le daban un aire más informal para una cena en casa.

–Tomaré lo mismo que tú –murmuró con una confianza que estaba muy lejos de sentir.

Pietro asintió brevemente y siguió agitando la coctelera.

–Bonito vestido.

El cumplido hizo que la sangre le corriera más deprisa por las venas.

–Gracias.

–Resulta casi imposible recordar que eres una doncella inocente y virgen.

Emmeline contuvo su reacción natural, sonrojarse, porque seguramente era lo que Pietro buscaba. Entornó la mirada y se acercó más, observando cómo servía el Martini en un vaso. Lo agarró antes de que él se lo ofreciera.

–¿Y te molesta?

–Me confunde –la corrigió él buscando más botellas de alcohol para la mezcla–. Sobre todo cuando vas así vestida.

–Entonces, ¿el modo en que alguien se viste es un indicador de sus inclinaciones sexuales?

–No. Pero vestida así estás… irresistible.

Emmeline le dio un sorbo a la copa para ocultar su reacción y luego tosió cuando el alcohol le atravesó la garganta.

–Uf… está muy fuerte.

–Es un Martini –señaló él muy serio–. Se supone que debe estar fuerte.

Ella asintió y dio otro sorbo, esa vez con más cuidado.

–¿Por qué te vistes como te vistes? –Pietro regresó a la conversación anterior.

–Eso no es asunto tuyo –le espetó ella sosteniéndole la mirada, aunque quería apartarla.

–Me interesa. Eres una mujer atractiva que hace todo lo posible por disimular sus encantos. No tiene sentido.

Emmeline se apartó de él, sorprendida por la facilidad con la que había conjeturado sobre su situación.

–No todo el mundo cree que su valía depende de la aprobación del sexo opuesto.

Pietro emitió un sonido de desacuerdo.

–Pero estar orgulloso del propio aspecto no va encaminado solo a conocer a alguien o atraer. Es un signo de amor a uno mismo querer verse lo mejor posible.

–No estoy de acuerdo –murmuró ella, aunque en realidad no había vuelto a revisar las opiniones que se formó cuando era una adolescente.

–¿No te sientes mejor con este vestido?

Pietro se acercó a ella con el vaso en la mano y sosteniéndole la mirada. Ella también se la mantuvo, negándose a dejarse intimidar a pesar de los nervios.

–¿No te gusta cómo estás esta noche?

–No me gusta cómo me estás mirando, como si quisieras arrancarme el vestido –respondió Emmeline.

Pietro soltó una carcajada sensual que la envolvió.

–Ya hemos hablado de esto. No estoy interesado en ser el hombre que te enseñe a sentir.

Pietro alzó un dedo y le recorrió con él el labio inferior. Luego siguió bajando más y más hasta llegar a la tela que se unía en el centro del pecho. Y después bajó al ombligo. Emmeline contuvo al aliento cuando lo deslizó por su feminidad y se entretuvo allí,

pasando el pulgar por aquella parte de su cuerpo que ningún hombre había tocado nunca.

–Aunque mentiría si dijera que en estos momentos no me ofrece cierto atractivo –parecía como si le hubieran arrancado aquellas palabras contra su voluntad.

La duda y la confusión regresaron a Emmeline. La incertidumbre. Le temblaba el cuerpo por dentro, y dio un paso hacia delante sin quererlo.

–Me pregunto si llegarás pronto al orgasmo… –murmuró él distraídamente.

Una punzada de deseo hizo gemir a Emmeline y asintió con la cabeza sin saber por qué. Pietro apretó los labios en una sonrisa contenida y apartó la mano. Ella emitió un gemido enfadado y antes de pensar en lo que estaba haciendo le agarró la muñeca con la mano libre.

–Ten cuidado, *cara*. No te conviene jugar con un hombre como yo.

–Entonces. ¿por qué me atormentas? –preguntó Emmeline sin soltarle la mano–. ¿Por qué me excitas y luego te vas? ¿Te divierte?

–¿Divertirme? No. Y por qué lo hago… no lo sé. Supongo que soy un poco como un gato con un ovillo de lana. Me resulta difícil entender el concepto de una mujer de veintidós años virgen. Me fascinas y no lo puedo evitar.

–Pues no lo evites –susurró Emmeline dándole el último sorbo que le quedaba a la copa. Le rodeó el cuello con los brazos y sus labios buscaron los suyos.

–Eres la hija de Col –sus palabras sonaron con gravedad.

–Pero te has casado conmigo –ella apretó las caderas contra su cuerpo. Sus ojos mostraban su deseo.

Pietro maldijo entre dientes y luego le deslizó la mano por el muslo. Encontró el bajo del vestido y se lo subió, apartando la tela de la ropa interior de seda. Le rozó el palpitante calor con los dedos y Emmeline contuvo el aliento. Nunca se había imaginado una sensación así.

–No soy el hombre adecuado para ti –dijo Pietro.

Y tenía toda la razón. Pero el deseo sensual le había arrebatado cualquier vestigio de sentido común.

–Cállate –le dijo ella con ansia.

Pietro se rio en sus labios.

–¿Cállate y haz esto? –preguntó apartando la tela de sus braguitas.

Le dio un vuelco el corazón. Lo único que podía hacer era

esperar. Esperar a lo que llegara a continuación.

Si Emmeline hubiera sido capaz de pensar con claridad le habría importado algo más estar en una estancia en la que cualquiera podría entrar en algún momento. Pero no podía pensar. Por suerte, su marido tenía la cabeza en su sitio, y Pietro utilizó el cuerpo para guiarla hacia atrás de modo que dio contra un rincón cercano que les proporcionaba algo de intimidad.

El dedo de Pietro invadió su calor suavemente al principio, deslizándose dentro, preparándola lentamente para aquella sensación desconocida. Emmeline gimió cuando entró más profundamente. Se le tensaron los músculos.

–Dios –gimió moviendo las caderas.

Y él se rio suavemente mientras movía el dedo en círculos y el pulgar encontraba el núcleo de nervios a la entrada de su cuerpo.

A Emmeline le ardía la sangre bajo la piel como hierro líquido. Jadeaba, y los sonidos atravesaron el silencio de la estancia. Se mordió el labio inferior mientras las sensaciones comenzaban a apoderarse de ella. Se le sonrojó el rostro y se le perló la frente de sudor. Le agarró del pelo y lo miró a los ojos.

No estaba preparada para aquella sobrecarga de sensaciones. Oleadas de placer y satisfacción la atravesaron hasta el centro del cuerpo. Se quedó completamente quieta y dejó que las olas rompieran contra sus terminaciones nerviosas, y luego echó la cabeza hacia atrás y la apoyó contra la pared mientras recuperaba el aliento.

Pietro sacó el dedo de su centro húmedo y latiente y ella emitió un pequeño sonido de sorpresa ante aquel inesperado abandono. Cuando abrió los ojos, Pietro la estaba mirando fijamente en silencio.

El mundo dejó de girar. Todo se detuvo excepto su respiración. Emmeline alzó la mano y le agarró la camisa para sujetarse. Se agarró a él mientras se le normalizaba la respiración y él no dejó de mirarla en ningún momento.

Finalmente dijo:

–Eres demasiado sensual como para no estar interesada en el sexo. ¿Tenías prohibido salir con chicos?

A Emmeline todavía le daba vueltas la cabeza por lo que acababa de suceder.

–Necesito un minuto –se mordió el labio inferior–. ¿Qué diablos ha sido eso? Guau…

Pietro gruñó.

–Dime que al menos te has tocado a ti misma.

¿Debería haberlo hecho? Dios, se suponía que al menos debería haber tenido una cierta curiosidad por su propio desarrollo sexual. La vergüenza hizo que se sonrojara.

–Yo…

–¿Qué diablos te sucedió? –murmuró Pietro–. ¿Cómo has podido ignorar estas sensaciones, este deseo?

Emmeline tragó saliva, pero su insultante tono de voz hizo que se pusiera a la defensiva.

–No todo el mundo ve el sexo como lo único y lo más importante…

–Claro que sí –afirmó él con tono ronco–. Al menos, todos los que saben lo que es el buen sexo –sacudió la cabeza–. Ojalá hubiera sabido esto de ti antes de acceder a este maldito matrimonio –dijo enfadado–. Necesitas tener sexo. Y rápido. Pero no conmigo.

Ella giró la cabeza sobre su pecho.

–¿Por qué no contigo? –preguntó.

Los ojos de Pietro despedían chispas de frustración.

–Ya te lo he dicho. Enseñar a vírgenes no es lo mío. No me interesa esa complicación.

–¿Ni siquiera con tu mujer? –preguntó ella molesta.

–No eres mi mujer de verdad, ¿recuerdas?

Emmeline se mordió el labio inferior y asintió.

–Entonces, ¿qué se supone que tengo que hacer?

–Bueno, has esperado veintidós años. Supongo que un poco más no te matará.

Pero a lo mejor le mataba a él, pensó Pietro dándole la espalda. Apartarse de allí como si no estuviera afectado en absoluto le resultaba casi imposible debido a la furiosa erección que tenía entre las piernas.

Una virgen. Y tan bella, seductora y sensual. Dios, quería llevársela a la cama. A pesar de lo que había dicho, la idea de enseñarle a Emmeline Morelli lo que su cuerpo era capaz de sentir despertaba todo tipo de fantasías masculinas en su mente.

Ser el primer hombre que se movía dentro de ella… diablos, la necesidad de poseerla era muy fuerte. Pero no podía hacerlo. Se había casado con ella porque quería a Col Bovington como a un padre y resistiría el deseo de acostarse con Emmeline exactamente por la misma razón.

Por muy fuerte que resultara la tentación.

Era un adulto. Un adulto con experiencia. Tenía que controlar aquella bestia de deseo que ardía entre ellos o nunca se lo perdonaría a sí mismo.

–Siempre me ha gustado Roma.

La voz de Col tenía un tono melancólico, o tal vez solo se lo pareció a Pietro. Porque en el fondo de su mente, y seguramente también en la de Col, solo había una pregunta: ¿sería aquella la última vez que estaría en Italia?

–Es una ciudad como ninguna otra –afirmó Pietro con orgullo.

–Sí –reconoció Col con una sonrisa. Sus ojos escudriñaron el paisaje, disfrutando de las luces de la ciudad en la distancia–. ¿Qué tal está ella?

Pietro sintió una punzada de culpabilidad. Una sensación tan extraña como incómoda.

–¿Está adaptándose? ¿Es feliz?

Pietro apretó los dientes antes de responder.

–Todavía es muy pronto –dijo para no comprometerse.

–Pero… ¿os lleváis bien? –insistió Col.

Pietro dejó escapar un suspiro.

–Claro.

Si contaba el hecho de apenas verse el uno al otro y luego llevarla al éxtasis por la única razón de que la deseaba desde que la vio.

–Bien –si Col tenía dudas, no las expresó.

Pietro dejó caer un codo en la barandilla y se giró lentamente hacia su amigo midiendo las palabras.

–Creo que tienes que decirle la verdad.

–¿Respecto a qué? –bromeó Col.

Pietro no le siguió el juego.

–Es más fuerte de lo que crees –Pietro confiaba en que así fuera–. Podrá con ello. Con lo que no podrá es con descubrir que la has engañado.

–Yo la conozco mejor que nadie.

Las palabras de Col encerraban una advertencia y Pietro la siguió. No porque tuviese miedo, sino porque seguramente su amigo tuviese razón. Col había trazado una línea en la arena y Pietro no tenía ninguna intención de cruzarla.

Suspiró.

–Pues entonces considera hablar con ella.

–No puedo. Necesita tener algo más que yo en la vida –dirigió la mirada hacia Pietro. Parecía más pálido–. Si lo sabe, volverá a casa.

–¿Y qué? Deja que lo haga.

¡No, maldita sea! El sentido de todo esto es… que no quiero que

me haga de enfermera. Se merece algo mejor.

Pietro lo observó muy quieto.

–¿No quieres que te cuide? Es tu hija. Cuando mi padre se puso enfermo…

–No es lo mismo –el propio Col parpadeó ante lo abrupto de su respuesta–. Lo siento, Pietro. No quiero subestimar lo que tuviste que pasar. Pero no es lo mismo.

–¿Por qué no?

–Porque es mi única hija. Cuando yo muera se quedará huérfana. Porque me adora y me idolatra y no permitiré que me vea débil y enfermo –apretó las mandíbulas con firmeza–. La quiero demasiado para eso.

Un avión pasó por encima y dejó un brillante rastro blanco contra el cielo de la noche. Pietro se lo quedó mirando un instante, preguntándose respecto al destino del avión y la gente que iba dentro. Se preguntó también por el amor de Col. ¿Era posible amar y mentir así? ¿Se podía amar a alguien y negarle la oportunidad de despedirse?

–¿No crees que parecía cansado? –le preguntó Emmeline a Pietro cuando regresó al salón tras haberse despedido del senador.

Aquella pregunta tan directa le pilló con la guardia bajada. Pero, por supuesto, era su hija y se daba cuenta de cualquier pequeño cambio.

–Tal vez –esquivó la pregunta con sorprendente dificultad. Seguía con la vista fija en el rostro de Emmeline.

Ella estaba distraída, jugueteando con el bajo del vestido, deslizando los dedos por la tela de seda mientras asentía lentamente.

–Sí lo estaba. Supongo que sería el cambio de horario… no lo sé –sacudió la cabeza.

Pietro contuvo un gruñido. Se sentía culpable por estar engañándola a pesar de que le debía lealtad a Col y no a Emmeline.

–Voy a salir –dijo sin pensar.

–¿A salir? –ella frunció el ceño y consultó el reloj–. Son más de las diez.

Pietro soltó una carcajada algo burlona.

–En Roma todavía es temprano, *cara*.

A ella se le sonrojaron las mejillas y le miró. Por su rostro cruzó una expresión que Pietro no reconoció.

–De acuerdo –dijo finalmente Emmeline–. Gracias por esta

noche.

–No me des las gracias –respondió él–. He invitado a tu padre esta noche no solo por ti, también por mí.

–No me refería a eso.

Cuando pasó por delante de él, Pietro captó una suave fragancia a vainilla y rosas y se le formó un nudo en el estómago. Sintió un deseo que apenas podía controlar. El deseo de pasarle la mano por la cintura, atraerla hacia sí y hacer que alcanzara el éxtasis otra vez. Giró la cabeza cuando ella salió de la habitación y la siguió por instinto. El modo en que el vestido se le pegaba a las curvas del trasero al caminar…

Tenía que salir de allí antes de cometer alguna locura. Como dejarse llevar por la tentación e invitar a su mujer a compartir su cama…

Capítulo 5

La habitación de Pietro estaba lo bastante lejos de la suya como para no tener que oírle necesariamente cuando regresara a casa cada noche. Pero, durante el mes que llevaban casados, el oído se le había desarrollado tanto que oía hasta el menor sonido.

Como que se abriera la puerta de su dormitorio y se cerrara un segundo después.

Escuchó el «clic» habitual y dirigió la mirada a la mesilla. Buscó el móvil para ver la hora. Eran más de las dos de la mañana.

¿Cómo podía hacer Pietro aquello con tanta frecuencia y tener un aspecto tan lozano al día siguiente?

Emmeline trató de no pensar en con quién había estado y dónde. Aunque no hacía falta ser un genio para imaginárselo.

Pietro no hacía ningún esfuerzo por ocultar su virilidad, y antes de casarse acordaron que él seguiría con su vida como antes. Y lo estaba haciendo. Si a Emmeline ya no le parecía bien, era cosa suya.

Se giró en la cama y se colocó de lado para poder mirar por la ventana. Todavía hacía calor, y la brisa le ofreció un poco de alivio, aunque no demasiado. El día había sido muy sofocante.

¿Habría solo una mujer en la vida de Pietro? ¿Sería la guapa pelirroja de la boda?

Cerró los ojos y a su mente acudió la imagen de la mujer. Era espectacular, aunque se notaba que estaba operada por todas partes. ¿Aquella era la clase de mujer que le gustaba? Emmeline nunca sería así.

Abrió los ojos de golpe, pero ya era demasiado tarde. Una imagen de su madre se había abierto paso en su cabeza y Emmeline emitió un pequeño gemido.

Patrice Bovington también había sido muy hermosa. Impresionante sin necesidad de cirugía. Pero eso no le había impedido ir de vez en cuando al médico para que le pusieran un poco de Botox en la frente, para que le rellenaran los labios. Había cambiado a lo largo de los años, pero de forma tan sutil que solo al

mirar las fotos del pasado Emmeline se dio cuenta de que la idea de ser más bella se había convertido en una obsesión para su madre.

Y en una obsesión inútil, además. Siempre habría alguien más bella, más esbelta, más joven. ¿Por qué hacer de la apariencia la base de la autoestima?

Se sentó en la cama y recordó las palabras de Pietro de que estaría más guapa si se esforzara un poco. No sabía que «estar guapa» había sido la causa de todos los problemas que tenía con su madre. Sintió un nudo en el estómago al recordar su última discusión. El día antes de que Patrice estrellara su descapotable contra un olmo enorme de la esquina.

Emmeline se giró hacia el otro lado y miró ahora hacia la pared. Pero no sirvió de nada. Tenía la mente muy despierta, las piernas pesadas, el cuerpo caliente.

Se incorporó y se levantó de la cama. Solo había ido a nadar dos veces desde que llegó a la villa, cuando sabía que Pietro no estaba en casa.

Y ahora estaría dormido, agotado seguramente tras haber seducido a alguna bella mujer.

Emmeline se puso el bañador sin hacer ruido. Si ella podía oír el «clic» de su puerta, seguramente él también. Salió de puntillas al pasillo y se detuvo un segundo, conteniendo el aliento. Las escaleras estaban a unos diez pasos de allí. Se movió en silencio pero deprisa. Acababa de poner los dedos en la barandilla cuando la puerta de Pietro se abrió.

Estaba allí con unos shorts y nada más, y la miró con el gesto torcido.

–¿Te he despertado? –susurró Emmeline sin saber por qué hablaba bajo, teniendo en cuenta que solo estaban ellos dos en la casa.

–No, estaba despierto –Pietro deslizó la mirada hacia el bañador y frunció el ceño–. Al parecer, hemos tenido la misma idea.

–Ah… hace mucho calor esta noche –murmuró ella por decir algo.

Se quedó unos instantes en el escalón contemplando la posibilidad de volver a su habitación, pero decidió no hacerlo. Aunque, cuando Pietro se le acercó, el pulso se le aceleró un poco.

–¿Qué estás haciendo?

Él la miró como si se hubiera vuelto loca.

–Ir a nadar. Acabamos de hablar de ello.

–Ah, pensé que… –cerró los ojos y aspiró con fuerza el aire. Fue un error, el aroma de Pietro la inundó, haciéndole recordar lo que

sintió cuando la tocó de manera tan íntima.

–La piscina es lo bastante grande para los dos.

Tenía razón, por supuesto, y ahora se sentía todavía más tonta que antes. Ya era bastante malo que la considerara una virgen inexperta. Pero peor era confirmar aquellos pensamientos actuando así.

–Lo sé –le espetó ella mientras seguía bajando por las escaleras a toda prisa para ir por delante de él.

Cuando llegó abajo siguió avanzando sin esperarle, no quería que pensara que veía aquello como una actividad conjunta. Él quería nadar y ella quería nadar. Eso no significaba que tuvieran que nadar juntos.

El aire de la zona de la piscina era bastante más fresco, pero seguía siendo una noche calurosa. Emmeline dejó la toalla en una tumbona y se dirigió a la piscina… justo cuando Pietro se lanzó al agua, su cuerpo le pareció fuerte y flexible al tocar la superficie y descender.

Era como un dios musculoso y bronceado, como si estuviera tallado en piedra. Emmeline contuvo el aliento, y no volvió a soltar el aire hasta que reapareció en el otro extremo de la piscina.

–¿Y bien? –se giró para mirarla–. ¿No vas a unirte a mí, señora Morelli?

Ella lo miró a los ojos. La luz de la luna la atravesó mientras se dirigía al borde de la piscina y metía el pie en el agua. Estaba deliciosamente fresca, tal y como esperaba. Se sentó en el bordillo y luego se metió. El agua le llegaba hasta la cintura y la envolvía. No nadó. Prefirió andar por la piscina con el rostro apartado del suyo.

A Pietro le habría parecido gracioso si no fuera porque se sentía absolutamente frustrado. La idea del baño frío era esencialmente la misma que la ducha fría. Pero su mujer estaba nadando con él, sus senos firmes dibujados por la luz de la luna, su aristocrático rostro girado para no mirarle.

¿Estaba enfadada con él? Y, si así era, ¿por qué le gustaba tanto la idea? ¿Por qué quería inspirar aquel fiero carácter?

Se metió debajo del agua e hizo un largo fingiendo que no se fijaba en ella cuando pasó a su lado. Cuando salió a la superficie, ella se dirigió al otro lado de la piscina.

¿Se estaba escondiendo de él? La idea de que estuvieran jugando al gato y al ratón le encendió todavía más. Volvió a sumergirse bajo el agua y tuvo el placer de ver su cara de sorpresa cuando emergió justo a su lado.

–¿Una noche agradable? –murmuró Emmeline escudriñándole el

rostro. Su rabia era visible ahora.

–No mucho –respondió él sin comprometerse.

Emmeline no sabía qué había querido decir con aquello. Giró la cabeza para mirar hacia Roma en la lejanía sin verla de verdad. Incluso a aquella hora tan temprana del día la ciudad estaba viva.

–¿Haces esto con frecuencia? –Pietro se giró para mirarla. Su cuerpo estaba dolorosamente cerca.

–No.

–Yo tampoco. Es curioso que los dos hayamos tenido la misma idea esta noche.

–No tanto. Ha hecho un calor infernal –afirmó ella con lógica–. Yo no podía dormir.

Pietro asintió, pero tenía un expresión observadora.

–¿Y en general cómo estás? –le espetó–. ¿Te gusta Roma?

–Sí –respondió ella–. Ya he enviado todas mis solicitudes. Empiezo la universidad enseguida.

–¿Qué vas a estudiar?

–Psicología –Emmeline apartó los ojos de su intensa mirada. Sentía que veía demasiado–. Siempre me ha interesado el tema que yo recuerde.

No era del todo cierto. Recordaba perfectamente el momento exacto en el que tuvo claro que había mucha gente que necesitaba ayuda psicológica.

Al parecer, Pietro había llegado a la misma conclusión.

–Siento que hayas sufrido la muerte de tu madre. Y además siendo tan pequeña.

Emmeline no solía hablar de su madre. Su padre nunca quería hacerlo, y ella no tenía nadie más a quien confiarse para hablar de algo así. Pero tal vez porque Pietro había conocido a Patrice, sintió que la muralla bajaba un poco.

–Llevaba mucho tiempo siendo infeliz. No esperaba que muriera, pero tampoco fue una absoluta sorpresa.

–¿Infeliz en qué sentido? –Pietro se acercó un poco más.

Los recuerdos que tenía de Patrice eran muy vagos. Había sido guapísima, y muy amable. Pero también había una especie de frialdad en ella, una sensación de desconexión.

–Bueno, ya sabes… –Emmeline forzó una sonrisa y no le miró a los ojos.

–No, no sé. Por eso te lo pregunto.

¿Qué podía responder? Estaba aquella mañana en la que había bajado las escaleras y se encontró a su madre desmayada con dos botellas vacías de ginebra a los pies y el maquillaje todo corrido por

las lágrimas. Y luego estaban los pequeños retoques, por supuesto. Aunque la mayor pista fue el control que empezó a ejercer sobre Emmeline.

Incluso siendo una adolescente, Emmeline sabía que no estaba bien, que había algo poco sano en el deseo de su madre de infantilizarla, de impedir que experimentara con la ropa y la moda. Una cosa era echar por tierra todos los intentos de Emmeline de mejorar su imagen, pero empujarla conscientemente a estilos de peinado poco favorecedores y prohibirle que se pusiera ropa que Patrice no hubiera elegido…

Emmeline tardó años en entender los motivos de su madre, y eso la había dejado tocada.

–Por muchas cosas –dijo vagamente sacudiendo la cabeza.

Tal vez fue el dolor de la voz de su esposa lo que impidió que Pietro siguiera insistiendo. El caso fue que lo dejó estar por el momento.

–Seguro que te resultará muy interesante estudiar Psicología –afirmó–. ¿Cuándo empiezas?

–Dentro de un mes.

–Entonces, todavía tienes tiempo para adaptarte a tu vida aquí.

–Creo que ya me he adaptado –murmuró Emmeline.

Pietro estaba ahora tan cerca que cuando se movió el agua se agitó y le pareció casi como si la tocara. Emmeline sabía que debía poner cierta distancia entre ellos, pero apenas le había visto en un mes, y su cercanía era como una adicción.

–Has estado recluida aquí en la villa –murmuró Pietro con dulzura–. Es hora de que empieces a salir conmigo. Eres mi mujer. Hay eventos, espectáculos a los que asistir.

–Oh –Emmeline se mordió el labio inferior con gesto de incertidumbre. Ella fue la que sugirió que necesitaban mantener una apariencia pública. Pero ahora la idea la llenaba de dudas–. No sé si es realmente necesario…

–No todo el tiempo, pero hay cosas a las que sí debes acudir. Mi banco organiza un banquete todos los años en esta época con la temática de *El sueño de una noche de verano*. Ven conmigo.

Emmeline iba a protestar por su tono autoritario, pero entonces los dedos de Pietro rozaron los suyos bajo el agua. Sin duda fue sin querer, aunque su corazón no lo veía así. Le palpitó con fuerza contra el pecho.

–Es el viernes por la noche –murmuró él–. Creo que deberías venir conmigo.

Ella volvió a morderse el labio inferior y luego habló antes de

que se cuestionara lo acertado de su propuesta.

–Bueno, hay algo que yo quiero a cambio –murmuró pensativa.

–¿Ah? ¿Y de qué se trata, señora Morelli?

«Dilo. Dilo».

–Quiero que duermas conmigo.

Aquellas palabras salieron de su interior como una ráfaga de aire.

Pietro apenas reaccionó. Un mero apretón de labios fue lo que sugirió que había escuchado su proposición y la estaba asimilando.

–Ya te dije que…

Emmeline alzó una mano.

–Que no estás interesado en ser mi primer amante –lo atajó encogiéndose de hombros–. Pero ya es demasiado tarde para eso. Me has mostrado lo que mi cuerpo puede sentir y quiero saber más.

–No soy profesor.

–No. Eres mi marido.

Él entornó los ojos. Tenía la respiración algo agitada.

–No voy a acostarme contigo –afirmó sacudiendo la cabeza con energía.

Dios, era la hija de Col, y se había casado con ella para apaciguar la mente de su amigo moribundo. Pero sin duda Col conocía a Pietro lo suficiente como para saber que aquello era una posibilidad. ¿Por qué se resistía tanto?

El último mes había sido una tortura, obligándose a mantener las distancias y sin estar nunca seguro de si la llama que había entre ellos ardería fuera de control.

–Iré a ese banquete contigo. Y a todo lo demás que quieras. Pero necesito saber qué se siente.

–¿Por qué ahora? –le preguntó él con un nudo en la garganta.

–No era mi intención no acostarme con nadie. Pero nunca conocí a ningún chico que me interesara. Sinceramente, había empezado a pensar que no tenía interés en la sexualidad. Todas mis amigas llevaban mucho tiempo teniendo relaciones.

–Perdiste a tu madre en un momento vulnerable de tu vida –afirmó él con dulzura.

–Sí, eso es verdad. Me cambió por completo –le sostuvo la mirada durante un instante–. Fue como si la vida se me fuera. Me siento como si hubiera pasado los últimos siete años en una especie de éxtasis y ahora estoy preparada para empezar a vivir de nuevo. Quiero despertar.

Emmeline acortó la distancia que los separaba, sorprendiéndole al rodearle el cuello con los brazos.

–Quiero que tú me despiertes.

Los ojos de Pietro despedían un cierto brillo burlón mientras la miraban fijamente, pero no se apartó.

–No soy el príncipe azul, Bella Durmiente –afirmó con frialdad. Con decisión.

–Ya lo sé –ella parpadeó–. No necesito que lo seas.

–No me habría casado contigo de haberlo sabido –afirmó él sacudiendo la cabeza con enfado–. Te mereces encontrar a alguien que te importe.

–Esto no se trata de un final feliz de cuento –respondió Emmeline–. Tengo veintidós años y hasta el día de nuestra boda nunca me había besado nadie.

Dejó caer la mirada, aquella confesión hacía que se avergonzara.

–Me siento como una vasija antigua cubierta de polvo a la que nadie quiere sacar de la vitrina –tragó saliva–. Pero cuando tú me miras es como… si lo captara. Entiendo de lo que habla todo el mundo. Finalmente, entiendo el atractivo del sexo. Y no quiero morir virgen.

Pietro no pudo evitar reírse suavemente ante aquel tono dramático.

–No vas a morir virgen. Todavía eres joven.

–Sí, pero… si no es ahora, ¿cuándo? ¿Con quién?

Era una buena pregunta. De pronto, la idea de que alguien más se llevara aquel precioso regalo se convirtió en una herejía para Pietro. El hombre de sangre caliente que habitaba en él había empezado a ver a su mujer como «suya». No solo como una esposa por conveniencia, sino como una mujer que vivía en su casa bajo su protección. ¿La dejaría marchar algún día sabiendo que otro hombre se llevaría lo que él, Pietro, había rechazado por nobleza?

Gimió suavemente, consciente de que se estaba dejando llevar por sus deseos.

–Eres demasiado joven para mí –dijo con una firmeza que no le gustó nada a su erección–. Y demasiado inexperta.

Le agarró las manos por las muñecas y se las retiró del cuello. Cuando se las puso en los costados dentro del agua, los firmes senos de Emmeline se apretaron contra él.

Su erección se hizo aún más grande y durante un instante sintió que perdía el control de su voluntad. Qué fácil habría sido hacer lo que ella quería. Se le estaba ofreciendo en bandeja de plata.

Pero si lo hacía se arrepentiría.

De un modo u otro dominaría aquel deseo… porque nada ni nadie podía con Pietro Morelli.

Capítulo 6

Dios, ¿desde cuándo había empezado a vestirse así?

Pietro estaba mirando por la ventana de la villa. Había perdido la concentración ante la imagen de su mujer vestida con unos vaqueros cortos que apenas le cubrían el trasero y una camiseta de tirantes blanca. Sin sujetador.

La línea de los senos resultaba claramente visible, igual que los duros puntos de los pezones apretados contra la tela. Se estaba dando golpecitos con un bolígrafo en la boca y tenía la mirada clavada en el libro abierto sobre las rodillas. Pero Pietro le miraba fijamente los labios. Unos labios ligeramente entreabiertos, carnosos y rosados, brillantes como si acabara de humedecérselos.

«Tengo veintidós años y hasta el día de nuestra boda nunca me había besado nadie».

Una fuerte oleada de posesión lo atravesó. Aquellos labios habían recibido de buena gana su asalto posesivo, le habían devuelto los besos. Se habían abierto a la invasión. Y le había sabido muy dulce.

Pietro cerró los ojos al recordar cómo fue a su encuentro en la noche de bodas, nerviosa y con las mejillas sonrojadas. Cómo se quedó paralizada como un cervatillo atrapado por las luces de un coche. Era imposible que entendiera la oleada de calor sensual que ardía entre ellos.

Incluso a Pietro le costaba trabajo procesarlo. Y también imposible de ignorar, al parecer. ¿Se imaginaría Emmeline lo que su presencia provocaba en él, allí en la casa? Su esposa virgen, lista para que él la tomara.

La idea se expandió como el fuego por su cuerpo. Necesitó de toda su fuerza de voluntad para no dejarse llevar por la tentación. Pero sería un gran error. Otras mujeres eran para sexo irrelevante. Emmeline era distinta. No era alguien a quien pudiera desear. Era alguien a quien necesitaba proteger. Como un hermano a su hermana.

No. Como un hermano no.

Emmeline se retiró la melena por encima del hombro y alzó la mirada en un gesto casi inconsciente. Estaba claramente perdida en sus pensamientos. Pietro bajó la cabeza y volvió a centrarse en el informe de marketing que le habían entregado aquella mañana. O al menos lo intentó. Pero era aburridísimo, y su esposa estaba a solo unos metros de allí, con sus largas piernas…

Emitió un sonido de impaciencia, retiró la silla y se dirigió hacia las puertas de cristal con expresión adusta.

–¿Te has puesto crema de protección solar? –preguntó abriendo más la puerta al salir.

Emmeline frunció el ceño, claramente desconcertada.

–No, pero son más de las cinco y no creo que…

–El sol de Roma todavía pega –Pietro se giró sobre los talones y desapareció. Regresó al cabo de unos instantes con un pequeño tarro amarillo–. Toma.

Dejó el tarro en la tumbona y ella lo recogió y levantó la tapa. Pietro seguía sus movimientos con los ojos y con los brazos cruzados en un gesto de imposición.

Ya tenía aquella actitud antes incluso de que Emmeline le hiciera aquella bochornosa petición en la piscina la noche anterior. No. No la noche anterior, sino unas horas atrás, aquella misma mañana. El color de sus mejillas no tenía nada que ver con el hecho de que llevara varias horas leyendo en aquella misma piscina, el escenario del crimen.

Empezó a extenderse la crema por los brazos y por el escote. Pietro la observaba, pero su humor no mejoró con aquella visión. Ni tampoco cuando se puso más crema en la palma de la mano y se la empezó a extender por las piernas. Aquellas piernas largas, bronceadas y suaves…

Apartó la vista con los brazos todavía cruzados.

Pero seguía viéndola en su mente tal y como estaba aquel amanecer en la piscina, con el pelo cayéndole como un velo oscuro, los ojos muy abiertos y los labios curvados en una sonrisa.

A su petición no le faltaba lógica. Qué diablos, la había pegado contra la pared y había deslizado los dedos en su humedad hasta que alcanzó el orgasmo entre sus brazos. Por supuesto que tenía curiosidad.

Había despertado algo en ella y ahora estaba impidiendo que lo experimentara. No era justo.

–El caso es que eres mi mujer –dijo como si todavía estuvieran manteniendo la conversación de la noche anterior y solo hubieran

hecho una pausa para dormir y trabajar unas horas–. Si nos acostamos juntos sería demasiado complicado.

Emmeline le miró a los ojos completamente noqueada por aquella repentina afirmación. Pero se las ingenió para retomar las riendas de su negociación como si se tratara únicamente de un asunto de negocios.

–¿Complicado en qué sentido?

–No tengo nada que ofrecer –aseguró Pietro con tirantez irguiendo los hombros–. No estoy interesado en una relación y sospecho que tú borrarías esa línea si hago lo que me pides.

Ella asintió lentamente y se encogió de hombros.

–Seguro.

Que lo reconociera de aquel modo resultaba insultante.

–Si quisieras algo de mí no podría dártelo.

Emmeline se mordió el labio inferior y volvió a encogerse de hombros.

–Da igual, no es tan importante. Olvídalo.

Pietro volvió a apartar la vista una vez más. ¿Por qué tenía que tener unas piernas tan bonitas? Sin querer se las imaginó rodeándole la cintura mientras él la apretaba contra su cuerpo.

La erección le palpitó casi dolorosamente.

–Sé que no tengo nada que hacer al lado de tus… amantes habituales. Fue una estupidez por mi parte sugerirlo siquiera.

–Tú eres muy diferente –reconoció él.

Ya tenía el orgullo bastante herido. No era necesario que le dijera lo diferente que era. Emmeline había visto las fotos. Pietro le había dicho claramente que no la consideraba atractiva. ¡Dios, se había arrojado a sus pies! Era lo peor que podría haber hecho.

–Creo que anoche me dejé llevar. La luna, el agua, el calor… –sonrió–. No volverá a ocurrir.

Lo miró un instante a los ojos y luego volvió al libro fingiendo que estaba fascinada con lo que leía.

–Es lo mejor, *cara*.

Pietro se giró sobre los talones y regresó al interior de la villa antes de dejarse llevar por la tentación y besar aquellos dulces labios que llevaban tentándole toda la tarde.

Rafe soltó un silbido con la mirada clavada en un punto de la habitación. Pietro siguió la dirección de sus ojos, aunque ya sabía lo que había visto. A su mujer, Emmeline Morelli, que parecía sacada de la portada de una revista de modas. El vestido era precioso, pero

todas las mujeres de la fiesta llevaban trajes de alta costura y diamantes. Lo que llamaba la atención era ella.

La larga melena oscura le caía en suaves rizos por la espalda. El vestido era de corte griego clásico hecho en tela color crema, combinado con sandalias doradas, brazalete en forma de serpiente que le subía por el antebrazo y una cinta dorada en la cabeza.

Parecía un hada hermosa y sexy. Algo de lo que los dos hombres con los que llevaba veinte minutos hablando parecían ser muy conscientes. Tenía una expresión animada al hablar y le brillaban los ojos. Se reía con frecuencia.

Un deseo poderoso y ardiente se apoderó de él.

–Parece que a la señora Morelli le sienta bien el matrimonio –dijo Rafe sonriendo mientras agarraba una copa de vino de la bandeja de un camarero–. ¿Y qué me dices de ti?

Pietro apretó las mandíbulas.

–Hay demasiadas lucecitas parpadeantes –le espetó cambiando de tema–. Están por todas partes.

Rafe se rio y a Pietro le molestó. Todo le molestaba. ¿Quién diablos eran aquellos hombres?

¿Los conocía de antes? Gruñó para sus adentros y se despidió de su hermano inclinando la cabeza.

–Luego te veo.

Pietro avanzó a toda prisa entre la gente sin detenerse a hablar con nadie. Cuando llegó al lado de su mujer se detuvo y la observó durante unos segundos. La culpabilidad no era un sentimiento al que estuviera acostumbrado, y sin embargo ahora la sintió. El padre de Emmeline era uno de sus amigos más queridos y sin embargo apenas se había tomado la molestia de hablar nunca con ella. ¿Qué la hacía reír así? ¿Qué era aquello que encontraba tan divertido?

Apretó los labios y se acercó un poco más. Los dos hombres se apartaron al instante.

–Ah, Pietro –Emmeline parpadeó, y su expresión pasó rápidamente del entusiasmo a la confusión.

Pietro movió el cuerpo de modo que lo colocó entre Emmeline y la gente, obligándola casi a tocar la pared para que los dos recordaran la noche que la había hecho alcanzar el clímax.

Ella contuvo el aliento y le miró.

–¿Quiénes eran esos hombres?

Emmeline apretó los labios, pero solo un instante. Luego el entusiasmo volvió a brillarle en los ojos, como si no pudiera reprimirlo.

–Ah, son profesores de la universidad. Uno de ellos del

departamento de Psicología. Me viene muy bien conocerlos.

La rabia provocó que no fuera capaz de pensar con claridad.

–Deberías estar conmigo –gruñó enfadado–, y no hablando con desconocidos. Eres mi mujer.

–Sí, soy tu mujer, no uno de tus accesorios –afirmó ella manteniendo un tono de voz bajo.

–Acordamos que no llamaríamos la atención sobre nuestra relación o la falta de ella. No permitiré que la gente comente que mi esposa no tiene interés en mí.

Ella parpadeó mientras palidecía.

–¡Debes de estar de broma! ¿Tienes el ego herido porque estaba hablando con dos profesores seguramente casados de la universidad a la que voy a ir?

–No estabas solo hablando. Estabas…

–¿Qué? ¿Crees que estaba coqueteando? –preguntó Emmeline sin dar crédito a lo que oía–. Eres increíble.

–Me da igual. Quiero que esta noche estés conmigo.

Ella le miró enfadada. Sin duda haría lo imposible por complacer a su padre, pero ahí terminaban sus tendencias sumisas.

–De ninguna manera –para su frustración, se le llenaron los ojos de lágrimas. Parpadeó para evitar que cayeran–. Ahora mismo eres la última persona a la que quiero ver.

Y entonces Pietro le puso una mano en la cadera y empezó a acariciarle suavemente la piel.

–¿Por qué me resulta difícil de creer?

–No hagas eso.

Ella se mordió el labio inferior y en sus ojos había tanto deseo y confusión que Pietro estuvo a punto de dejar caer la mano. Pero no lo hizo.

–¿Que no haga qué?

«No utilices esto contra mí», pensó ella con el corazón dolido. Aquel deseo al que no estaba acostumbrada ya le hacía el suficiente daño.

Pietro se acercó un poco más y dejó caer un poco la cabeza, de modo que al hablar le susurró las palabras al oído.

–Sal y espérame en el coche. Es hora de irnos.

–Solo llevamos una hora aquí –murmuró Emmeline con el cuerpo en consonancia con los movimientos del suyo–. ¿Por qué nos vamos?

«Porque no quiero ver cómo otro hombre te mira y se le cae la baba. Porque quiero hacerte el amor. Porque eres mía».

Pietro sacudió la cabeza.

–Es un buen momento. Saldré lo antes posible.

Pero no le resultó fácil marcharse. Cuando salió tras despedirse del invitado más importante de la fiesta, Emmeline llevaba casi media hora esperando en el coche y estaba de muy mal humor.

–¿Me estás castigando por haber disfrutado de una conversación? –inquirió en cuanto él tomó asiento tras el volante.

–No –Pietro arrancó el motor y pisó el acelerador. La miró de reojo y vio que tenía las mandíbulas apretadas.

–Me he esforzado mucho por venir a este maldito evento porque me dijiste que querías que lo hiciera. ¡No! Me dijiste que tenía que hacerlo. No me gusta que me saquen por la fuerza de los sitios, me estaba divirtiendo.

–Me alegro –afirmó Pietro en voz baja–, pero esos hombres te comían con los ojos, y eres mi mujer. Da igual que nuestro matrimonio sea poco convencional. No permitiré que arrastres mi apellido por el fango…

–Tu apellido –Emmeline puso los ojos en blanco–. Para ser un hombre tan poderoso eres muy inseguro respecto a tu reputación. Me dijiste que debería cambiar de aspecto. Que tenía que ser lo que la gente esperaría de tu mujer. ¿Y no lo he hecho?

Pietro apretó con más fuerza el volante y se centró en la conducción. Sí, lo había hecho… pero para su gusto se había pasado.

–Si hubiera ido esta noche a la fiesta vestida con mi ropa habitual, habrías protestado. Y ahora protestas porque me visto como cualquiera de esas mujeres que estaban ahí –Emmeline sacudió la cabeza–. No es justo.

No lo era. Tenía razón. Pero nada de todo aquello era justo. Pietro era feliz antes de casarse con Emmeline. Feliz con su vida, con el interminable desfile de mujeres que se llevaba a la cama. ¿Y ahora? No tenía ni idea.

–¿Dónde vamos? –preguntó Emmeline como si se hubiera despertado de un sueño y se hubiera dado cuenta de pronto de que habían salido de la ciudad.

–No muy lejos –aseguró él mirando el reloj del salpicadero–. Cierra los ojos, *cara*.

–Estoy demasiado enfadada para dormir –le espetó ella.

Pero se reclinó en el asiento y un instante más tarde cerró los ojos.

Su respiración acompasada le hizo saber que se había adormilado a pesar de sus protestas. Pietro condujo el resto del trayecto en silencio, pero sus pensamientos seguían gritándole.

Lo que estaba planeando era una locura, una estupidez, y había tomado la decisión de no hacerlo. Pero tras verla con aquellos hombres… ya no tenía elección.

Cruzó con el coche a través de las puertas eléctricas de la granja y luego subió por el camino de gravilla.

Aunque no vivía nadie allí, tenía un equipo que lo mantenía continuamente limpio y abastecido. Iluminó con las luces del coche los dos tiestos gigantes de geranios que había a cada lado de la puerta pintada de verde. Se bajó, entró y revisó habitación por habitación dejando el dormitorio para el final. Era un espacio enorme con una cama de hierro antigua en medio. El suelo era de baldosas y las persianas estaban echadas sobre las ventanas. Por la mañana la luz del sol se filtraría entre las rendijas, y al abrir la persiana se revelaría la espectacular vista de la campiña con el mar brillando más allá de las colinas.

No tardó mucho en preparar el dormitorio, y luego regresó al coche. Emmeline seguía dormida, y supo que lo más generoso que podía hacer por ella era llevarla dentro y dejarla dormir.

Pero el fuego le recorría el cuerpo, atormentándole de tal modo que solo había una respuesta.

Abrió la puerta del copiloto y se agachó, vacilando un instante antes de presionar los labios en los suyos.

En su estado adormilado, Emmeline abrió la boca para recibir la suya y gimió, alzando las manos para rodearle el cuello con ellas.

–Pietro –susurró.

Él le desabrochó el cinturón de seguridad y la sacó del coche con un único movimiento. La acunó contra el pecho, llevándola con determinación al interior de la casa. Subió por las escaleras, atravesó el pasillo y luego subió otros escalones.

–¿Dónde estamos? –preguntó Emmeline mirando a su alrededor. Y entonces, como si hubiera recordado que estaba enfadada con él, le dio un pequeño empujón en el pecho–. Puedo caminar.

–Ya lo sé.

Pietro abrió la puerta con el hombro y Emmeline miró a su alrededor. Un suave gemido se le escapó de entre los labios. Había docenas de velas encendidas que arrojaban una luz dorada. De algún sitio salía una música con una canción en la lengua materna de Pietro. La dejó en el suelo con cuidado y luego se incorporó y le sostuvo el rostro entre las manos.

–Tienes dos opciones, Emmeline –dijo con dulzura acariciándole una mejilla–. Puedes usar esta habitación para dormir o podemos estar aquí juntos esta noche. Tu primera vez. Nuestra primera vez.

Deslizó los labios hacia los suyos suavemente, observándola, esperando. Sentía como si ya llevara esperando una eternidad…

Capítulo 7

El aire se hizo más denso entre ellos. A Emmeline le latía el corazón con fuerza dentro del pecho. Llevaba mucho tiempo deseando aquello. No sabía si desde su boda o desde que su padre sugirió por primera vez aquella alocada idea.

–No estoy cansada –murmuró.

Pietro exhaló un aire que no era consciente de estar reteniendo.

–Gracias a Dios.

Y entonces se le acabó la paciencia. Le introdujo una mano en el pelo y le inclinó la cabeza hacia atrás para permitirle el acceso y la besó como si nunca antes la hubiera besado. Su lengua bailó con la suya lamiéndola con su deseo, y su cuerpo estaba duro y erecto cuando la guio hacia la cama hacia atrás. Emmeline cayó sobre ella y él la siguió, colocándose encima mientras la besaba y el colchón cedía bajo el peso de su cuerpo.

Un deseo febril que le nacía en la feminidad le atravesaba todo el cuerpo, haciéndola gemir de desesperación. Y Pietro lo entendía. Él también ardía.

–Esto es precioso –susurró Emmeline observando cómo la luz de las velas proyectaba sombras contra la pared.

–Tú eres preciosa –afirmó Pietro bajando más la boca y besándola en la base del cuello.

Tras una vida entera no queriendo ser bella, le resultaba raro encontrar aquellas palabras tan agradables. Tragó saliva y le tiró con las manos de la chaqueta. Pietro emitió un gruñido cuando ella se arqueó. Necesitaba más, mucho más. Quería que Emmeline le tocara, que lo sintiera.

A pesar de su completa inexperiencia se dejaba llevar por una danza femenina antigua cuyo poder fue implantado en su alma al nacer.

Movió las caderas y maldijo la tela que los separaba. Pero Pietro estaba muy erecto y se apretó contra la zona sensible de su deseo. Embistió como si ambos estuvieran desnudos. Se apretó contra ella

y el calor creció en el interior de Emmeline. Sentía los pezones contra la tela del vestido.

Pietro le acarició la piel con las manos y ella gritó ante la inesperada caricia. Cuando movió contra ella con más fuerza y más deprisa su erección, le cubrió los senos con los manos y un orgasmo la atravesó con intensidad.

Emmeline arqueó la espalda, gimiendo, gritando, tirándole de la camisa mientras la fuerza de las sensaciones que él había despertado hacía que le resultara casi imposible respirar o hablar.

Pero Pietro estaba lejos de terminar. Quería que aquella fuera una noche que Emmeline Morelli no olvidara nunca. Una noche digna de su primera vez.

Cuando se le calmó la respiración y las mejillas se le sonrojaron, Pietro se deslizó por su cuerpo hacia abajo acariciándola a través del vestido, recorriendo con la boca los suaves pliegues de tela hasta que las manos conectaron con sus braguitas. Eran de sencillo algodón blanco, y aquello le hizo sonreír. Se las bajó por las piernas hasta llegar a los zapatos que todavía llevaba puestos, y se los quitó a los pies de la cama.

Emmeline se retorcía, tenía todo el cuerpo en llamas. Pietro le trazó círculos con los dedos por las piernas, moviéndose hacia los muslos.

Ella contuvo el aliento.

–¿Quieres que te toque ahí? –susurró Pietro acariciándole el sensible nudo de terminaciones nerviosas con el pulgar.

–Lo quiero todo –gimió ella.

La erección le presionó contra los pantalones.

–Pues lo vas a tener –le prometió.

Las manos de Pietro insistían con dulzura al separarle las piernas, abriéndoselas más para dejar al descubierto todo su ser. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que quería hacer, Pietro le deslizó la lengua por la línea de unión.

Emmeline gimió al sentir nuevos placeres, pero mantuvo las piernas quietas y abiertas. Era una invasión y al mismo tiempo una aventura sensual. La intimidad del acto debería haberla avergonzado, pero no fue así. Echó la cabeza hacia atrás y se quedó mirando al techo mientras la lengua de Pietro se deslizaba por sus sensibles terminaciones nerviosas y una deliciosa euforia se apoderaba de ella. Estaba en lo alto de la montaña rusa y el trayecto no había hecho más que empezar.

Emmeline no trató de controlarse mientras de su boca salía un grito ronco tras otro. No podía. Estaba completamente sometida al

placer que Pietro creaba. Era su maestro.

–Quiero que alcances el éxtasis –le dijo contra su cuerpo. Y aquellas palabras fueron como una orden que desató una fiebre en su interior.

Emmeline agarró el edredón con los dedos y arqueó la espalda mientras Pietro movía la lengua más deprisa, más profundamente. Y luego sintió cómo el placer la inundaba.

–Dios –susurró estremeciéndose–. No me puedo creer lo que acabas de hacer.

Pietro se rio suavemente y se incorporó. Emmeline se quedó un instante agobiada por la soledad y la preocupación. ¿Iba a parar?

Pero empezó a desabrocharse la camisa y a quitársela del cuerpo para dejar al descubierto la expansión de su pecho desnudo y bronceado. Le había visto así antes, en la piscina, pero eso era distinto. Ahora se estaba desnudando para ella. Desnudando con los ojos clavados en su cuerpo, moviendo los dedos con decidida velocidad mientras se quitaba la ropa del cuerpo hasta que se quedó en calzoncillos. La erección resultaba muy evidente a través de la tela, apretada de tal modo que Emmeline no pudo evitar que se le fueran los ojos.

–¿Tengo razón al pensar que nunca antes habías visto a un hombre desnudo, Emmeline?

Ella se sonrojó y sacudió la cabeza, incapaz de mirarle a los ojos.

–Ven aquí.

El corazón le latía con fuerza dentro del pecho pero salvó la pequeña distancia que había entre la cama y él. Ni siquiera su propia desnudez la avergonzaba. Como si le leyera el pensamiento, Pietro la tomó por la cintura. Había algo en su expresión que la hizo contener el aliento. La apretó contra los duros ángulos de su cuerpo y Emmeline emitió un suave sonido de placer cuando presionó la erección contra ella.

–No quería casarme contigo –murmuró Pietro con tono ronco–. Pero ahora no se me ocurre nada que pueda desear más que lo que estamos a punto de hacer. Eres de una belleza única. Eres mi mujer. Y me alegro.

A Emmeline se le puso el estómago del revés y las emociones le atravesaron el cuerpo, inundando su corazón con algo nuevo. Una sensación de pertenencia.

Pietro le tomó las manos y se las puso en los calzoncillos.

–Desnúdame.

Ella le miró a los ojos. La duda y la incertidumbre se mezclaban con la tentación.

–Nunca he hecho esto antes. Tengo miedo –dijo con una sinceridad tan sencilla que a Pietro le rompió el corazón.

–Lo sé –la besó en la punta de la nariz.

Los dedos de Emmeline se movieron por propia voluntad y le deslizaron los calzoncillos por la dura línea de la erección y luego por los muslos. Pietro dio un paso atrás y se los quitó mientras la guiaba hacia la cama. Luego abrió el cajón de la mesilla.

–Protección –dijo con una media sonrisa.

–Ah. Nada de nietos –ella asintió, recordaba el primer día en el que hablaron de aquel matrimonio. Entonces estaba muy segura de sí misma. De estar consiguiendo el marido adecuado, el billete a sus estudios universitarios… y a la libertad.

–No esta noche –él sonrió.

Sus miradas se encontraron y en el aire se encendió una chispa de algo nuevo. Aunque Pietro se había acostado con más mujeres de las que podía recordar, nunca lo había hecho con una virgen. Aquello era nuevo para los dos.

Pietro se introdujo en la cama y la besó lentamente, sensualmente, maravillándose con la sensación de su piel. Tenía los senos desnudos apretados contra su torso. La erección tan cerca de ella que podría tomarla. Bajó la boca un poco más y le lamió uno de los pezones mientras deslizaba la mano entre sus piernas para abrírselas y tener mejor acceso.

–Si necesitas tiempo, me lo dices –murmuró con voz ronca sin saber si aquello tendría sentido.

Pero Emmeline lo entendió. Asintió y él se deslizó en su interior con suavidad, introduciendo solo la punta en su centro cálido y tenso, dándole tiempo para que se acostumbrara a cada sensación.

Emmeline gimió en su boca mientras él se movía, y Pietro necesitó de toda su capacidad de autocontrol para no tomarla como él quería, rápido y fuerte. Se retiró despacio y luego empujó más profundamente antes de volver a retirarse. Cada vez tomaba más y más de ella y los músculos de Emmeline se iban relajando y recibiéndolo más profundamente, sin restricciones ni reservas hasta que presionó contra la barrera de su inocencia.

La besó, abrazándola con fuerza mientras la atravesaba eliminándola para siempre, dejando huella en ella como el primer amante de su vida. El primer hombre que la había tocado así.

Finalmente introdujo toda su virilidad en su cuerpo y ella la acogió. Pietro se detuvo un instante para darles a ambos tiempo a ajustarse a la sensación. Levantó el rostro para poder verla mejor. Vio la humedad en sus ojos y se le formó un nudo en la garganta.

–Te duele.

Se movió para retirarse, pero ella sacudió la cabeza y le enredó las piernas alrededor de la cintura.

–No, no es… –sacudió la cabeza y empastó una sonrisa tensa–. Está bien.

«Es perfecto», se dijo para sus adentros. Todo en aquel momento resultaba más perfecto de lo que nunca pudo soñar o imaginar. Era sublime.

–«Está bien» es un buen punto de partida –afirmó Pietro–. Pero se puede mejorar.

Y entonces se movió más deprisa, penetrándola con su cuerpo y saliendo, cada movimiento creaba una corriente eléctrica bajo su piel hasta que estuvo a punto de quedarse sin respiración. Nunca había experimentado algo así, cuando la acarició y la llevó al orgasmo fue algo distinto a eso. Ahora cada terminación nerviosa de su cuerpo se retorcía.

Le clavó las uñas en los hombros mientras oleada tras oleada de placer se apoderaba de ella, la devoraba, haciéndola derramar ardientes lágrimas que ni siquiera sentía. Cuando Pietro le recogió una con la lengua se dio cuenta de que estaba llorando, pero no podía parar.

Estaba en llamas, la explosión de placer era como fuego en la sangre. Él la sostuvo mientras alcanzaba el éxtasis, la abrazó y la tranquilizó, susurrándole palabras en italiano. Se agarró a él como si fuera el único que podía salvarla y luego gritó. El sudor le perló la frente mientras se desataba la tormenta.

El placer inundó la habitación y la sofocó. Siguió agarrada a Pietro hasta que la locura se fue calmando y volvió a ser ella misma de nuevo. Pero no era cierto del todo. Nunca volvería a ser la misma.

Se dejó caer sobre la cama. La belleza de lo que acababan de compartir era abrumadora. Pero quedó casi al instante eclipsada por una sensación de culpabilidad. De duda.

Ella había experimentado el placer más inimaginable y él… él simplemente había hecho ejercicio.

–Lo siento –murmuró Emmeline girando la cara y mirando hacia las velas–. Ya sabía que no sería buena en esto.

–Eh –Pietro le tomó el rostro en la mano y se lo giró para obligarla a mirarle–. ¿De qué estás hablando?

–De nada –murmuró ella.

Resultaba imposible dar voz a la vergüenza que crecía en su interior.

–*Cara*… –Pietro habló con voz pausada y le mordisqueó el lóbulo de la oreja–. ¿Sientes esto? –preguntó penetrándola una vez más, profundamente, con el cuerpo como una roca.

–Sí, pero tú no has… –se mordió el labio inferior.

–No he terminado porque no quería que esto acabara. Pero créeme, necesito de toda mi fuerza de voluntad para no hacerlo. Satisfaces completamente mis deseos –afirmó mirándola a los ojos.

Emmeline no sabía si creerlo, pero entonces él empezó a moverse una vez más y dejó de pensar. Arqueó la espalda y esa vez Pietro la llevó a nuevas alturas de conciencia y placer mientras su boca le atormentaba los senos y despertaba el fuego en todo su cuerpo.

Ella le recorrió con los dedos, quería tocar y sentir cada centímetro de su piel, disfrutar de su cuerpo como si fuera suya. Y cuando empezó a sentir que se iba otra vez, Pietro la besó mientras hacía girar su mundo una vez más.

Solo que esa vez alcanzó el éxtasis con ella.

Sentirle temblar dentro de ella, sentir su cuerpo recorrido por un placer que no podía controlar y saber que estar con ella era lo que lo provocaba hizo que se sintiera impulsada por un poder femenino antiguo.

–¿Te preocupaba que no disfrutara contigo? –Pietro maldijo en su lengua materna.

Se apartó de ella y se sentó de un solo movimiento. La miró con una sonrisa.

–¿Cómo te sientes?

Emmeline parpadeó. Estaba cubierta por una fina capa de sudor y tenía los pezones erectos. Arqueó la espalda y se estiró como un gato al sol.

–Me siento… completa –sonrió y cerró los ojos. Su respiración se hizo más profunda.

Pietro la observó durante un largo instante y luego le deslizó un dedo por el abdomen hasta llegar a los senos.

–¿Quieres algo? ¿Agua, vino, té?

Ella sacudió la cabeza despacio y contuvo un bostezo.

–Pues duerme –concluyó Pietro sonriendo.

–Umm… pero entonces podría pensar que todo ha sido un sueño.

Él la cubrió con el edredón que estaba doblado a los pies de la cama.

–Y eso me dará la oportunidad perfecta para recordarte que no es así –dijo con tono ronco.

Emmeline tenía los ojos cerrados y la respiración pausada, pero seguía despierta. La observó mientras aspiraba el aire y lo exhalaba, el rostro calmado, las mejillas sonrojadas por el calor de su acto amoroso. Observó cómo su sonrisa daba lugar al sueño.

Y siguió mirándola. Sin darse cuenta estaba siendo atrapado por un hechizo que lo rodeaba y lo mantenía inmóvil.

Varios misterios rodeaban a su joven esposa. Misterios respecto a sus elecciones. A su ser. La contradicción que había en su interior. Era de una belleza impresionante y sin embargo hacía todo lo posible para ocultar ese hecho. Había vivido durante años como una prisionera, cautiva del amor y la preocupación de su padre, pero cautiva al fin y al cabo. Y sin embargo era valiente, decidida, fuerte e independiente. ¿Por qué había sacrificado su libertad durante tanto tiempo?

Era sensual y deseable y sin embargo nunca la habían besado. ¿Por qué había sometido aquella parte de su naturaleza durante tantos años? Tenía veintidós años, pero vivía como una mujer de la época victoriana. La mayoría de las jóvenes de su edad estaban enfrascadas en las redes sociales. Emmeline leía libros en la piscina y se cubría de la cabeza a los pies. ¿Por qué?

Aquellas eran preguntas para las que deseaba a toda costa obtener respuesta, pero había otras cuestiones acuciantes que envenenaban la perfección del momento.

¿Cómo reaccionaría cuando supiera la verdad sobre la salud de su padre? ¿Sería capaz de perdonarle por habérselo ocultado?

Y lo más importante de todo: ¿por qué la idea de mentirle, decepcionarla y hacerle daño sin querer con su falta de sinceridad le ponía la piel de gallina?

Capítulo 8

Sentía el cuerpo completamente distinto. Emmeline se estiró en la cama y abrió los ojos. La habitación estaba a oscuras a excepción de la parpadeante luz de las velas y la luz del monitor del ordenador sobre la mesa.

–*Ciao*.

La voz de Pietro fue como un suspiro cálido por su cuerpo. Le miró. Su marido… su amante. Una sonrisa indolente se le dibujó en los labios.

–He tenido un sueño de lo más extraño –murmuró apoyándose en un codo de modo que el edredón se le resbaló del cuerpo, dejando al descubierto los senos.

Pietro clavó la vista en ellos, disfrutando sin tapujos de su desnudez.

–¿Seguro que ha sido un sueño? –Pietro cerró el ordenador y lo dejó sobre la mesilla a su lado.

–Ha sido demasiado perfecto para que se trate de otra cosa.

Emmeline era bella de un modo natural. No recordaba cuándo fue la última vez que estuvo con una mujer que no conocía el engaño. Su sinceridad resultaba tan refrescante como tentador su cuerpo.

Se colocó encima de ella y le rozó los labios con los suyos, el despertar perfecto para su cuerpo.

–Te deseo otra vez –murmuró Pietro.

Emmeline sonrió de oreja a oreja.

–Bien.

Pietro dejó caer la mirada un instante. Estaba claro que algo le perturbaba.

–Yo también te deseo –aseguró ella.

–No me gustó nada verte con aquellos hombres.

Emmeline parpadeó. Al principio no sabía de qué le estaba hablando. Luego cayó en la cuenta.

–Solo estaba hablando.

–Lo sé –Pietro esbozó una media sonrisa–. Tal vez exageré.

–Si es una disculpa, la acepto –Emmeline le acarició el pelo–. Pero no puedes pretender que no hable nunca con ningún otro hombre. Vine a Roma para poder ser yo misma y encontrar mi libertad. Y no podré hacerlo si te enfadas cada vez que tenga una inocente conversación con alguien.

–Lo sé.

Pietro se incorporó y se puso a horcajadas sobre ella. La fuerza de su deseo resultaba evidente en la erección dura como una roca que le presionaba ahora el abdomen.

–Pero te llevaré a mi cama cada noche y haré que te resulte imposible pensar siquiera en otro hombre –dejó caer la cabeza y la besó en la sien–. Solo podrás pensar en mí y tu cuerpo anhelará el mío. Empezando ahora.

–Empezando hace un par de horas –le corrigió ella con una sonrisa.

Le hizo el amor como si fuera su única amante, como si llevara años soñando con ella. Como si la necesitara a ella y solo a ella. Le hizo el amor con una intensidad que la volvió loca y la dejó con un calor sensual que nunca creyó posible experimentar.

Se negaba a reconocer la verdad: que era una más de sus muchas amantes para él y que él era el único para ella.

Más tarde, cuando estaba tumbada con la cabeza apoyada en su pecho escuchando el fuerte latido de su corazón, todo era silencio en la habitación.

Excepto por el insistente rugido del estómago de Emmeline.

–Creo que tengo hambre –dijo riéndose e incorporándose–. Hoy he comido poco. Supongo que no habrá nada por aquí, ¿verdad?

Pietro le acarició la espalda.

–Más vale que sí si no quieren quedarse sin trabajo. Hay un ama de llaves que trabaja a tiempo completo en la hacienda.

–¿Hacienda? ¿Dónde estamos?

La mano de Pietro se detuvo un instante en su espalda y luego siguió acariciándola.

–Es lo que se llama un refugio –dijo tras una breve pausa–. Habrás notado que los medios de comunicación me persiguen. Llevan años siguiéndome para pillarme en todo lo que hago.

–Incluida tu escapada con aquella modelo brasileña que estaba casada –Emmeline suspiró. No fue un gesto pensado, simplemente sucedió.

–No sabía que estaba casada –gruñó él–. No teníamos ese tipo de relación.

–¿Y qué tipo de relación teníais?

Pietro la miró pensativo durante un instante y luego se levantó de la cama. Cruzó la habitación para agarrar unos pantalones cortos.

–¿No quieres hablar del tema? –preguntó Emmeline mientras él se los ponía.

–Hablaré de todo lo que quieras, pero primero vamos a buscarte algo de comer. No quiero que te quedes sin energía.

Emmeline disimuló una sonrisa y se puso de pie con la sábana alrededor del cuerpo.

–¿Por qué te cubres? –Pietro le quitó la sábana y la besó en el hombro.

Ella se sonrojó y Pietro sintió una punzada de dolor. Así que su inocencia no era solo una cuestión de virginidad. Así era ella. Tenía aquella dulzura y aquella ingenuidad tan poco habituales.

La risa de Emmeline interrumpió sus pensamientos.

–Lo siento. Es que todo esto es muy extraño.

–*Quest'e verita* –Pietro tiró de ella, cruzaron la puerta y bajaron por las escaleras.

Y, por primera vez, Emmeline se fijó en dónde estaban. Se trataba de una granja muy modesta. El suelo era de terracota y las paredes estaban pintadas en color crema. Los muebles eran bonitos, pero, ciertamente, no de diseño.

–Estaba así cuando la compré hace cinco años –dijo Pietro respondiendo a su pregunta no formulada y guiándola hacia la cocina.

–¿Por qué la compraste?

Pietro abrió la nevera. Pensó en no responder, pero ¿qué sentido tendría eso?

–Acababa de romper con una chica. La prensa creía que nos íbamos a casar. Y, al parecer, ella también. Fue una ruptura muy desagradable. Y pública –torció el gesto–. Aprendí mucho de aquella experiencia. Sobre todo la importancia de tener un lugar al que ir cuando las cosas se ponen feas. Debería haberme tomado un tiempo para calmarme.

–¿No lo hiciste?

Pietro sacudió la cabeza, sacó una caja de la nevera y la abrió.

–Me quedé en Roma y bebí mucho para olvidarla –se rio–. No fue una buena etapa de mi vida.

–Lo siento –murmuró Emmeline odiando la punzada de celos que le subió por la espina dorsal.

–No lo sientas. Seguimos siendo amigos, y me di cuenta de que

necesitaba un lugar solo para mí. Nadie conoce esta granja. Está a nombre de mi corporación, pero nunca traigo a nadie aquí.

Se sintió complacida ante el hecho de ser la primera, pero también había algo de envidia.

–Qué… qué bien que sigáis siendo amigos.

Los ojos de Pietro se clavaron en los suyos.

–¿Estás celosa?

–En absoluto –Emmeline desvió la mirada. No le gustaba ser tan transparente para él. Desgraciadamente no tenía experiencia fingiendo que le importaba un bledo el pasado de su marido.

–¿Y por qué me molesta eso? –murmuró él sacando un trozo de carne fría del contenedor y dejándolo sobre la tabla de cortar. Luego buscó un cuchillo.

–No lo sé –respondió Emmeline distraída momentáneamente al verle cortar la carne. Dejó varios trozos en un plato y luego volvió a guardarla en la nevera.

Emmeline no pudo evitarlo. Cuando Pietro se dio la vuelta agarró un trozo de carne y se lo llevó a la boca. Él se giró justo a tiempo de verlo.

–Me muero de hambre –se justificó ella encogiéndose de hombros y sonriendo.

Pietro se detuvo un instante y le escudriñó el rostro con intensidad.

–Cuando sonríes te pareces mucho a tu madre.

Su expresión cambió. El gesto no era de orgullo ni de alegría. Era algo parecido a la duda. La culpa. El dolor.

–¿Te molesta? –preguntó Pietro con curiosidad.

–No, por supuesto que no –afirmó ella con tirantez–. Mi madre era preciosa. Me siento halagada.

–No es verdad. ¿Por qué no quieres parecerte a Patrice?

«¡Nunca serás como yo! ¡Quítate eso! ¡Quítate todo! Demasiado carmín, demasiado rímel. Pareces una actriz porno de cuarta fila».

Emmeline se encogió de hombros y empastó una sonrisa falsa.

–Te equivocas –insistió, aunque el recuerdo la atenazaba.

–Yo nunca me equivoco –le brillaron los ojos–. Pero puedo ser paciente.

Pietro puso un puñado de fresas en el plato y luego un trozo de queso y algo de pan.

–Es complicado –dijo ella tras un instante de silencio–. Los asuntos familiares siempre lo son. ¿Tus parientes están contentos de que hayas «sentado la cabeza»?

–Supongo que sí. Rafe te encuentra irresistible –se quedó un

instante pensativo–. Creo que está un poco celoso por que tu padre me escogiera a mí como candidato.

Emmeline se rio entre dientes y se llevó una fresa a los labios. No era ni remotamente consciente de su desnudez, extrañamente. En aquel momento todo parecía estar bien.

–¿Has estado alguna vez enamorado?

Excepto aquello.

La pregunta salió de labios de Emmeline de manera completamente inesperada. Pietro se la quedó mirando unos instantes con expresión inescrutable.

–No.

–¿De verdad?

Emmeline estiró la mano para agarrar el plato, pero él se la tomó y se la llevó a los labios. Le dio un beso en la palma y luego se metió un dedo en la boca, succionándolo durante un instante. A ella le dio un vuelco el corazón.

–De verdad –murmuró Pietro rodeando la isla de la cocina para sentarse frente a ella.

–Pero has estado con muchas mujeres.

–El sexo no es amor, *cara.*

Y en ese momento ella sintió como si la tierra se le abriera bajo los pies y un gran dolor le atravesó el corazón.

«El sexo no es amor». No. No lo era. El sexo no era más que un acto físico. Una necesidad hormonal. Nada más. ¿Por qué había tenido que hacer aquella pregunta tan estúpida?

–¿Y qué me dices de la mujer con la que rompiste hace cinco años?

–Bianca –murmuró él–. Ella me importaba. Todavía me importa.

Los celos ya no eran solo una llamarada en la sangre, eran un torrente de lava que la quemaba entera.

–¿Bianca es la guapa pelirroja con la que coqueteabas en nuestra boda?

Pietro sintió una punzada de arrepentimiento. Había olvidado que Emmeline conocía su nombre. Había sido un estúpido error que normalmente no cometería.

–Eso no estuvo bien.

Emmeline agarró un pistacho para distraerse.

–¿Sigues viéndola?

–No.

Emmeline se puso de pie. Se sentía extraña. Y dolida.

–No es asunto mío –dijo en voz baja dirigiéndose al otro extremo de la cocina como si quisiera más comida. Pero en realidad

necesitaba espacio.

–Por supuesto que sí. Eres mi mujer.

–Pero este no es un matrimonio de verdad, ¿recuerdas? Tenemos un acuerdo. Eres libre de hacer lo que quieras.

Él se la quedó mirando un largo instante.

–¿No crees que eso ha cambiado ahora, Emmeline?

La duda hizo su aparición dentro de ella.

–¿Qué estás diciendo?

–No quiero ver a nadie más.

Pietro ni siquiera se había dado cuenta de ello, pero al mirar a su preciosa mujer supo que era cierto. Y ella se merecía saberlo.

–Quiero acostarme contigo. Muchas veces. Quiero estar casado contigo. Y ya sé que estamos haciendo esto al revés, pero quiero llegar a conocerte. Eres en muchos sentidos un misterio para mí, y por alguna razón quiero desvelar todos tus secretos.

–Este lugar es precioso –Emmeline se quedó mirando las colinas y clavó la vista en el huerto de árboles frutales que había al fondo antes de posarla en el brillante mar–. No sé cómo puedes marcharte de aquí.

–Trabajo –dijo él simplemente–. Mi oficina no puede funcionar tanto tiempo sin mí –pensó en los correos electrónicos que le habían enviado sus asistentes y torció el gesto–. Tengo que volver.

Emmeline suspiró.

–¿Hoy?

–Ahora –afirmó Pietro.

«O pronto», se corrigió sentándose en la hierba a su lado.

Tras tres días en el campo no tenía claro que pudiera seguir ignorando por más tiempo la realidad de la vida. Aunque quisiera.

–Pero esto es tan bonito… –volvió a decir Emmeline girando la cabeza para mirarlo.

Apoyó la mejilla en las rodillas que tenía dobladas contra el pecho y Pietro tuvo que luchar contra el deseo de extender la mano y tocarla. ¿Cómo era posible que alguna vez la hubiera considerado aburrida y sosa? Era tan impresionantemente bella que se despreciaba a sí mismo por no haberse dado cuenta. Daba igual lo que llevara puesto, aquellos tres últimos días se había vestido con camisas viejas de Pietro y estaba más sexy que ninguna mujer que hubiera conocido jamás.

No, era sencillamente Emmeline.

–Tú puedes quedarte aquí si quieres –propuso Pietro–. Puedo

venir el fin de semana y…

–No –la respuesta fue instantánea.

¿Cómo iba a estar lejos de él? Se había vuelto una adicción.

–Volveremos en otro momento.

Ella se incorporó y se secó las manos en las rodillas. Pietro también se puso de pie y luego le pasó un brazo por la cintura.

–Me alegro de que hayamos venido aquí.

–Yo también.

Emmeline sonreía, pero había algo en su expresión que no le gustó. Una incertidumbre que quería borrar. Aunque no sabía cómo.

Había pasado tres días con ella, pero no había logrado desvelar ni un solo secreto. Lo que había hecho era llegar a conocer su cuerpo íntimamente. Se había familiarizado con cada uno de sus sonidos, cada movimiento de su cuerpo que señalaba placer, deseo o inquietud. Había aprendido a leer su cuerpo como un libro, y sin embargo su mente seguía siendo un misterio para él.

–Pareces nerviosa.

Ella le miró, asombrada por su capacidad de percepción.

–Supongo que lo estoy.

Pietro aminoró la marcha del coche y luego se detuvo a un lado de la carretera. Miró a Emmeline.

–¿Qué ocurre?

–Es una tontería –murmuró ella bajando la mirada.

–Lo dudo –la tranquilizó Pietro con tono ronco.

Aquella afirmación fue un bálsamo para sus dudas. Pero vaciló antes de hablar.

–Lo que ha ocurrido… –se mordió el labio inferior y miró hacia la carretera– cuanto más nos acercamos a Roma, más me parece una fantasía. Como si nunca hubiera ocurrido. Como si nunca fuera a volver a ocurrir.

–¿Cómo puedes decir eso? –preguntó él con una sonrisa de auténtica confusión–. Yo estaba ahí. Claro que ocurrió. Ocurrió muchas veces.

Emmeline asintió, pero su incertidumbre seguía siendo palpable.

–Supongo que es… es que la última vez que estuvimos en Roma todo era muy raro entre nosotros.

La risa de Pietro le acarició la piel. Él volvió a salir a la carretera y centró la atención en la conducción.

–Han pasado muchas cosas desde entonces.

Y así era, pero la verdad fundamental no había cambiado,

excepto de un modo crucial. Le pesaba más alrededor del cuello. Saber que su padre se estaba muriendo y que ella no tenía ni idea era un enorme engaño ahora. Habían cruzado la línea: eran amantes. Pero Pietro no estaba excesivamente preocupado. Una de las cosas que mejor se le daban era gestionar a las personas y las situaciones. Solo tenía que hacer lo mismo ahora. Empezando por su suegro.

Capítulo 9

No suenas muy bien –dijo al teléfono preguntándose respecto a la rabia que sentía por aquel hombre al que siempre había admirado y respetado. Querido como a un padre.

Col tosió sonoramente.

–Estoy bien. Ha venido la enfermera a tomarme la temperatura. Estoy prisionero en esta habitación –sonó otra tos–. ¿Cómo está mi niña, Pietro? ¿La estás cuidando?

Pietro volvió a sentir un punzada de desazón en el pecho.

–No parece que necesite muchos cuidados. Es más fuerte de lo que yo creía.

La risa de Col quedó interrumpida por un jadeo.

–Ah, veo que te has dado contra su parte obstinada. No la juzgues muy duramente por eso. Lo ha heredado de mí.

–Umm… –Pietro asintió y se pasó la mano por la barba incipiente. Tendría que haberse afeitado. Las marcas rosas de su posesión se habían vuelto algo normal en la piel de Emmeline.

–¿Hay algún problema? –preguntó Col con renovada determinación.

–Sí.

–¿De qué se trata? Emmeline es feliz, ¿verdad? Me dijiste que cuidarías de ella…

–Es feliz –reconoció Pietro pensando en su rostro sonrojado cuando estaba tumbada debajo de él, los ojos brillantes, la frente perlada de sudor. Luego recordó la incertidumbre que había mostrado cuando regresaron a Roma el día anterior. Como si un fantasma invisible la persiguiera.

–¿Entonces? ¿Qué pasa?

–Se merece saber la verdad sobre tu salud –afirmó Pietro muy serio–. No va a entender que no se lo hayas dicho. Debes darle la oportunidad de verte. De despedirse.

Se oyó un resoplido. Y luego otro. Pietro esperó, pero su lealtad estaba oscilando del hombre moribundo a su hija, la mujer que

quería a su padre y no sabía que su vida se estaba apagando.

–No puedes decírselo.

No era la respuesta que Pietro esperaba. Cambió el peso de un pie a otro y apoyó el brazo en la ventana que daba a la ciudad.

–Si hubiera querido que lo supiera se lo habría dicho yo mismo –continuó Col con tono seco–. Es mi hija. Tú la conoces desde hace solo un mes. Sé lo que necesita, maldita sea.

Se escuchó un tos profunda y luego el sonido del teléfono al caer al suelo. Y luego una voz de mujer.

–¿Hola? Lo siento, el senador Bovington tiene que descansar ahora –la enfermera bajó la voz–. Y la próxima vez, por favor, procure no irritarle.

La llamada se desconectó antes de que Pietro pudiera volver a hablar con Col. Se guardó el móvil en el bolsillo y se dirigió al otro extremo de la habitación. Saber que le estaba mintiendo a Emmeline era un peso en el pecho, y se dio cuenta de que estaba renuente a ir a casa aquella noche con ella. La idea de mirarla, besarla, hacerle el amor sabiendo el secreto que estaba guardando le resultaba insoportable.

Marcó el número de Rafe sin pensar.

–Hola, ¿estás libre para cenar conmigo esta noche?

–Sí. Dentro de una hora, ¿te parece bien? ¿Viene Emmeline?

–Esta noche no –Pietro sacudió la cabeza–. Tiene… un compromiso.

Rafe guardó silencio un instante.

–Siempre has mentido fatal. Nos vemos en un rato.

Pietro se quedó unos instantes pensativo después de colgar y finalmente puso un mensaje. *Tengo una reunión. Llegaré tarde. Lo siento.* Torció el gesto mientras esperaba la respuesta. Vio que ella estaba escribiendo un mensaje, pero enseguida dejó de hacerlo y no le llegó nada. Frunció el ceño, esperó unos segundos más y luego se guardó el móvil.

Rafe estaba esperando en el restaurante cuando Pietro llegó.

–¿Qué está pasando? –preguntó señalando con la cabeza el Martini que ocupaba el lugar vacío en la mesa.

Pietro tomó asiento y se bebió media copa de un trago.

–Necesito que guardes absoluta discreción –afirmó con tono serio–. Es un asunto… privado. Col está enfermo.

–¿Cómo de enfermo?

–Tiene un cáncer terminal –Pietro hizo una breve pausa–. Le

quedan unos cuantos meses. Semanas tal vez.

–Pobre Emmeline. Debe de estar destrozada. Sé lo mucho que se quieren.

Pietro asintió, agarró la copa y le dio vueltas en la mano.

–El problema es que no lo sabe –confesó mirando a su hermano a los ojos–. Col no quiere. Y cuando yo accedí a no contárselo apenas la conocía. No pensé que me fuera a resultar difícil no decirle la verdad. No sentía nada por ella.

–¿Y ahora? –le presionó Rafe.

La novedad de lo que estaba sintiendo era algo que Pietro no quería estropear hablando de ello. Así que dio una respuesta vaga.

–La conozco lo suficiente para saber que querría saber la verdad. No le gustaría que Col pasara por esto solo. Y querría estar con él al final. Nosotros hemos pasado por ello con nuestro padre. ¿No te alegras de haberte podido despedir de él, de aliviar su sufrimiento?

–Nosotros no somos Emmeline. Y, si se lo contaras, Col nunca te lo perdonaría.

–No. Le di mi palabra –respondió Pietro con sequedad–. Y debo mantenerla hasta que me libere de esa obligación.

–Parece que has tomado una decisión –murmuró Rafe con tono amable–. Entonces, ¿de qué hay que hablar?

Pietro se quedó pensativo. Lo que necesitaba era que alguien le absolviera de la culpa, que le dijera que estaba haciendo lo correcto. Pero nadie podía hacer eso.

–De nada.

Emmeline pasó la página del libro sin tener ni idea de qué acababa de leer.

¿Dónde estaba Pietro? ¿Y con quién? El corazón le dio un vuelco al imaginarse a su marido con otra mujer. ¿Qué garantías tenía de que no estaba viendo a Bianca o a otra de sus amantes?

Debería irse a la cama, era tarde.

Escuchó el motor de un coche fuera y se sobresaltó. Miró el reloj. Era más de medianoche.

Sintió mariposas en el estómago y pasó nerviosamente las páginas del libro. La puerta se abrió hacia dentro y Emmeline esperó con los ojos clavados en el pasillo. Al principio Pietro no la vio. Tenía la cabeza inclinada y parecía cansado.

–Ah, ya estás en casa –dijo fingiendo sorpresa.

Pietro se sobresaltó. Miró a Emmeline y ella supo que no se estaba imaginando su expresión. En su rostro se reflejaba algo que

bien podría ser culpabilidad.

–No esperaba que estuvieras despierta, *cara.*

–Estaba leyendo. Supongo que la lectura me atrapó –mintió cerrando cuidadosamente el libro sin hacer amago de levantarse–. ¿Has pasado una buena noche?

Ahí estaba otra vez aquella expresión de culpabilidad. Se le cayó el alma a los pies y apartó la vista, incapaz de mirarle a los ojos pero consciente de que tenía que hablar con sinceridad de lo que sentía. Tenía que saber cuál era su situación.

–¿Has estado con otra mujer? –preguntó en un susurro.

–Oh, Emmeline –Pietro se acercó rápidamente a ella y se puso en cuclillas a sus pies–. No, por supuesto que no. He estado cenando con Rafe.

–Sí –ella asintió–. Lo sé. Llamó hace unas horas para decir que te dejaste la chaqueta en el restaurante. Te la traerá en algún momento.

«Hace unas horas». Pietro entendió por qué su mujer tenía dudas.

–Tuve que volver a la oficina a terminar algo –mintió–. No puedes pensar de verdad que pueda estar viendo a alguien.

–No sé –dijo ella en voz baja incapaz de mirarle a los ojos–. Ya sabía dónde me metía cuando me casé contigo.

–No. Ninguno de los dos lo sabíamos –se limitó a decir él–. Yo creía que me había casado con la aburrida y mimada hija de un querido amigo. Pensé que querría seguir con mi vida como antes.

–¿Y no es así? –le presionó Emmeline mirándole a los ojos.

–En absoluto –le prometió Pietro. Se incorporó y le tomó la mano–. Tienes que confiar en mí, Emmeline.

Sintió una punzada de remordimiento. ¿Cómo podía pedirle aquello?

Bajó la boca hacia la suya y la besó con toda la pasión de su alma. Emmeline gimió en su boca y le rodeó el cuello con los brazos. No era capaz de estar en la misma habitación que su marido y no sentir que se le encendía una mecha.

«Díselo. Díselo ahora».

Deseaba hacerlo con toda su alma, y solo había una manera de evitar que las palabras le salieran de la boca. Seguir besándola, hacerla suya una vez más. Aquello era lo único que tenía sentido.

Nada ni nadie, ninguna verdad oculta o mentira descubierta, podría hacer daño a lo que eran.

Capítulo 10

La discoteca estaba llena de gente y sonaba música electrónica que resonaba contra las paredes. La luz era baja. Aunque estaba bailando con su marido y le rodeaba el cuello con los brazos no era capaz de distinguir bien su rostro.

–Entonces, ¿este es el lugar donde vinieron los invitados de nuestra boda?

Pietro asintió.

–Eso creo.

Bajó un poco más las manos y le cubrió el trasero, apretándola contra su erección. A Emmeline le brillaron los ojos de deseo.

–Está muy bien –arrugó la nariz y miró a su alrededor, observando las paredes pintadas de gris oscuro y con preciosas escenas italianas en blanco y negro colgadas.

–A riesgo de que te enfades, voy a decir que este no me parece tu sitio natural –bromeó Pietro besándola en la coronilla.

–No, no lo es –ella se rio–. Pero eso no significa que no pueda llegar a gustarme.

–No hay necesidad. No vengo mucho por aquí. Solo soy socio del negocio.

–Vaya. Por eso te han tratado como si fueras una especie de dios cuando has entrado por la puerta.

–O también puede ser porque llevaba del brazo a una mujer preciosa.

Emmeline sacudió la cabeza.

–Seguro que no soy la primera mujer con un vestido bonito que has traído aquí.

Pietro ralentizó un poco el movimiento, odiando que tuviera razón, odiando que aquella parte de su pasado fuera tan dispersa. Nunca se había cuestionado el modo en que vivía, pero ahora, casado con Emmeline, deseaba más que nada no haberse acostado con todas las mujeres guapas que le habían llamado la atención. Quería darle a su esposa algo más que eso, pero no podía volver

atrás en el tiempo.

–¿Has hablado con tu padre últimamente?

–Ah –Emmeline dejó escapar un suave suspiro–. Ya veo, un cambio de tema. Supongo que eso significa que soy la enésima mujer que has traído aquí, ¿no?

Pietro apretó los labios, enfadado consigo mismo, y también con Emmeline por ir por aquel camino.

–¿Y eso importa?

Ella parpadeó, le miró y sacudió la cabeza.

–Supongo que no.

Emmeline apartó la mirada, pero la placentera neblina de deseo que los había rodeado se disipó. Se había trazado una línea.

–Estaba pensando que me hubiera gustado entrar en esta relación con menos equipaje –murmuró él con dulzura.

–¿Te refieres a tener menos examantes? –murmuró Emmeline moviéndose al ritmo de la música aunque tenía la mente distraída pensando en la idea de Pietro haciendo el amor alguna vez con otra persona.

–Sí. Te mereces a alguien mejor que yo.

Le sorprendió a sí mismo admitirlo. Hasta aquel momento, Pietro se habría definido como alguien muy seguro de sí mismo.

–Pero entonces tal vez no serías un amante tan sensacional, sin todas esas mujeres con las que has estado –bromeó guiñándole un ojo.

Pietro soltó un gruñido.

–Entonces, ¿la práctica lleva a la perfección?

–Sí. Pero ahora solo puedes practicar conmigo.

–Y tú eres perfecta –murmuró él.

Entonces la besó suavemente y el mundo dejó de girar, la música dejó de sonar. Todo estaba en silencio. Fue un momento como salido del tiempo. Un momento que resonó con todo el amor del corazón de Emmeline.

¿Y del corazón de Pietro también?

No se atrevía a tener la esperanza de que la amara. Sabía que lo que había entre ellos estaba cambiando cada día. Que Pietro la miraba como si nunca antes hubiera visto a una mujer. Que la abrazaba después de que hacían el amor hasta que se dormía. Y que cuando se despertaba por la mañana seguía abrazándola.

Sabía que Pietro había decidido trabajar menos horas en la oficina y pasaba más tiempo en la villa. En muchas ocasiones se ponía con un ordenador portátil cerca de ella en la piscina, en la sala o en el dormitorio.

Y eso era otra cosa. Desde que habían regresado de la granja no había dormido en su propia habitación ni una vez. El dormitorio de Pietro se había convertido en el dormitorio común.

Y sin embargo… estar cerca el uno del otro era una cosa y enamorarse otra. Emmeline no quería alimentar sus esperanzas. La vida le había enseñado que era más seguro no tener expectativas y era una lección difícil de olvidar.

La canción terminó y se fue fundiendo suavemente en otra.

–¿Tienes hambre? –le susurró Pietro al oído.

Emmeline le miró a los ojos. Su mirada despedía sensualidad.

–No de comida –dijo en voz baja.

La risa de Pietro le aceleró el pulso.

–Entonces salgamos de aquí –Pietro le apretó la mano–. Pero antes tengo que ir a ver a Leon, el dueño. ¿Quieres venir?

–No especialmente –Emmeline sonrió y él también, y el mundo volvió a quedarse en silencio, girando suavemente a su alrededor como si solo estuvieran ellos dos en el mundo–. Te espero en el coche.

–Cinco minutos –prometió él.

Emmeline asintió y vio cómo atravesaba la multitud sin esfuerzo, como si la gente se apartara a su paso. Cuando estuvo fuera de su vista, ella se giró para ir en la dirección opuesta hacia la puerta de la discoteca.

–Emmeline.

El sonido de su nombre hizo que se detuviera, girándose con una sonrisa en la cara mientras sus ojos escudriñaban a la multitud. No vio a nadie al principio y estaba a punto de seguir su camino hacia la puerta cuando una bella pelirroja apareció en su campo de visión.

Y supo al instante de quién se trataba.

–Bianca.

La mujer tenía una sonrisa heladora.

–¿Sabes quién soy? Bien. Eso evita la molestia de las presentaciones.

–Te vi coqueteando con mi marido el día de nuestra boda –se oyó decir Emmeline.

Deseó al instante tragarse las palabras. Lo último que quería era montar una escena.

–Sería más adecuado decir que tu marido estaba coqueteando conmigo –respondió Bianca con un susurro.

–Sí, bueno… eso es historia antigua –dijo Emmeline alzando los hombros con la intención de parecer indiferente.

–Si eso es lo que quieres creer… –dijo Bianca con una sonrisa forzada–. Yo no podría estar con un marido al que resultara tan fácil tentar. Pero el vuestro no es un matrimonio convencional, ¿verdad?

Las dudas de Emmeline, que ya estaban tan a flor de piel, surgieron de nuevo. Su mente racional supo que Bianca tenía todos los motivos del mundo para ser desagradable. Que su actitud era probablemente una cruel manipulación dirigida a hacerle daño a Emmeline. Pero la confusión de lo que realmente era para Pietro ahora y la verdad de lo que quería ser hacían que le doliera el corazón.

–En su momento tuve ganas de haberme casado con él –dijo Bianca dándose unos golpecitos con el dedo en la comisura de los labios–. Pero de este modo yo también puedo llevarme mi trozo del pastel.

–No lo entiendo…

–Yo me llevo la mejor parte de Pietro… sin la presión de la prensa ni de tener que ser la señora Morelli. Tú eres una buena pantalla para él y para mí.

Emmeline sintió como si se estuviera ahogando. Se quedó mirando fijamente a Bianca y sacudió la cabeza.

–No sé si me estás diciendo la verdad o solo intentas hacerme daño, pero en cualquier caso tengo que irme –parpadeó con sus grandes ojos. El dolor resultaba imposible de disimular–. Por favor, no vuelvas a acercarte a mí.

–No es cerca de ti de quien quiero estar –ronroneó Bianca a modo de despedida.

Emmeline se dio la vuelta y se giró hacia la puerta. Salió al aire de la noche con una inmensa sensación de alivio.

Pietro estaba unos pasos detrás de ella, jadeando como si acabara de correr un maratón.

–¿La que estaba hablando contigo era Bianca?

Emmeline no tuvo tiempo para disimular el dolor en la mirada. Asintió y luego miró a su alrededor buscando el coche.

Pietro apretó las mandíbulas justo cuando se encendía el flash de una cámara. Maldijo enfadado y puso una mano en la parte baja de la espalda de Emmeline para sacarla de la discoteca hacia el coche. Le abrió la puerta sin decir una palabra y luego se colocó tras el volante.

Arrancó el motor y enseguida se puso en marcha por la calle vacía. El silencio se abrió paso entre ellos como una acusación.

–¿Qué te ha dicho? –le preguntó finalmente mientras se

encaminaban hacia la villa.

–Nada –Emmeline frunció el ceño y luego cerró los ojos–. No creo que importe.

Pietro agarró el volante con tanta fuerza que se le pusieron blancos los nudillos.

–Dime qué te ha dicho.

Emmeline tragó saliva, la cabeza le daba vueltas. Había pasado de la euforia de estar con Pietro a sentir como si todo fuera una farsa siniestra.

–Me ha dicho que nuestro matrimonio era una pantalla muy conveniente para tu relación con ella. Ha dado a entender que seguís juntos –Emmeline sacudió la cabeza–. Sabe que el nuestro no es un matrimonio convencional.

Las palabras encerraban una clara acusación y Pietro maldijo.

–La última parte es verdad –murmuró–. No tendría que haberle dicho nada, pero estaba… enfadado. Fue un error por mi parte exponerte a ese tipo de cotilleos.

–Sí –murmuró Emmeline sintiendo que se le caía el alma a los pies–. Estoy segura de que se lo ha contado a todo el mundo –añadió mortificada.

–No me importa. Ya no es verdad. Sabes lo mucho que ha cambiado todo entre nosotros.

Pietro estiró la mano y se la puso en la rodilla, pero ella se apartó. Alzó los ojos hacia los suyos y el dolor y la inseguridad que vio en ellos hizo que Pietro girara el coche y se detuviera en un espacio destinado a autobuses.

–Escúchame, *cara.* Sabes lo de Bianca porque yo te lo conté. Siempre ha querido más de mí de lo que podía darle. Tiene muchos celos de ti.

–Eso lo sé –murmuró Emmeline–. Y sé que esta noche quería hacerme daño y está claro que siente algo muy fuerte por ti. Pero eso me hace preguntarme… ¿qué sé yo sobre ti?

–Lo sabes todo de mí –gruñó él–. Créeme, Emmeline. Nunca he tenido con ninguna mujer lo que tengo contigo. Esto es especial, diferente, y los dos estamos tratando de encontrar nuestro sitio. No dejemos que alguien como Bianca nos cause problemas –le deslizó un dedo bajo la barbilla y le alzó el rostro–. No permitiré que lo haga. No te lo permitiré a ti.

Emmeline clavó los ojos en los suyos. Deseaba con todo su corazón creerle.

–¿Has estado con ella desde que nos casamos?

Pietro sacudió la cabeza.

–¿Durante el primer mes? –insistió Emmeline sosteniéndole la mirada–. ¿Cuando no dormíamos juntos? Apenas te veía, y llegabas casi todas las noches tarde.

Pietro volvió a sacudir la cabeza.

–Cené con ella una vez, pero eso fue todo. Creo que quería acostarme con ella para demostrarme a mí mismo que nuestra boda no había cambiado nada. Pero la verdad es que cuando te besé a ti ya no quise estar con ninguna otra mujer.

A Emmeline le dio un vuelco el corazón dentro del pecho. ¿Sería verdad? ¿Podría creerle? Hacía falta un gran salto de fe para confiar en alguien, sobre todo dadas las extrañas circunstancias.

–¿Por qué llegabas siempre tan tarde?

–¿De verdad tienes que preguntarlo?

Su sonrisa fue como un rayo de sol en una tarde lluviosa. Emmeline sintió su calor penetrando en la tormenta y tuvo ganas de llorar de alivio.

–No confiaba en ser capaz de no tocarte –dijo él con tono grave–. Ya fue bastante difícil en nuestra noche de bodas, cuando te besé y te toqué y saboreé tu dulzura. Pero después de la noche en que te pusiste aquel vestido… –gimió–, supe que tenía un grave problema.

La verdad de sus palabras la inundó.

–¿Por qué no podías tocarme?

Pietro esbozó una sonrisa sexy.

–Porque se suponía que eras una esposa de conveniencia. El nuestro era un matrimonio amañado, se suponía que no debía desearte. Ni soñar contigo, ni obsesionarme –suspiró exageradamente–. Pero me pasaba. Supongo que al principio me daba rabia. Quería demostrarme a mí mismo que podía resistirme a ti. Pero no pude.

Emmeline dejó escapar un suave suspiro, pero el recuerdo de Bianca seguía estando demasiado reciente para poder relajarse completamente.

–No quiero volver a verla –murmuró.

Los ojos de Pietro brillaron con una emoción que Emmeline no supo identificar.

–Créeme, nunca volverás a ver a esa mujer.

–¿Podemos irnos a casa ya?

Pietro asintió y sintió por dentro como si le hubieran librado del corredor de la muerte en el último minuto.

Bajó la cabeza y la besó suave y dulcemente.

–No dejes que nadie se interponga entre nosotros, *cara.* No

puedo cambiar al hombre que fui, pero tú estás cambiando completamente al hombre que soy. Al hombre que quiero ser.

Emmeline sintió una punzada de felicidad en el estómago, porque supo que le estaba diciendo la verdad.

No pasó mucho tiempo antes de que encontraran el camino de regreso a sus cuerpos, explorando cada centímetro y saciando su apetito.

–Estás llorando –susurró Pietro besándole los ojos.

Ella se rio en medio de un sollozo y sacudió la cabeza antes de rodearle la cintura con los brazos.

–Lo siento. Es que todo es perfecto. No sé qué ha pasado, qué he hecho para merecer esto.

Pietro sonrió, fue una sonrisa que hizo girar completamente el mundo de Emmeline. Y luego la penetró con más fuerza y ella gimió en el aire de la noche moviendo el cuerpo con el suyo. Estaban completamente en sincronía, completamente juntos.

Pietro la besó mientras se hundía en ella y Emmeline le rodeó la espalda con las piernas sosteniéndole fuerte, necesitándole hasta el fondo.

Después le acarició el pelo mientras le sonreía con los ojos. Se puso boca arriba y la atrajo consigo, y Emmeline escuchó el latido de su corazón durante un largo rato. Le pareció por un momento que se había quedado dormido, pero, transcurrido un tiempo, Pietro habló.

–¿Has hablado últimamente con tu padre? –su voz sonó grave en mitad de la noche.

–No.

Pietro le acarició la espalda desnuda sintiendo cada hueso.

«Díselo. Díselo».

Pero el momento era tan perfecto… en algún momento encontraría la manera de ser sincero con su esposa, pero aquella noche, con el sonido de su acto amoroso todavía colgando en el aire, no fue capaz de hacerlo, de estropear lo que acababan de compartir.

–¿No habláis con frecuencia? Qué curioso. Pensé que para ti iba a resultar más duro estar lejos de él.

Emmeline se encogió de hombros.

–Cuando yo vivía en la plantación mi padre estaba con frecuencia fuera de casa. Le llamé hace unos días, pero no contestó y luego me envió un correo electrónico. Me dijo que tenía invitados

en casa. Les estará enseñando los caballos y todo eso. Seguro que está encantado.

Pietro gimió para sus adentros. La mentira le atenazaba el pecho.

–Mi padre habla con frecuencia de ti, ¿sabes? –murmuró ella–. Te adora.

–Es mutuo –respondió él con una sonrisa tirante–. Y siempre lo he admirado.

Mientras hablaba, las palabras le resonaron dentro del alma. Col había sido su roca y su apoyo cuando no tenía por qué. ¿Cómo no iba a ser leal a él ahora que lo necesitaba? Se lo debía, aunque mentir a Emmeline estaba empezando a envenenarle.

Capítulo 11

Buenos días, señora Morelli.

Pietro le deslizó un dedo por el cuerpo, encontró su feminidad y se la acarició posesivamente. Emmeline se retorció, recordando el modo en que habían hecho el amor la noche anterior.

–Buenos días –parpadeó.

–¿Sabes qué día es hoy?

Ella no pudo contener la sonrisa.

–Mi primer día en la universidad –afirmó–. ¡Bravo!

Pietro inclinó la cabeza y la besó con dulzura.

–Lo que significa que llevamos casados dos meses.

–Y parecen dos semanas –Emmeline estiró los brazos por encima de la cabeza–. El tiempo vuela cuando uno se está divirtiendo.

Su esposa, su preciosa esposa, lo miró con toda la bondad de su corazón y Pietro sintió como si el sol estuviera naciendo dentro de su pecho.

–¿Estás nerviosa?

–¿Nerviosa? Dios, no. Estoy emocionada. Llevo mucho tiempo queriendo estudiar, siento que hay todo un mundo ahí fuera, un mundo de conocimiento y aprendizaje. Y por fin va a ser mío.

Se incorporó con entusiasmo y se levantó de la cama desnuda. Pietro la vio cruzar el dormitorio, sacar unos vaqueros del armario, una camisa de color crema y ropa interior. Tras dirigirle una sonrisa, entró en el baño.

Pietro se dejó caer contra el colchón y se quedó mirando al techo. La sensación de traición había disminuido. Y también la sensación de estar viviendo un tiempo prestado. Tras varios intentos de tratar de convencer a Col de que le dijera la verdad a su hija, Pietro se había visto obligado a aceptar que el secreto estaba ahí y que existía más allá de su control. Ya cruzarían aquel puente cuando llegaran a él.

Nunca se le ocurrió pensar que fuera algo imposible de manejar, porque Emmeline y él se habían convertido en una fuerza unida. Le

resultaba imposible imaginar que pudiera pasar algo que no supieran manejar

Escuchó el sonido de la ducha y el canturreo inconsciente de su mujer. Sonrió todavía más al oír las notas en las que siempre desafinaba.

¿Cómo se lo iba a decir en aquel momento, en su primer día de universidad? A pesar de su promesa tenía una obligación con su mujer. Y pronto hablaría con ella. En el momento adecuado.

Emmeline silbaba entre dientes mientras se movía por la cocina. Había una pila de libros de texto en una esquina, uno de ellos abierto en la página que había estado leyendo. Echó un vistazo a las patatas con tomate y aspiró su aroma picante y dulce a albahaca y ajo. Luego miró hacia las perdices que se estaban haciendo en el horno.

Era la primera vez que preparaba una cena para la familia de Pietro y quería que todo fuera perfecto.

Él se había reído cuando se lo dijo.

–Tengo ama de llaves, cocinero y *valet*. ¿Por qué no se lo dejas a ellos? Ya tienes muchas cosas en la cabeza –le dijo señalando los libros que estaban repartidos por toda la casa.

–Solo llevo una semana en la universidad, todavía es pronto –ella sonrió–. Además, quiero hacerlo. Me gusta cocinar.

Por supuesto, ahora se arrepentía de aquel impulso a medida que avanzaba el tiempo y la comida no terminaba de hacerse. Le preocupaba que no estuviera lista a tiempo.

Pero lo único que podía hacer era esperar. La perdiz confitada necesitaba una hora extra. La sopa era el primer plato. Había aceitunas, pan y queso para servir de aperitivo.

Emmeline se frotó las manos y echó un vistazo a la mesa por enésima vez. La había preparado con un sencillo mantel blanco y colocó varios jarrones con rosas en el centro. Las flores de azahar despedían un aroma maravilloso. Además, le recordaban a la granja, el lugar en el que su relación había cobrado vida.

Sonrió al inclinarse y aspirar profundamente su olor. Entonces le vibró el bolsillo trasero. Sacó el móvil, aliviada y sorprendida a partes iguales al ver que se trataba de un mensaje de su padre. Le había dejado varios mensajes la semana anterior, y aparte de un breve correo electrónico no había sabido nada de él.

Hola, cariño. Siento haber tardado tanto en contestarte. He tenido

una gripe que me ha dejado en la cama toda la semana. ¿Qué tal estás tú? Te quiero, papá.

Emmeline sonrió mientras respondía.

Me va muy bien, papá. La universidad es increíble.

Deslizó un dedo por el teléfono, preguntándose qué debería decir respecto a su marido y se decidió por:

La vida de casada me sienta bien. ¿Cuándo vienes a visitarnos?

Se guardó el móvil en el bolsillo y continuó con los preparativos. Pero mientras se duchaba y se cambiaba no pudo evitar que una punzada de preocupación se infiltrara en su felicidad. Su padre no era un hombre joven. Si la gripe le había tenido una semana en la cama debió de ser fuerte. Eso y el hecho de que no hubieran hablado desde hacía tiempo hizo que se preocupara un poco.

Eligió un vestido de seda negro y lo combinó con un collar de perlas y unas bailarinas planas. Luego se aplicó rápidamente una base de maquillaje.

Pietro apareció justo cuando se estaba inclinando hacia delante para ponerse rímel en las pestañas.

–Tengo algo para ti –dijo él.

Emmeline se dio la vuelta con curiosidad y le miró. No tenía nada en la mano.

–Está abajo. Ven –Pietro le tendió la mano.

Emmeline se la tomó y le siguió con curiosidad hasta que llegaron a la puerta de la calle.

Pietro le tapó los ojos con una mano.

–Espera un momento.

Ella se mordió el labio inferior y contuvo la respiración hasta que la puerta se abrió hacia dentro. Entonces Pietro le quitó la mano de los ojos y ella parpadeó. Había un coche negro frente a ella. Un Bentley descapotable.

–Es precioso –murmuró–. Pero no entiendo…

–Bueno, *cara,* ahora eres romana. Vas a la universidad aquí. Vives aquí.

Pietro se acercó al coche y abrió la puerta del conductor.

–¿Sabes en qué he estado pensando últimamente? En la primera vez que hablamos de casarnos. Recuerdo que tú dijiste que solo buscabas la libertad que el matrimonio te ofrecía –se aclaró la

garganta–. En ese momento no lo entendí. Sigo sin entenderlo. Pero quiero darte todo en este mundo, y un coche me parece un paso importante hacia la libertad.

A Emmeline se le llenaron los ojos de inesperadas lágrimas.

–¡Deja de hacerme esto! –gruñó medio en broma medio en serio–. Eres demasiado perfecto.

–No, no lo soy.

Algo cruzó por su rostro, algo que brevemente hizo que le diera un vuelco el corazón antes de apartar las dudas de sí.

Era perfecto. No había razones para preocuparse de que la decepcionara nunca. Era la horma de su zapato en todos los sentidos.

–Gracias –dijo en voz baja.

–Súbete –sugirió Pietro con una sonrisa.

Ella también sonrió al colocarse detrás del volante.

–No soy una gran conductora, ¿sabes?

Pietro se rio entre dientes.

–Entonces tendré que enseñarte.

Ya le había enseñado tantas cosas…

–El caso es que me aburro –reconoció Emmeline con sinceridad.

–En Roma no te pasará eso. Las carreteras son muy divertidas. Están hechas para ponerte a prueba.

–Me encanta mi coche. Aunque solo sea para sentarme en él a estudiar.

Una bocanada de polvo lejano anunció la llegada de otro coche, y Emmeline se bajó lamentándolo mucho. Al hacerlo vio en el salpicadero un permiso especial para dejar el coche en el aparcamiento de la universidad, y aquel sencillo gesto significó para ella más que el regalo de aquel coche tan caro.

–Me encanta –repitió rodeando el vehículo y dándole un beso en la mejilla.

Pietro clavó la mirada en la suya y Emmeline tuvo la extraña sensación de que quería decirle algo más. Que había algo que le inquietaba.

–¿Va todo bien? –preguntó escudriñándole el rostro.

– *Ciao, ragazzi!*

La madre de Pietro salió del coche vestida de verde con un moño alto, un collar de oro al cuello y unas sandalias doradas que le subían por las piernas. Se dirigió a ellos como si la entrada fuera una pasarela de moda.

–Madre –Pietro besó a Ria en las mejillas antes de que ella centrara toda la atención en Emmeline.

–Ah, mi adorable nuera –dijo con marcado acento británico–. Veo que sigues estando muy delgada –comentó con desaprobación.

–Madre –le advirtió Pietro–. Ya es suficiente.

–¿Qué pasa? Quiero nietos. ¿Qué tiene eso de malo?

Emmeline sintió una dolorosa punzada en el corazón. Lo cierto era que la imagen de un bebé había empezado a poblar sus sueños. Qué maravilloso sería que una criatura creciera en su interior, y que al nacer pudiera alimentarla, acunarla entre sus brazos y quererla.

Tal vez ocurriera algún día. Pero, por el momento, Emmeline estaba saboreando la vida adulta por primera vez y no estaba preparada para sacrificar su independencia todavía. La vida con Pietro era perfecta y nueva, y no quería añadir a un bebé a la mezcla.

«Todavía».

Sus ojos se cruzaron con los de Pietro por encima de la cabeza de Ria y sonrió. Supo que él lo había entendido. Quería que Emmeline fuera feliz. Que fuera libre.

Rafe llegó unos minutos después de su madre. Estaban sentados a la mesa tomando un vino rosado cuando él apareció, muy relajado con pantalones claros y una camiseta.

–Ah, Rafe. Te has bajado del yate, por lo que veo –dijo Ria. Pero su sonrisa mostraba orgullo maternal.

–*Ciao, mamma* –Rafe sonrió y saludó al resto de la familia–. Esto huele de maravilla. ¿Así que también cocinas? –le preguntó a Emmeline.

–Unos pocos platos –respondió ella con falsa modestia.

A Emmeline siempre le había gustado cocinar. Pasaba el mayor tiempo posible en la cocina, sobre todo cuando Patrice estaba en pie de guerra con ella. Era el escondite perfecto.

Pietro le tomó la mano por debajo de la mesa y se la apretó. Ella se giró para mirarle. Sus miradas se encontraron y saltaron chispas. Emmeline estaba segura de que todo el mundo las había visto.

Sonrió con dulzura y luego se centró en la historia que Ria estaba contando. O lo intentó. Pero los dedos de Pietro subieron más bajo la mesa hasta que le acariciaron el muslo.

–Voy a por la sopa –dijo tras un instante arrastrando la silla hacia atrás y dirigiéndose a la cocina.

–¿Quieres que te eche una mano, querida? –le preguntó Ria.

Emmeline sacudió la cabeza.

–Lo tengo todo controlado.

Lo cierto era que necesitaba un momento a solas. Un mero roce de su marido era suficiente para hacer que se le acelerara el pulso.

Si seguía casada con él, podría terminar sufriendo un infarto.

La idea le hizo sonreír, pero también provocó algo extraño en su interior.

Si seguía casada con él. ¿De dónde había salido aquella idea?

Sacó cuatro cuencos de la alacena y los llenó de deliciosa sopa, pensando en el acuerdo al que habían llegado. Sintió una fría incomodidad en su interior. Nunca habían hablado realmente del tiempo que permanecerían casados. Pero todo había cambiado. Ella estaba enamorada, y le daba la impresión de que Pietro también.

¿Y qué significaba eso exactamente? ¿Que vivirían felices para siempre? ¿Sería aquello lo que Pietro buscaba?

La duda rebajó un poco su nivel de felicidad. Tal vez necesitaban tener una charla al respecto. Una conversación sobre el rumbo que iban a tomar.

Añadió un poco de parmesano rallado a la sopa, un chorrito de aceite y unas hojas de albahaca.

El caso era que lo habían hecho todo al revés. Según su amplia experiencia en novelas y películas, la gente normalmente se conocía, descubría que se sentían atraídos el uno por el otro, salían, se enamoraban, se acostaban, se iban a vivir juntos o se casaban. Pero en algún momento antes de dar aquel paso tan importante hablaban de lo que querían. Del futuro.

¿Deberían hablar ellos del tema ahora o resultaría raro? Todo iba tan bien que no quería estropearlo.

Emitió un pequeño sonido de frustración, agarró dos cuencos y los llevó de la cocina al comedor.

–Deja que te ayude –dijo Pietro como si acabara de darse cuenta de que su mujer tendría que llevar ella sola cuatro cuencos.

–Gracias –murmuró Emmeline dejando el primero delante de Ria antes de seguir a su marido a la cocina.

Cuando cruzaron por la puerta, Pietro la tomó de la cintura y la atrajo hacia sí.

–Quiero subir contigo ahora mismo –gimió–. ¿Por qué está mi familia aquí?

Ella se rio, pero el corazón le latía muy deprisa.

–No lo sé. Ha sido una idea terrible. Vamos a decirles que se vayan,

–Desde luego –Pietro la besó fugazmente–. Un anticipo –le dijo con un guiño.

–Bien. Más tarde espero un pago completo.

–¿Cuánto más tarde? –Pietro volvió a gruñir con expresión impaciente.

Ella lo besó en la mejilla.

–No mucho, espero.

La sopa fue un éxito. Emmeline estaba nerviosa por preparar un plato tan típicamente italiano para la familia de su marido, pero parecía que les había gustado de verdad. La perdiz también estaba perfecta, la sirvió con patatas crujientes y judías verdes tostadas con ajo, una excelente mezcla de texturas y sabores.

Pietro ejerció de anfitrión después de la cena y preparó unos Martinis en el salón.

–Estás muy callada –comentó Rafe sentándose a su lado–. Y pareces preocupada. ¿Va todo bien?

Emmeline no tenía ganas de enfrascarse en una conversación profunda con su cuñado sobre su matrimonio, así que le dio la explicación más sencilla que pudo encontrar.

–Bueno, es por mi padre –dijo sonriendo–. No se encuentra bien, y es duro estar aquí tan lejos preocupándome por él –afirmó sacudiendo la cabeza.

La sorpresa de Rafe resultaba obvia, pero Emmeline no lo entendió, por supuesto.

–¿Te lo ha contado?

–Por supuesto –dijo Emmeline frunciendo el ceño–. No es ningún secreto.

–Gracias a Dios. Sé que para Pietro ha sido una tortura. Ahora que lo sabes se sentirá aliviado.

Emmeline le miró con asombro. No era más que una gripe, y ella misma se acababa de enterar.

–¿Cómo lo sabe Pietro? –preguntó con voz pausada.

Rafe se quedó paralizado al darse cuenta de que estaban hablando de cosas distintas. Le dio un sorbo a su Martini y miró a su alrededor.

–Umm..

–¿Cómo sabe Pietro qué?

El susodicho apareció en aquel momento, guapísimo con el traje que a ella tanto le gustaba. Pero en esa ocasión no se fijó.

–¿Cómo sabes que mi padre está enfermo?

Capítulo 12

El silencio se estiró como una banda elástica. Emmeline trató de sumar dos y dos para que le diera cuatro, pero no fue posible.

–Rafe acaba de decirme que lo sabes desde hace tiempo. Que te ha estado torturando –murmuró.

Rafe maldijo entre dientes, se puso de pie y dejó el vaso de Martini sobre la mesa con un único movimiento. Le dirigió a su hermano una mirada de disculpa.

–Pensé que lo sabía.

Emmeline también se levantó con un movimiento fluido.

–¿Saber qué? –preguntó subiendo el tono de voz. Exigiendo.

Ria apareció entonces a su lado. Emmeline tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para calmarse y ofrecerle una sonrisa tensa.

–Gracias por esta maravillosa cena –dijo su suegra–. Ya me voy a marchar, es tarde.

–Yo también –se apresuró a añadir Rafe–. No hace falta que nos acompañéis.

Pietro miró a su hermano antes de clavar de nuevo la vista en su mujer. Seguramente aquella era la peor manera en la que podría haberse enterado de la noticia.

–¿Qué diablos está pasando?

Pietro exhaló un profundo suspiro.

–Siéntate, *cara*.

–No quiero sentarme –afirmó ella con rotundidad cruzándose de brazos–. ¿Y bien?

–Al parecer, Rafe pensaba que sabías…

–Que mi padre tiene gripe –le atajó Emmeline–. Pero no estás hablando de eso, ¿verdad? ¿Qué le pasa a mi padre?

Tenía el miedo dibujado en su hermoso rostro.

–Tu padre está enfermo –Pietro apretó las mandíbulas–. Es grave.

–Oh, Dios mío –Emmeline se dejó caer en el sofá que tenía detrás–. ¿Qué le pasa?

Pietro se puso en cuclillas frente a ella y le tomó las manos.

–Tiene cáncer. Es incurable y está muy avanzado –le acarició el dorso de la mano con el pulgar y sintió que se le encogía el corazón por su dolor–. Lo siento.

Las lágrimas empezaron a resbalarle por las mejillas.

–No lo entiendo. ¿Cuándo… cómo… por qué no me lo ha dicho?

–Quería que fueras feliz. Quería morir sabiendo que no te ibas a quedar encallada en el dolor de la pérdida de tu padre. Quería saber que tenías otras cosas en tu vida. Otras personas.

–Tú –dijo Emmeline apartando las manos y frotándose los muslos–. ¿Cuándo te enteraste?

Pietro trató de acariciarle la mejilla, pero ella se apartó.

–¿Cuándo?

–El día que vino a verme.

La sorpresa resonó por la habitación como si hubieran arrojado una bomba atómica.

–¿Antes de casarnos? –preguntó Emmeline con voz tirante–. ¿Lo has sabido todo este tiempo? Oh, Dios mío…

Parpadeó para aclarar la confusión de su mente e hizo todo lo posible por centrarse en lo importante. Ya habría tiempo para saldar cuentas con la traición de Pietro, pero en aquel momento había más cosas en juego.

–¿Es muy grave?

–Se está muriendo –murmuró Pietro con voz gutural. Se incorporó lentamente, pero no hizo amago de acercarse a ella–. Me dijo que era cuestión de meses. Como mucho.

Aquellas palabras eran como extraños objetos punzantes. A Emmeline le costaba trabajo comprenderlas. ¿Su padre estaba enfermo? ¿Por qué la había enviado lejos? ¿Sufría dolor? ¿Estaba solo? La idea de que pasara por algo como un cáncer sin tener a alguien que le tomara de la mano le provocaba un nudo en la garganta.

–¿Y tú me has dejado estar aquí contigo consciente de que no sabía nada, sabiendo que todo mi mundo, mi padre, mi única familia, se estaba muriendo al otro lado del mundo? –le clavó una mano en el pecho, los ojos le echaban chispas de furia–. ¿Cómo te atreves a tomar esa decisión por mí? ¿Cómo te atreves a mentirme así?

–Era lo que él quería.

–¡Eso no importa! ¡Tendrías que habérmelo dicho! –bramó ella girándose para salir del salón.

Subió los escalones de dos en dos y corrió por el pasillo hacia el

dormitorio que llevaban semanas compartiendo. Sacó la ropa del armario sin pensar. Pantalones, unas cuantas faldas, blusas… tenía más ropa en casa. No necesitaba hacer una gran maleta.

–No podía decírtelo –murmuró Pietro a su espalda–. Le hice una promesa a tu padre y no podía romperla. Tienes que creerme. Era una situación imposible…

–Maldita sea, Pietro –las palabras resonaron por el dormitorio–. ¡No te atrevas a hablarme de situaciones imposibles! Esto no era imposible. Tendrías que haber pensado en mí. ¿Creías que no me importaría? ¿Creías que podría perdonarte esto?

Emmeline cerró la cremallera de la maleta con tanta fuerza que se le enganchó una uña y soltó una palabrota.

–Has estado sentado en una bomba de relojería.

Pietro hizo un visible esfuerzo por controlarse. Irguió los hombros.

–¿Quieres ir con él?

Ella clavó la mirada en la suya.

–Por supuesto que sí. Habría ido con él semanas atrás si alguien me hubiera contado lo que pasaba.

–Bien –murmuró Pietro–. Voy a organizar mi avión…

–No –Emmeline sacó el móvil con dedos temblorosos–. Reservaré un asiento en el próximo vuelo disponible.

Estaba claro que no quería su ayuda.

–Mi jet está en el aeropuerto. Es el medio más rápido posible –insistió él–. Sé que estás enfadada, pero déjame hacer esto.

Emmeline apartó la vista. El pánico y la preocupación la hacían vacilar.

La voz de Pietro le llegaba como desde lejos. Hablaba por el móvil para ordenar los preparativos del vuelo. Una parte de ella se alegró. Estaba furiosa con él, tanto que dudaba que algún día llegara a perdonarle. Pero no estaba segura de poder enfrentarse a aquello completamente sola.

–Ya está. Vamos, yo conduciré.

Emmeline mantuvo la mirada apartada cuando él levantó la maleta y la llevó hacia el coche que le había regalado tan solo unas horas atrás. No pudo evitar pensar que todo había sido una mentira. No había significado nada para él. ¿Para eso se había casado con ella? ¿Para mantener la mentira?

Todas sus ideas respecto a que su matrimonio había empezado a significar algo no eran más que fantasías estúpidas. Pietro no la amaba como ella a él. Si hubiera sentido algo por ella habría encontrado la manera de contarle la verdad.

Fue mirando por la ventanilla mientras se dirigían al aeropuerto. Finalmente entraron en una pequeña terminal.

–Aquí es –Pietro señaló hacia el hangar donde estaba su avión privado. Le pasó el equipaje de Emmeline al auxiliar de vuelo, y cuando subió las escaleras ella se dio cuenta de que tal vez la acompañara en el viaje.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó con frialdad deteniéndose en lo alto de la escalerilla del avión.

–¿A ti qué te parece? –Pietro se adentró en el avión, deteniéndose al lado de una butaca y esperando a que ella le siguiera.

Emmeline le lanzó una mirada asesina, pero avanzó hacia él. Muy bien. Si quería sentarse con ella, entonces le haría pasar un mal rato. Podía darle algunas respuestas.

–Así que te lo contó antes de que tú y yo accediéramos a casarnos –dijo sentándose en la butaca. Le temblaban los dedos al abrocharse el cinturón–. Te presionó para que te casaras conmigo.

–Me pidió que le ayudara –respondió Pietro apretando las mandíbulas. Le preocupaba cómo ibas a enfrentarte a esto. No quería que lo vieras mal.

Emmeline miró por la ventanilla y los ojos se le llenaron de lágrimas.

–Yo no estaba de acuerdo con su decisión, pero tenía que respetarlo.

Ella giró la cabeza, le costaba trabajo mirarle a través de la neblina de su dolor.

–No digas eso. No puedes tenerlo todo. Si no estabas de acuerdo con su decisión, deberías habérmelo dicho.

–Quería hacerlo –Pietro frunció el ceño–. Decidí que te lo contaría un día, cuando llegara el momento adecuado.

Emmeline soltó una amarga carcajada.

–Me acabas de decir que le quedan meses de vida, tal vez semanas. ¿A qué estabas esperando?

–Disculpen, señores –una azafata se acercó a ellos casi de puntillas–. Vamos a despegar enseguida. ¿Les apetece tomar algo?

–Sí. Un whisky solo y unas aspirinas –pidió Emmeline.

Pietro se inclinó hacia delante y le puso una mano en la rodilla cuando estuvieron a solas otra vez.

–Esto no cambia nada de lo que hay entre nosotros.

–¡Por supuesto que sí! –exclamó ella–. Me has estado mintiendo todo el tiempo.

La azafata regresó con el whisky y Emmeline se lo tomó entero.

Luego se llevó las aspirinas a la boca.

–No te las tomes –murmuró Pietro–. Acabas de beber una buena dosis de alcohol…

Ella le miró enfadada y se metió las pastillas en la boca.

–Vete al diablo.

Se despertó cuando ya estaban en la costa de Estados Unidos. La cabeza le daba vueltas y sentía una tenaza en el corazón que al principio no tenía sentido. Estaba desorientada y confusa.

Parpadeó y miró hacia delante. Y se encontró con la mirada de su marido. La sonrisa que siempre le asomaba a los labios cuando le veía no surgió. Lo que sintió fue tristeza y dolor, y todo le vino a la mente. La mentira. El secretismo. La traición. El cáncer de su padre.

El hecho de que fuera a morir y ella no hubiera estado a su lado.

–Me dijiste que podía confiar en ti –murmuró–. ¿Te acuerdas? Estábamos hablando de Bianca y las demás mujeres, pero yo di por hecho que podía confiar en ti en general. ¿Es que no lo entiendes? No volveré a creer nada de lo que digas.

Miró por la ventanilla, el corazón le latió con fuerza cuando apareció la tierra debajo. Estaba de regreso en su país, y no pensaba marcharse de allí nunca más.

Estaba en casa. O, al menos, eso se dijo.

–Oh, cariño –la señora Mavis abrió la puerta. Tenía el rostro arrasado en lágrimas cuando la abrazó–. Lo siento mucho.

Emmeline fue consciente en aquel momento de que era demasiado tarde y le dio un vuelco el corazón.

–He venido en cuanto me he enterado. ¿Cómo está?

A la señora Mavis se le descompuso el rostro y Emmeline lo supo. Incluso la luz del sol era más pálida, como si estuviera de luto.

–¿Cuándo?

–Hace una hora –la señora Mavis sollozó–. Intenté llamarte, pero tenías el móvil apagado.

–¿Puedo verle? –susurró Emmeline.

–Claro –la señora Mavis entró y Emmeline la siguió. Pero luego se dio la vuelta y miró a Pietro con ojos acusadores.

–No –alzó una mano para enfatizar sus palabras–. No te atrevas a entrar en mi casa.

Pietro se estremeció como si le hubiera abofeteado.

La señora Mavis, que trabajaba en aquella casa desde que Emmeline tenía cinco años, le puso una mano en la espalda para consolarla.

–Si no me hubiera casado contigo, habría estado con él.

Pietro apoyó una mano en el quicio de la puerta, pero no hizo ningún amago de entrar.

–No era lo que él quería.

–Estaba equivocado. Y tú también –Emmeline sacudió la cabeza enfadada–. Deberías habérmelo dicho. Tendría que haber estado aquí. Nunca te lo perdonaré.

Se giró y cerró la puerta de golpe, sollozando mientras echaba el cerrojo.

Capítulo 13

Al tercer día después de la muerte de su padre, la mañana del funeral, Emmeline encontró una nota guardada en un libro. Se le había caído debajo de la cama, y la estaba abriendo lentamente cuando llamaron a la puerta, sobresaltándola. Se giró sintiéndose culpable y guardó la nota en el bolso.

Pietro estaba en la puerta vestido con un traje negro, el pelo oscuro retirado de la cara, y estaba tan guapo y sexy que lo único que quería Emmeline era cruzar la estancia y arrojarse a sus brazos.

Pero no lo hizo. Porque Pietro había destruido lo que tenían. O tal vez nunca lo tuvieron. El espejismo de su matrimonio ahora parecía un sueño, un sueño que no volvería a tener jamás. Él había mantenido las distancias desde que llegaron a Annersty, pero había estado ahí todo el rato ocupándose de los abogados, el servicio y la gente que había acudido a dar el pésame.

–Es hora de ir –dijo en voz baja y con gesto de dolor y apoyo.

Su necesidad infantil de decirle que no fuera al funeral se evaporó en la neblina de lo que sabía que su padre habría querido. Col quería a Pietro, y conocía lo bastante a su marido para saber que era mutuo.

–No voy a ir contigo –dijo a cambio.

–Sí, sí vienes conmigo.

Pietro cerró la puerta y se dirigió hacia ella. Emmeline alzó la barbilla en un gesto desafiante.

–Vamos a ir juntos porque si llegamos por separado provocaremos un escándalo.

–Oh, que nadie ose decir nada sobre el matrimonio del gran Pietro Morelli…

–Me importa un bledo lo que la prensa diga de mí –la interrumpió él con firmeza–. Pero tu padre se merece ser el centro de atención. No quiero que los medios de comunicación se distraigan de la grandeza de sus logros durante su carrera de servicio público.

–Oh, Dios –Emmeline se le agarró a la camisa al sentir que el cuerpo se le debilitaba–. No puedo hacer esto –sollozó sacudiendo la cabeza de un lado a otro–. No puedo enterrarle. No puedo.

–Shh… shh…

Pietro le acarició la espalda, el pelo, la sostuvo con fuerza y le susurró en italiano palabras que Emmeline no trató de comprender. No necesitaba entender lo que le decía para sentirse consolada.

–Estoy aquí contigo.

Y lo estuvo. Se quedó al lado de Emmeline durante todo el funeral y luego mientras ella se despedía de los cientos de juristas y amigos que habían ido a presentar sus últimos respetos. La madre y el hermano de Pietro también estaban allí, y le resultó extraño verlos en la iglesia de Annersty. Su nueva familia se mezclaba con la antigua.

Pero ellos no eran su familia. Y Pietro no era realmente su marido.

El funeral fue un momento para decir adiós a algo más que a Col. Era el final de muchas cosas. Más tarde aquella noche, cuando todo el mundo se fue y solo quedó Emmeline con su dolor, Pietro se la encontró de rodillas en una habitación que enseguida dio por hecho que fue su dormitorio de niña.

–¿Qué estás haciendo aquí? –le preguntó sin mirarle.

Pietro se agachó a su lado y le tendió una taza.

–¿Café?

Ella lo agarró con los ojos rojos.

–Gracias –Emmeline se sentó en el suelo–. Estaba pensando que ojalá pudiera levantar una esquina de la sábana del tiempo y deslizarme dentro –sonrió con tristeza–. Quiero volver a ser una niña pequeña.

Le dio un sorbo a la taza e hizo un esfuerzo para ponerse de pie. Se acercó a la ventana.

–Ha sido un funeral muy bonito.

–Sí. Digno de un hombre como tu padre.

Se hizo un silencio en la habitación. Emmeline sintió una punzada de tristeza que le llenó el alma de oscuridad.

–No tenías por qué estar allí –murmuró–. Deberías volver a Roma.

–No –afirmó él con decisión–. No voy a dejarte.

Emmeline se giró para mirarle con expresión sombría.

–No quiero que estés aquí. Mi padre se equivocó al pensar que no podría enfrentarme a esto y que me lo teníais que ocultar. Todo está mal. Todo lo nuestro ha sido un error.

–No es el momento de tomar decisiones –aseguró Pietro con sequedad–. Acabas de enterrar a tu padre hoy.

–Sé perfectamente lo que he hecho hoy –le espetó Emmeline–. Mañana, pasado… da igual. Nada va a cambiar lo que siento –aspiró con fuerza el aire–. Si te importo algo, por favor,vete.

Pietro clavó la mirada en la suya. Se la quedó mirando durante un largo instante y luego asintió brevemente, girándose sobre los talones para marcharse. Cerró la puerta con suavidad, pero a ella le pareció que había dado un portazo.

Bueno, ¿qué esperaba? ¿Que la levantara del suelo, la llevara a la cama y la acariciara hasta que se durmiera?

Aquello era hablar de una intimidad que había sido una mentira. ¿Qué sentido tenía nada si se había roto la confianza entre ellos? Y por mucho que Pietro dijera, había roto su confianza en el modo más vital. Le había robado la oportunidad de estar con su padre en sus últimos meses.

Le dio otro sorbo al café y siguió con la mirada la luz de la luna que bailaba sobre las colinas de la hacienda. Los árboles que siempre había amado, las colinas por las que se había deslizado de niña.

Resultaba extraño que ya no sintiera los mismos lazos con Annersty. Ya no era el hogar que veía cuando cerraba los ojos. Su mente estaba ahora llena de visiones de huertos frutales y una granja.

Parpadeó para abrir los ojos, decidida a no dejar que sus traicioneros pensamientos la llevaran allí.

Emmeline durmió de forma irregular, con sus sueños interrumpidos por la soledad y la tristeza. Cuando se despertó, estaba pálida y tenía ojeras. No se molestó en ocultarlas. Solo estaba el personal de la casa, y la señora Mavis la había visto de todas las maneras a lo largo de los años.

Emmeline se puso unos vaqueros y un suéter. No era un día particularmente frío, pero ella lo sentía por dentro.

Se dirigió al salón, y una vez dentro escuchó un movimiento y se dio cuenta de que no estaba sola. Pietro estaba en el sofá con el pelo revuelto y más guapo que nunca por su aire de desaliño. Llevaba los pantalones del traje que se había puesto para el funeral y también la camisa. La chaqueta estaba encima de una silla.

Emmeline se quedó paralizada, incapaz de apartar los ojos de él. Se lo quedó mirando como si fuera la respuesta a todas las preguntas que la habían hecho dar vueltas toda la noche.

–*Buongiorno.*

Tenía una voz preciosa. Emmeline aspiró con fuerza el aire y parpadeó para aclarar la imagen del hombre que amaba. ¿Cómo iba a perdonarle? Era el amigo de su padre. Y un mentiroso.

–¿Qué haces aquí?

Pietro se incorporó con gesto decidido.

–Voy a quedarme contigo.

–Te dije que te fueras.

El viento corría alrededor de la casa sacudiendo la cristalera que tenía detrás. Pietro se puso de pie y cruzó la estancia de modo que se colocó frente a ella. No la tocó, pero la miró con tanta intensidad que era como si lo hubiera hecho.

–Te quiero –se limitó a decir él–. Y, si tú te quedas aquí, yo también.

Emmeline soltó un sonido de exasperación.

–¡Ya no tienes que seguir fingiendo! Mi padre ha muerto. Todo ha terminado. Hiciste lo que tenías que hacer. Podemos acabar con esta farsa.

Emmeline se abrazó a sí misma con fuerza.

La expresión de Pietro adquirió un aire todavía más decidido.

–Tienes que comer algo.

–No tengo hambre.

–Tienes muy mal aspecto.

Los ojos de Emmeline echaron chispas de rabia.

–¿Como cuando nos prometimos? Esto es lo que soy, Pietro. Aunque hayas tratado de repetir en mí la historia de Cenicienta, soy esta persona.

Pietro tuvo que hacer un gran esfuerzo por no responder enfadado. Lo estaba. Y mucho. Pero se limitó a sonreír con amabilidad.

–Quiero decir que tienes aspecto de estar pasándolo mal. Parece que no has dormido. Y parece que has perdido peso a pesar de los pocos días que llevamos aquí. Por favor, ven a comer algo.

–Esta es mi casa –afirmó ella con frialdad–. Y haré lo que me dé la gana.

Emmeline salió de la estancia con los hombros erguidos y la mirada clavada en la escalera que tenía delante. Pero el corazón se le rompía y de los ojos le caían lágrimas de tristeza.

Los días transcurrieron en una extraña nebulosa. Pietro siempre estaba allí. Durmiendo en el sofá que había en el salón adyacente a su dormitorio, manteniendo la distancia pero también observándola

constantemente. Tras una semana había dejado de desear que se fuera. O, más bien, había empezado a aceptar que se alegraba de que se hubiera quedado.

Su mundo había descarrilado con la muerte de Col, y tener a Pietro le proporcionaba un alivio que sabía que no podría conseguir en otro lado.

Emmeline no hablaba a Pietro más allá del obligado saludo matinal y algún comentario ocasional sobre el tiempo. Pero su presencia constante estaba provocando algo extraño en ella. Algo que necesitaba y rechazaba a partes iguales. Estaba empezando a sentirse otra vez ella misma, y odiaba que Pietro fuera la causa.

Un mes después de la muerte de Col, Emmeline volvió a casa y se encontró con el abogado de su padre en la sala, enfrascado en una conversación con Pietro.

–Ya hemos hablado de esto –estaba diciendo Pietro con firmeza–. La hacienda pasa en su totalidad a Emmeline.

Ella se detuvo en el umbral con el ceño fruncido antes de entrar. Pietro tenía una expresión preocupada, y Emmeline sabía por qué. Había seguido perdiendo peso.

Ella ignoró su preocupación y sonrió educadamente al señor Svenson.

–¿Puedo ayudarte en algo, Clarke?

–Ya está resuelto –afirmó Pietro poniéndose de pie.

Clarke Svenson le imitó y sonrió con amabilidad a Emmeline mientras se dirigía lo más rápidamente posible hacia la puerta.

En cuanto estuvieron solos, Emmeline se giró para mirar a su marido.

–¿De qué trata todo esto?

Pietro dejó escapar un suspiro y agarró la taza de café. Le dio un sorbo y ella se dio cuenta con una repentina punzada de culpabilidad de que Pietro tampoco estaba en su mejor momento. Parecía cansado, y no le gustó que el corazón se le apenara al darse cuenta.

–La típica gentuza intentando sacar tajada del testamento de tu padre. Primos segundos que hace mil años que no aparecen y ese tipo de cosas –Pietro puso los ojos en blanco–. Ya está arreglado.

Emmeline abrió los ojos de par en par.

–¿Lo has arreglado tú?

–Sí. Alguien tenía que evaluar sus reclamaciones –Pietro se le acercó despacio, como si ella fuera un caballo asustado que necesitara calmarse–. Alguien tenía que hacerlo y yo soy tu marido.

Él le escudriñó el rostro y dio un paso adelante, pero Emmeline

sacudió la cabeza.

–Y porque mi padre esperaría que lo hicieras –añadió en voz baja.

Emmeline no pudo evitar la sensación de que habían comerciado con ella. Que era una especie de deuda que su padre había necesitado saldar antes de morir.

–Tenemos que hablar –murmuró Pietro.

–Lo sé, pero… no puedo. No estoy preparada.

–De acuerdo. No pasa nada. Lo entiendo.

–Dios, deja de ser tan comprensivo. Deja de ser tan amable. No quiero que estés aquí recogiendo las piezas. Por muy cariñoso que te muestres ahora, nada puede cambiar lo sucedido.

Pietro apretó los dientes sin apartar la mirada de la suya.

–Odié tener que mentirte.

–No te creo. No eres la clase de hombre que haría algo que odiara.

–Tu padre me hizo jurar que no te lo contaría –insistió Pietro con determinación.

–¿Creíste que podría perdonarte? –preguntó ella–. ¿Creíste que lo superaría?

–No lo sé –respondió Pietro con sinceridad–. Pero sabía que lo haríamos. Sé que lo haremos porque tú eres tú y yo soy yo, y juntos hemos encontrado algo tan especial y tan único que resulta irreemplazable.

Pietro la obligó con los ojos a sostenerle la mirada, y el reto resultó imposible de ignorar.

–Me preocupaba que no lo supieras. Me preocupaba que lo averiguaras y que perdieras a tu padre. Me preocupaba tu rabia y tu dolor. Pero nunca pensé que eso sería nuestro fin.

–Todo fue una mentira –murmuró Emmeline.

–Nada de lo que hemos sido fue una mentira.

–¡Sí! Tú… tú me despertaste, ¿recuerdas? Contigo me convertí en una persona completa. Me sentí madura y plena como nunca. Y en realidad tú no eras más que una extensión de mi padre. Manejándome y tratándome como a una niña por pensar erróneamente que no sería capaz de cuidar de mí misma. Pensé que me veías como a una igual, pero yo era tu obligación.

–Al principio sí –admitió Pietro–. Pero cuando hablé contigo en nuestra boda supe que Col estaba equivocado respecto a ti. Eras ingenua, sí, pero no débil.

Extendió la mano y tomó la de Emmeline en la suya, sintiendo un gran alivio al ver que ella no le rechazaba.

–No estoy aquí para protegerte. Estoy aquí porque te necesito, y ahora mismo tú me necesitas a mí. Eso es el matrimonio –le acarició la suave piel de la cara interna de la muñeca–. Lo que más deseo en el mundo es estar casado contigo. No porque tu padre quisiera, sino por quien eres y por lo que hemos llegado a significar el uno para el otro.

Sus palabras eran como pequeñas espadas que rascaban en los muros que ella había ido construyendo ladrillo a ladrillo alrededor de su corazón.

Pero no estaba preparada. No podía perdonarle.

–Es demasiado pronto –retiró la mano–. Si te hubieras acostado con otra mujer me habría resultado más fácil perdonarte.

La risa de Pietro resonó áspera.

–Estás de luto y mi intención es darte el espacio que necesitas. No quiero agobiarte. Y desde luego no quiero pelearme contigo. Pero te pido que te hagas esta pregunta: ¿podría haber actuado de otra manera? Hablaba con tu padre todas las semanas y le pedía que te contara lo de su enfermedad. Estaba empeñado en que no lo supieras.

–¿Hablabas con él todas las semanas? –la sensación de traición de Emmeline se hizo más amplia.

–Quería asegurarse de que eras feliz.

–Oh, qué buen amigo fuiste –le espetó ella–. Hiciste de todo para hacerme feliz.

Un ceño marcó el bello rostro de Pietro.

–Dejaste muy claro que no te sentías atraído por mí, y aun así me sedujiste. Me hiciste sentir *muy* feliz.

–Eso no tenía nada que ver con tu padre.

Emmeline puso los ojos en blanco.

–Todo tenía que ver con él. Mi padre tiraba de los hilos, como hizo conmigo toda su vida –dio un fuerte pisotón en el suelo–. Se suponía que tú eras mío. Que Roma era mi ciudad.

–No me casé contigo con la expectativa de que se convirtiera en un matrimonio de verdad. Me enamoré de ti, Emmeline. No por Col, sino por ti y por mí.

Sus palabras la penetraban con dulzura. Era exactamente lo que necesitaba oír, y por eso las rechazó al instante.

–No –alzó una mano para silenciarle–. Mentirme respecto a mi padre, ocultarme su secreto es absolutamente incompatible con el amor. El amor es sinceridad y verdad. Es confianza.

–En un mundo perfecto en blanco y negro quizá. Pero nada de esto es sencillo. Mi lealtad estaba dividida. Le hice una promesa

antes de conocerte bien. Me sentí obligado a cumplirla. Así es el hombre que amas.

Emmeline parpadeó y sintió que el corazón se le endurecía todavía más.

–No te amo –murmuró con tirantez–. Nunca te he amado. Me encanta Roma y me encanta el sexo, pero ¿tú? No. Ni siquiera me caes bien.

Se giró sobre los talones y salió a toda prisa de la sala. Esperó a estar en su cuarto para dejar escapar el sollozo que tenía dentro.

Aquella noche tuvo unos sueños aterradores.

Su madre estaba detrás de ella con el rostro adusto y vestida completamente de negro.

«¿Lo ves? Esto es lo que te mereces, Emmeline. Estás sola. Completamente sola. No hay nadie ahí para ti. Y así debe ser».

Fue el llanto lo que le despertó. Emmeline había estado dando vueltas en la cama y llorando diariamente durante todo el mes que llevaban en Annersty. Pero eso fue distinto. El sollozo era más profundo, y, cuando empezó a decir: «¡Márchate! ¡Márchate!» una y otra vez en sueños, sintió un frío dolor atravesándole.

Se había quedado porque pensó que era lo que ella necesitaba. Pero… ¿sería posible que le estuviera haciendo más daño con su presencia?

«Ni siquiera me caes bien». Probablemente aquello era más doloroso que su insistencia en seguir enfadada. Era una fría negación de lo que había entre ellos.

Dividido entre ir a su lado y dejar que se calmara sola, Pietro se levantó para acercarse a su dormitorio, pero en aquel momento ella se calló y todo regresó a la normalidad.

Pietro miró hacia el sofá, su mente era una agonía de indecisión. Dividido entre lo que Emmeline necesitaba y lo que él quería, supo que solo le quedaba una opción.

Si Emmeline necesitaba que se fuera para tener el espacio que le permitiera darse cuenta de lo que eran, entonces tendría que dárselo.

Capítulo 14

Emmeline se quedó mirándose al espejo con el ceño fruncido. El vestido era muy bonito. Tenía el pelo arreglado y estaba bien maquillada.

Pero estaba distinta. Algo fallaba. ¿El bronceado que había adquirido en Roma? ¿La sonrisa que le cruzaba permanentemente la cara? ¿El brillo de felicidad que siempre desprendían sus ojos?

Daba igual. Ya no era esa chica.

Parpadeó y se alejó de la decepcionante imagen del espejo. No tenía tiempo para aquellas reflexiones, iba a llegar tarde.

Por suerte, Sophie siempre llegaba quince minutos tarde, pero Emmeline se sintió agobiada cuando se colocó el bolso monedero debajo del brazo. Abrió la puerta del dormitorio y la sacudida de soledad que sintió al cruzar el umbral y entrar en la pequeña zona que Pietro había utilizado como dormitorio improvisado fue como caer en un pantano de arenas movedizas.

No quedaba nada de él. Ni siquiera el tenue aroma a cítrico y pino que permaneció durante un día o dos después de que le dijera que se marcharía si era lo que realmente ella quería.

Lo terrible era que Emmeline no quería que se fuera en realidad. Asintió mientras le escuchaba viendo que había tomado la decisión, pero el corazón le gritaba. Suplicándole que se quedara, que ignorara todo lo que le había dicho.

Se marchó solo una hora después de que hubieran hablado, y la sensación de tristeza y pérdida eclipsó casi por completo cualquier cosa que hubiera sentido tras la muerte de su padre. Pietro le mandaba mensajes un día sí y otro no desde que se marchó, quince días atrás, pero Emmeline no respondió. No porque quisiera castigarle, sino porque no sabía qué decir. Cómo expresar sentimientos que ni siquiera ella entendía. El dolor, la traición, el desencanto. La preocupación porque Pietro hubiera sido empujado a un matrimonio que nunca quiso. Haberse enamorado mientras él fingía que lo estaba. La preocupación de no ser capaz de confiar

jamás en que hubiera habido sinceridad en alguna de sus interacciones.

Se puso detrás del volante del coche con expresión sombría, arrancó el motor y se dirigió a la ciudad.

El Bowerbird estaba lleno de gente a pesar de que era un día gris de noviembre. Los clientes estaban sentados en las mesas de fuera envueltos en mantas y los calentadores situados bajo los toldos proporcionaban un brillo cálido.

Como esperaba, Sophie no estaba allí, pero la mesa que habían reservado sí estaba ya disponible. Emmeline tomó asiento y pidió un refresco. Le gustaba mirar a la gente. Con las gafas de sol puestas tenía la libertad de mirar alrededor.

Diez minutos más tarde sonó su móvil y lo sacó del bolso.

–Oye, estoy buscando sitio para aparcar –dijo la voz de Sophie–. Enseguida llego.

–No te preocupes –murmuró Emmeline jugueteando con el cierre del bolso.

Deslizó el dedo por un trozo de forro. Trató de volver a ponerlo recto, pero entonces se dio cuenta de que no era el forro. Era un trozo de papel doblado varias veces con su nombre escrito.

El corazón le latía con tanta fuerza que ya no escuchaba el ruido del restaurante. Colgó el teléfono y lo dejó sobre la mesa. Le temblaban los dedos al abrir la carta. La carta que había metido en el bolso la mañana del funeral y de la que se había olvidado.

¿Cómo había podido olvidarlo?

Apenas lograba reconocer la letra de su padre. Era fina, débil y pálida. Se le llenaron los ojos de lágrimas cuando empezó a leer.

Cariño…

Supongo que al final de la vida es natural reflexionar. Sobre nuestras decisiones, los caminos que no tomamos. Tenerte a ti como hija es lo mejor que me ha pasado, pero ahora me pregunto si no lo habré hecho todo mal. ¿Te he fallado? Seguramente sí. Me resulta difícil admitirlo porque siempre he intentado hacer todo lo que estuviera en mi mano para que tuvieras una buena vida.

No quería perderte y por eso te mantuve tan cerca de mí, impidiendo que vivieras tu propia vida. He sido egoísta.

Estos últimos meses, al saber que estás en Roma viviendo feliz con Pietro, me he dado cuenta finalmente de que debió ser así siempre. Tu felicidad y tu independencia son los mejores regalos que he recibido jamás. Ojalá te hubiera ayudado a encontrarlos antes. Sé que mi muerte será una sorpresa para ti. Pero aunque sea un shock, debes

saber que yo quería que fuera así. Por favor, no te enfades conmigo por ocultarte mi diagnóstico. Quería ahorrarte el mayor dolor posible.

Pietro no estaba de acuerdo con mi decisión, pero fue leal hasta el fin. Le agradezco que me haya guardado el secreto aunque estuviera convencido de que tú habrías preferido saber la verdad. Espero que ambos podáis perdonarme por obligarle a mantener su palabra. O tal vez haya sido egoísta hasta el final.

Espero que seáis felices juntos. Es un buen hombre y te quiere mucho.

Igual que yo.

Para siempre,

Papá

Emmeline no se dio cuenta de que estaba llorando hasta que la chica de la mesa de al lado le dio un pañuelo de papel.

–Oh, lo siento…

Emmeline se puso de pie, avanzó por el restaurante y vio a Sophie entrando en aquel momento por la puerta.

–Tengo que irme –dijo precipitadamente–. Lo siento.

–¿Va todo bien?

Emmeline sacudió la cabeza y luego asintió. Su rostro mostraba toda la confusión que sentía.

–No… no lo sé.

Le tendió la carta a Sophie y se abrazó a sí misma mientras su mejor amiga escudriñaba el contenido. La joven alzó luego la mirada hacia Emmeline haciendo un esfuerzo por no reaccionar.

–¿De dónde has sacado esto?

–Estaba… estaba en su libro –respondió Emmeline con un sollozo–. Lo encontré el día del funeral, pero lo guardé en el bolso y acabo de encontrarlo. No volví a pensar en ello. Supongo que di por hecho que solo era… no sé. ¿Por qué no lo leí antes?

–¿Habría cambiado algo? –preguntó Sophie con empatía.

La expresión de Emmeline estaba cargada de angustia. Sophie conocía ahora la verdad de la situación… incluidas sus verdaderas razones para casarse con Pietro.

–¿Cómo pudo pensar que era la decisión correcta?

Sophie dejó escapar un largo suspiro.

–Tu padre era un hombre muy orgulloso.

–Dios, ya lo sé. Pero también era egoísta –afirmó con la voz rota–. No tenía derecho a decidir dejarme fuera.

–Imagina que te hubieras quedado. Habrías cuidado de tu padre

y habrías estado a su lado cuando murió, sin duda. Habrías visto a un hombre fuerte volverse débil y no controlar su cuerpo. Y cuando muriera te habrías quedado sola. Vacía. Desconsolada. Y sin embargo ahora tienes una nueva vida. Una vida que te encanta.

–Una vida que mi padre eligió por mí –exclamó Emmeline–. ¿No te das cuenta, Sophie? ¡Tendría que haber sido libre para elegir por mí misma!

–Si tuvieras todas las posibilidades del mundo ante ti, ¿querrías algo distinto a lo que tienes con Pietro? ¿Habrías elegido otra cosa?

Emmeline sintió una punzada en el corazón al escuchar el nombre de su marido.

–Ahora puedes elegir, Emmeline. No es demasiado tarde. Tienes el mundo a tus pies. ¿Qué quieres hacer?

Pietro sintió una llamarada y luego un frío letal. Tenía la frente perlada de sudor cuando leyó una vez más las letras en el encabezamiento del documento. ¿Esperaba que cambiaran por arte de magia, que se recolocaran para decir otra cosa?

Solicitud de divorcio
Emmeline Morelli y Pietro Morelli

Soltó una palabrota y luego la repitió mientras se levantaba de la silla y se acercaba a la puerta del despacho y sacaba el móvil del bolsillo. Por segunda vez en dos meses ordenó que el jet estuviera listo cuanto antes.

Miró fijamente el documento durante todo el camino al aeropuerto y de nuevo cuando el avión despegó. Era una solicitud de divorcio directa. Ninguna disputa sobre activos o posibles reclamaciones a pesar de la considerable fortuna de Pietro. Aunque la propia fortuna de Emmeline tampoco era desdeñable.

Pero le molestaba porque el documento hablaba de una mujer que quería acabar con su matrimonio rápidamente, llevarlo a su fin oficial con la máxima celeridad posible.

¿De verdad pensaba que Pietro iba a firmar aquello sin tener siquiera una conversación?

El avión tocó tierra, y había un chófer esperándole para recogerle. Pietro miró con gesto adusto por la ventanilla del coche mientras atravesaba los kilómetros que separaban el aeropuerto de Annersty.

Pero cuando se detuvo en la entrada de la gigantesca hacienda

fue como si la adrenalina que le había llevado hasta Georgia desapareciera. Maldijo entre dientes y salió del coche con los papeles del divorcio en la mano.

La señora Mavis le abrió la puerta con una sonrisa cálida, justo lo contrario que esperaba de Emmeline.

–¿Está ella en casa? –preguntó sin más preámbulos.

–Sí, señor –la señora Mavis dio un paso atrás y sostuvo la puerta abierta–. Creo que está nadando.

Pietro entró en la casa con paso firme. La rabia había reemplazado a la adrenalina. ¿Cómo se atrevía a poner fin a su matrimonio de aquella manera, sin tener el detalle de llamar siquiera por teléfono? Bueno, de hecho. ni siquiera había respondido a sus mensajes de texto.

Cuando ya estaba cerca de la piscina interior, el sonido de Emmeline agitando el agua le hizo detenerse. Trató sin conseguirlo de controlar la rabia. Las puertas eran de cristal, así que la vio antes incluso de entrar. Se movía lentamente por el agua con movimientos elegantes.

Sintió una punzada de deseo, pero hizo un esfuerzo por ignorarla.

Apretó los dientes y se dirigió al final de la piscina. Llegó antes que ella y se agachó, de modo que, cuando Emmeline alcanzó el borde y lo rozó con los dedos, él se los tocó. Su intención era solo alertarla de su presencia, pero en cuanto sintió su suave piel bajo la suya un ansia visceral se apoderó de su cuerpo. Quería tocar algo más que sus dedos y que su mano.

Se incorporó mientras rechazaba aquella idea.

Emmeline salió del agua y lo único que pudo hacer Pietro fue quedarse mirándola. Estaba sin maquillar y con el pelo retirado de la cara. Su rostro solo mostraba impacto. Pietro sintió una dolorosa punzada en el estómago. Era tan joven, tan inocente y tan bella… si quería el divorcio, ¿quién era él para impedírselo? ¿Acaso no se merecía Emmeline su libertad, la libertad auténtica? No la que le había organizado su padre, sino la libertad de ser una mujer joven con su propio lugar en el mundo.

Toda la rabia que había llevado consigo se evaporó. Tenía que dejarla ir. Tenía que hacer lo que Col no fue capaz de hacer. Tenía que reconocer que era una mujer adulta con todo el derecho del mundo a tomar sus propias decisiones.

–Pietro.

Fue un gemido que atravesó su determinación. Emmeline dirigió la mirada al documento que él tenía en la mano y palideció. Sus

ojos reflejaban angustia al clavarse en los suyos.

–No hacía falta que trajeras los papeles en mano –el agua hizo un sonido cuando Emmeline sacó los antebrazos y los apoyó en el bordillo.

Pietro sacudió la cabeza e hizo un esfuerzo por mirarla.

–Me ha sorprendido recibirlos –afirmó.

–¿Por qué? Las razones por las que nos casamos ya no existen. Él está muerto –se le quebró la voz–. Hiciste todo lo que te pidió, fuiste un buen amigo. Pero lo justo es que ahora ya no cargues con esa responsabilidad. Eres libre.

Pietro alzó la cabeza con gesto ágil. Su mente funcionó rápidamente para intentar entender lo que quería decirle.

–¿Te vas a divorciar de mí porque quieres liberarme de nuestro matrimonio? –blandió los papeles ante ella.

Emmeline abrió la boca para decir algo. Luego sacudió la cabeza.

–Creo… creo que es lo justo.

–¿Por qué, *cara*? ¿Crees que ya no te quiero?

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas y se le mezclaron con el agua de la piscina.

–No me digas esas cosas, por favor. No es justo.

A Pietro se le cayó el alma a los pies. Tenía razón. ¿Acaso no era lo que se había estado diciendo a sí mismo? Y sin embargo…

–Firmaré los papeles si eso es lo que realmente deseas, Emmeline. Pero quiero oírte decir que no me quieres –Pietro volvió a agacharse–. Mírame a los ojos, mira en ellos todo el amor que siento por ti y dime que tú no sientes lo mismo.

Ella soltó un sollozo desgarrador.

–No quiero seguir casada contigo. No así. No por mi padre, porque te sientas obligado a protegerme. ¿No te das cuenta? No soy la niña que él creía. La que tú creías.

–Lo sé –afirmó Pietro al instante–. Nunca lo fuiste. Me casé contigo porque Col me lo pidió, es así. Pero quiero seguir casado contigo por lo que siento. Por lo que sientes tú. Por lo que somos.

Las lágrimas resbalaron por las mejillas de Emmeline. Se mordió el labio inferior y apartó la vista de él para intentar controlar sus emociones. Pero no lo consiguió.

–Lo siento, pero no te creo –murmuró con tono agónico–. Necesito que nos divorciemos. Es la única manera.

–Entonces, dilo –Pietro le sostuvo la mirada en un silencioso reto–. Dime que no me amas y firmaré esos papeles.

Ella aspiró con fuerza el aire y aquello fue lo único que Pietro

necesitó escuchar.

–Pero si me amas… como pienso que sucede, dímelo. Sé sincera conmigo.

–Nuestro matrimonio no tiene futuro –murmuró Emmeline ignorando su petición–. Nunca confiaré en ti. Nunca podré creer que no estás conmigo por un sentimiento de obligación…

–¡Dios mío, Emmeline! Si esto fuera una obligación, ¿crees que me habría acostado contigo? Intenté con todas mis fuerzas luchar contra eso, no desearte como lo hacía, pero te convertiste en mi obsesión. Piénsalo, *cara*. Me diste carta blanca con otras mujeres, pero yo no quería estar con ninguna. Quería estar contigo. Te deseé desde que nos casamos. Qué diablos, seguramente desde el momento en que entraste en mi despacho y sentaste las normas básicas para nuestro matrimonio.

Emmeline rechazó su afirmación alzando los ojos al cielo.

–Claro. Me considerabas tan sexy que me dijiste que tenía que cambiar mi aspecto.

Pietro asintió enfadado.

–¡Sí! Porque estaba claro que querías parecer lo menos interesante posible, por el amor de Dios. Me importa lo que sientes. Quiero que seas feliz. Quiero que seas feliz conmigo. Pero si quieres quedarte en Annersty sola o… Dios mío, con otro hombre a la larga, dímelo. Dilo y firmaré los papeles.

–No puedo… ya te lo he dicho. No puedo… este matrimonio…

Pietro emitió un sonido de frustración, y antes de que ella supiera lo que estaba haciendo, o tal vez incluso antes de que el propio Pietro lo supiera, se metió en el agua con ella completamente vestido. Se quitó los zapatos mientras la estrechaba entre sus brazos y la atraía hacia sí. Y entonces la besó. La besó y ella le devolvió el beso.

Al menos durante un instante, porque luego le puso las manos en el pecho y sollozó.

–Nunca confiaré en ti.

–Sí, sí lo harás –Pietro se la quedó mirando fijamente– .Creo que ya confías en mí. Creo que odias lo que ha pasado y que estás enfadada a más no poder, pero creo que me amas y quieres encontrar la manera de que esto funcione. ¿Crees que si te divorcias de mí serás más feliz?

Emmeline se lo quedó mirando con expresión de auténtico terror. Y luego sacudió lentamente la cabeza.

–Pero necesito saber que no te sientes atrapado. Que no estás conmigo por él.

–No lo estoy –Pietro frunció el ceño y la atrajo más hacia sí. Bajó la boca de modo que sus labios estuvieron a tan solo un milímetro de los suyos–. Me diste la cláusula de escape perfecta. Me enviaste los papeles del divorcio. Si no quisiera estar contigo, ¿crees que habría volado al otro lado del mundo en cuanto los recibí? No. Los habría firmado y los habría enviado por correo con un suspiro de alivio.

Pietro observó su rostro cuidadosamente y vio el despliegue de emociones en sus facciones, particularmente el momento en el que el entendimiento pareció sobreponerse a la duda.

–Soy tuyo, Emmeline Morelli, por el resto de tu vida. Casados o no, nunca dejaré de amarte. Nunca estaré con otra mujer. Nunca volveré a casarme ni a tener una familia. Nada. Porque todo lo que soy y todo lo que seré jamás está unido a ti.

Emmeline contuvo el aliento, pero Pietro seguía sin estar seguro de que le hubiera entendido. Así que la besó de nuevo. La besó y le susurró una y otra vez en la boca como un hechizo lanzado solo para ella:

–*Ti amo, mi amore. Ti amo.*

En respuesta, Emmeline salió del agua y deslizó los dedos por las baldosas hasta que dio con los papeles del divorcio. Los agarró y, sin dejar de besar a Pietro, los arrojó al agua.

–Yo también te amo.

–*Per sempre?* –gimió él.

Emmeline asintió.

–Sí. Para siempre.

Epílogo

Tres años más tarde

Emmeline agarraba su diploma vestida con la toga de graduación y con una sonrisa en la cara. En la primera fila estaba Pietro, tan guapo como siempre, y a su lado Rafe, Ria y Sophie. Emmeline saludó con la mano mientras Pietro hacía una fotografía y luego se bajó del escenario.

Tres años maravillosos, un título universitario, y ahora estaba en la cúspide de una vida que iba a cambiar para siempre.

Había una chispeante sensación de celebración y Emmeline tomaba parte en ella sonriendo en la fiesta, conversando amablemente con los profesores de la universidad que tanto la habían ayudado.

Pero finalmente se quedó a solas con su marido.

–Tengo algo para ti –dijo Pietro con orgullo.

–Yo también tengo algo para ti –repitió Emmeline–. ¿Me dejas ser la primera?

–*Certo* –Pietro sonrió–. Aunque no me parece justo. Tú eres la que se ha graduado con honores hoy. Todos los regalos deberían ser para ti.

–Mi regalo también lo es para mí.

Metió la mano en el bolso y sacó un sobre que le entregó a Pietro. Vio cómo lo abría y miraba la cubierta de la tarjeta. Era la típica tarjeta de *Te quiero* que había comprado en la papelería. Nada especial.

Pero, cuando él la abrió y leyó el contenido, alzó los ojos hacia el rostro de Emmeline y vio en ellos la sorpresa y el shock. Ella se rio.

–Aquí dice que vamos a ser padres.

–Lo sé. Yo lo escribí.

Pietro se quedó boquiabierto y volvió a leer la tarjeta una y otra vez para asegurarse de que estaba en lo cierto.

–¿Esto es verdad?

–Sí.

–Pero… ¿cuándo?

Emmeline se rio.

–Creo que nos hemos dado oportunidades más que de sobra, ¿no te parece?

–Vamos a ser padres.

Pietro cerró los ojos y, cuando volvió a abrirlos, estaban cargados de emoción. La atrajo hacia su pecho y la besó, y ella le besó a él. Sentía el corazón rebosante de amor y optimismo.

Lo que eran, en lo que se habían convertido, había necesitado un salto de fe, una montaña de confianza y todo el valor que Emmeline poseía. Y había valido la pena.

Se quedó en brazos del hombre al que adoraba, consciente sin lugar a dudas de que vivirían felices. *Per sempre*.